

Novela ganadora de los Premios UPC y Gigamesh.

EL COLECCIONISTA DE SELLOS

César Mallorquí



de

Primavera de 1939. Tras la muerte del general Franco en un atentado y la derrota de las fuerzas faccionistas en el frente del Ebro, el ejército republicano está a punto de ganar la guerra. Mientras, en un Madrid asolado por la contienda, un asesino en serie, apodado El Coleccionista, siembra de cadáveres la ciudad con el propósito de apoderarse de tres sellos de correos cuyo valor, pese a ser falsos, resulta incalculable. El comisario Telmo Vega, un policía solitario destrozado por la muerte de su esposa, intenta obsesivamente capturar al Coleccionista; lo que ignora es que no se enfrenta a un simple asesino, sino a fuerzas extraordinariamente poderosas, cuyo objetivo es cambiar el rumbo de la historia. Tras introducirse en un laberinto de mentiras, traiciones y prodigios, Vega deberá morir dos veces para poder salvar su vida.



César Mallorquí

El coleccionista de sellos

ePub r1.3

Titivillus 21.06.2020

Título original: *El coleccionista de sellos*
César Mallorquí, 1995

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

El coleccionista de sellos

Introducción la Noche de San Silvestre

Primera Parte El Policía Triste

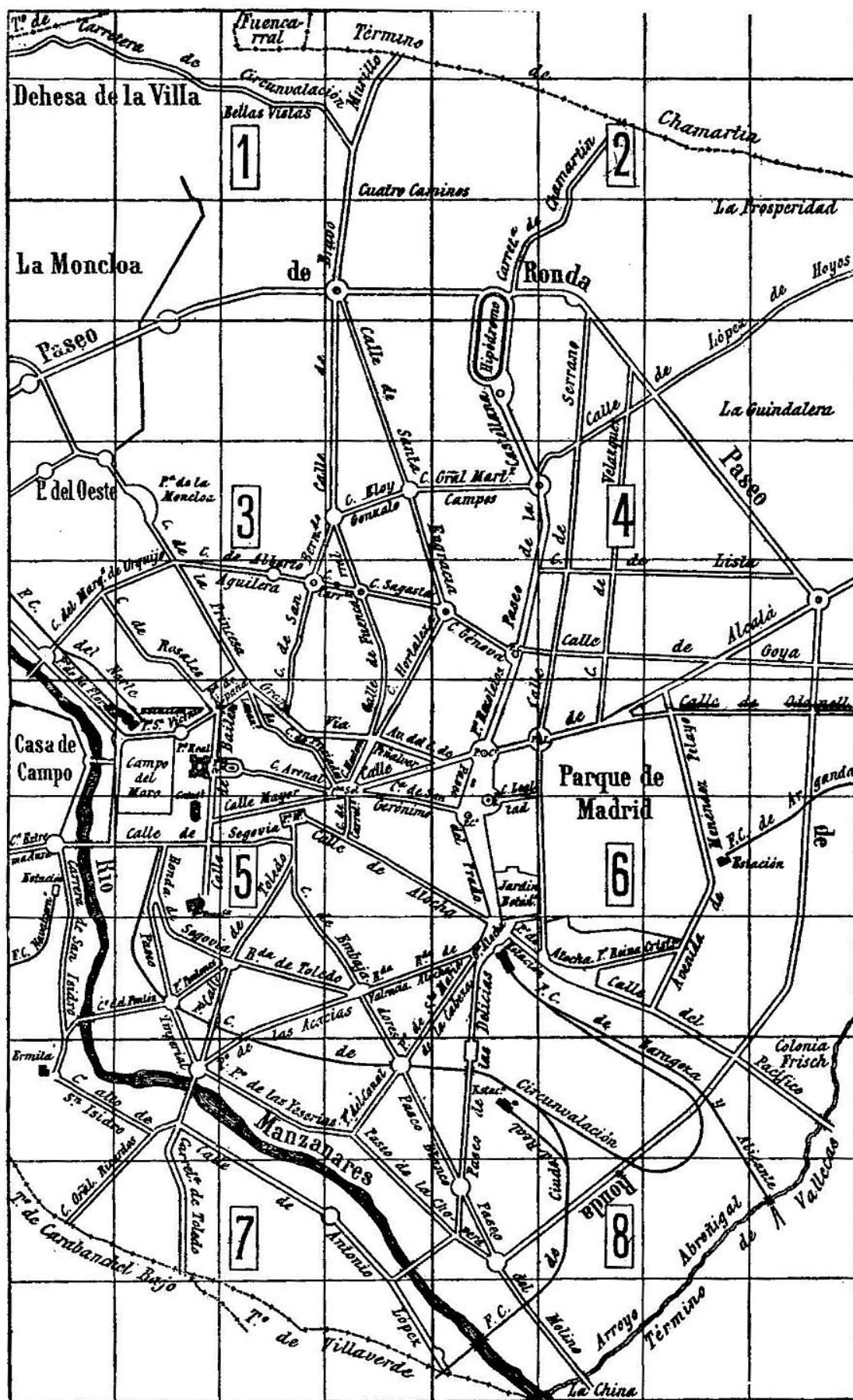
Segunda Parte El Policía Furioso

Tercera Parte El Policía Enamorado

Sobre el autor

La guerra terminaría si los
muertos pudiesen regresar

STANLEY BALDWIN



MADRID EN LOS AÑOS 30

Introducción la Noche de San Silvestre

Melchor Barrera giró de nuevo la llave de contacto. El motor de arranque emitió un ruido mortecino, parecido al lamento de un animal enfermo, que se debilitó con rapidez hasta ahogarse, finalmente, en medio de un estertor metálico.

—¡Mierda! —masculló Barrera, mientras se reclinaba contrariado sobre el asiento de cuero.

Había comprado el coche más sofisticado y rápido del mundo, un Bentley de cuatro litros y medio con compresor, capaz de alcanzar los doscientos kilómetros por hora, lo había importado a España desde Inglaterra, lo había mantenido en perfectas condiciones durante meses y ahora, justo en ese momento, aquel armatoste no conseguía ponerse en marcha.

«La batería», pensó Barrera. Se había descargado. Y él no había previsto tener una de repuesto. Aunque quizá pudiera arrancar el motor con la manivela... Pero no, resultaría imposible mover manualmente los pesados pistones de aquel monstruo.

—¡Mierda, mierda, mierda...! —repitió, cada vez más exasperado.

Bajó del coche y pateó con irritación una rueda. Después de tanto tiempo diseñando hasta el menor detalle de aquel plan, ahora todo se venía abajo por una tontería. Respiró profundamente, intentando calmarse.

El sonido lejano de unos disparos le sobresaltó.

No, no eran disparos. Se trataba de los cohetes y petardos con que la gente celebraba el Año Nuevo. Barrera consultó su reloj: era la una menos cuarto de la madrugada. Aquel primero de enero de 1939 llevaba cuarenta y cinco minutos campeando en los calendarios y, por primera vez después de muchos años, ahora que el fin de la guerra estaba próximo, la gente volvía a celebrar con alegría una Nochevieja.

Sí, Madrid era una fiesta. Pero no allí, en aquel barrio del extrarradio, solitario y oscuro.

Barrera se apoyó en el capó del coche. Permaneció unos segundos pensativo, considerando cuáles iban a ser sus próximos pasos. Tenía que abandonar Madrid, eso era prioritario. Así que estaba obligado a utilizar su otro coche, un modesto Austin Ten, mucho menos potente y veloz que el Bentley. El problema residía en que el Austin estaba guardado en un garaje de la calle Quintana, cerca del Parque del Oeste, en el otro extremo de la ciudad, lo que suponía una larga caminata hasta llegar allí.

Suspiró. Más le valía ponerse en marcha.

Abrió de nuevo la portezuela del automóvil y sacó de su interior un portafolio de cuero negro. Se trataba de un maletín muy poco convencional: su estructura era de acero y estaba dotado de una cerradura de seguridad. Además, cerca del asa surgía una cadena de cuyo extremo colgaba un grillete parecido a los usados en las esposas.

Barrera rodeó con él su muñeca izquierda y lo cerró. Bajo ningún concepto quería separarse de aquel maletín, cuyo contenido iba a convertirle en el hombre más poderoso del mundo.

Aferró con fuerza el asa y echó a andar. Toda precaución era poca, de modo que decidió dar un rodeo a través del solar donde se había alzado el viejo hipódromo. Ellos ya habían deducido la naturaleza de sus planes y, a esas alturas, debían de estar buscándole.

Sí, lo sabían. A fin de cuentas, le habían mandado una carta llena de advertencias: «No lo hagas, o todo se vendrá abajo...», «Estás poniendo en peligro el proyecto», «Devuelve lo que nos has quitado...». Incluso se permitían amenazarle de muerte: «No salgas de casa la noche del 1 de enero; si lo haces, tu vida correrá peligro...».

Barrera rió sin alegría. Pretendían asustarle, hacerle cambiar de idea; pero no, no iban a conseguirlo. Lo que él les había quitado era un prodigio, algo más valioso que todo el oro del mundo, algo que le iba a proporcionar un poder y una riqueza como jamás se había visto sobre la faz de la Tierra. Había necesitado mucho esfuerzo y dedicación para hacerse con ello. Había tenido que mentir y engañar. Incluso se había visto obligado a sabotear sus propias cápsulas... Así que no, ahora no iba a consentir que nadie se lo arrebatase.

La noche era fría, de modo que se subió las solapas del abrigo y aceleró el paso. Llegó a la calle Raimundo Fernández Villaverde y giró en dirección a la carretera de Chamartín y el Paseo de Ronda. A la derecha se alzaba la masa oscura de los pinares de la Cruz del Rayo. A su izquierda resplandecían las ventanas iluminadas de unos bloques de pisos. De una de ellas surgía el sonido de una radio, llevando a sus oídos la melodía de un villancico tradicional.

En el portal de Belén hay estrella, Sol y Luna,
la Virgen y san José y el Niño que está en la cuna...

Barrera divisó frente a él los edificios de la Residencia de Estudiantes y, junto a ellos, el lugar donde hasta hacía pocos años se encontraba el hipódromo de La Castellana. En 1934, las autoridades decidieron derribarlo para construir en su lugar los nuevos ministerios, pero la guerra civil frustró ese proyecto y ahora, cinco años más tarde, del viejo hipódromo no quedaba más que un solar pedregoso y vacío.

Silbando suavemente el villancico que acababa de escuchar, Barrera se internó en las sombras que cubrían aquel terreno lleno de escombros. Atravesándolo, y encaminándose después hacía la calle Ríos Rosas, podía ahorrarse un buen trecho. Y tenía prisa. Mucha.

Había avanzado unos cien metros por entre zanjas y montones de piedras cuando distinguió frente a él la silueta de un carro tirado por un burro. Estaba parado junto a una casamata y el único movimiento que se percibía era el de la cola del animal.

Barrera se detuvo instantáneamente. ¿Qué hacía un carro allí, a esas horas...? Quizá perteneciese al guarda de la obra, o, por el contrario, podía tratarse de chatarreros robando material de construcción.

En cualquier caso, Barrera decidió extremar la prudencia, de modo que sorteó el carro y caminó sigilosamente, pegado a una valla de madera carcomida. Dejó atrás el carro y miró en derredor. Aparentemente, allí no había nadie.

Barrera suspiró, aliviado. Se estaba dejando llevar por la imaginación, más le valía tranquilizarse. Continuó caminando en silencio, arrimado a la valla, hasta alcanzar la altura de los últimos tablones.

El lejano estampido de unos petardos resonó en la noche.

Entonces, súbitamente, alguien surgió de entre las sombras y agarró con violencia a Barrera por las solapas. Era un hombre hirsuto y mal encarado, de baja estatura pero recia complexión. El brillo helado de la hoja de un cuchillo destellaba en su mano derecha.

—¡*Tate* quieto, *julay!* —advirtió en tono amenazador—. ¡Dame *to* lo que lleves o te hincó el *filoso!*

Barrera abrió desmesuradamente los ojos y dio un paso atrás, intentando zafarse de su agresor. Instintivamente, aferró con las dos manos el portafolio.

«No», pensó; después de tanto esfuerzo no podía consentir que le quitaran su tesoro.

El desconocido agarró con fuerza el maletín y, dando un tirón, se lo arrancó de entre las manos. Pero Barrera estaba unido a aquella valija por una cadena de acero, de modo que se vio violentamente impulsado hacia delante, chocando contra el hombre. Éste se revolvió y tiró nuevamente del maletín. Barrera, zarandeado, comenzó a gritar pidiendo socorro.

—¡*Achanta la muy, joputa!* —gruñó el desconocido—. ¡Y suelta el petate *te* dicho, mira que te rajo, cabrón...!

Pero Barrera continuó gritando.

Entonces el cuchillo se alzó por encima de sus cabezas, deteniéndose un instante en el aire para luego precipitarse velozmente, primero hacia abajo y luego hacia arriba, describiendo un letal arco de luz. La afilada hoja de acero traspasó casi sin resistencia los músculos del estómago de Barrera y atravesó los intestinos hasta clavarse en la espina dorsal.

Barrera enmudeció instantáneamente. Sus ojos se desorbitaron mientras la boca se le llenaba de sangre. Sin proferir un lamento, se desplomó sobre el suelo.

Una nueva traca de petardos resonó en la lejanía.

Las notas de un villancico llegaron apagadas por la distancia.

Noche de paz,
noche de luz;
ha nacido Jesús...

*Pastorcillos que oís anunciar,
no temáis cuando entréis a adorar,
que ha nacido el amor...*

Un individuo surgió del interior del carro. Se llamaba Eutimio Capeche y era primo hermano de Zacarías Capeche, el hombre que acababa de poner fin a la vida de Melchor Barrera. Ambos pertenecían al clan de los «Capeches», una numerosa familia de quinquis dedicada al robo de chatarra y quincalla, así como a toda suerte de actividades delictivas.

Eutimio se aproximó al cuerpo de Barrera y se inclinó para examinarlo.

—Le has *apiolao*, animal —dijo, volviéndose hacia su primo—. Tenías que *achorarle*, no darle *matarile*...

Zacarías Capeche se encogió de hombros mientras limpiaba con un trapo la ensangrentada hoja de su cuchillo.

—Se puso a *bufetar* y había que callarlo —dijo, en tono de excusa—. ¿Qué querías *qu'iciese*...? *Amas*, no soltaba el petate.

Eutimio cogió del suelo el maletín y tiró de él. La cadena tintineó y se tensó. El exánime brazo de Barrera se movió de un lado a otro, como si aquel cadáver fuera una siniestra marioneta y el quinqui un titiritero.

—¿Cómo lo va a soltar, *jodio*? ¿Noves que va *atao* al maletín?

—¡Coño! —exclamó Zacarías, inclinándose hacia delante—. Seguro que ahí lleva *baribú* de *parné*... ¿Qué *amos* a hacer...?

—Meterlo *pal* carro, no vaya a ser que venga alguien. —Eutimio cogió el cuerpo de Barrera por las axilas y se volvió hacia su primo—. ¡Vamos! ¡Echa una mano, *pasmao*...!

Entre los dos metieron el cadáver en el interior del carro, depositándolo sobre un montón de hierros oxidados. Eutimio rebuscó en los bolsillos del traje de Barrera hasta encontrar la cartera. Con una sonrisa, le mostró a Zacarías su contenido.

—¡Mira, primo: dólares, como en las películas! —Agitó el fajo de billetes—. ¡*El julay estaba forrao*!

Pero Zacarías apenas le hizo caso, afanado como estaba en intentar abrir el maletín con una palanqueta.

—Esto no hay quien lo reviente —masculló, luchando en vano contra la cerradura—. Vamos a tener que *aserrar* la cadena... —Permaneció unos instantes pensativo y añadió—: O mejor el brazo, *ques* más blando...

—Mira que eres bruto, *quiyo* —murmuró Eutimio. Se inclinó sobre el cadáver y volvió a registrar las vestimentas de Barrera. En el bolsillo del chaleco encontró una pequeña llave. Se la tendió a su primo—. Anda, prueba con esto, *jilí*...

Zacarías, malhumorado, cogió la llave de un manotazo y la introdujo en la cerradura. El pestillo saltó con un leve «clic». Abrió la tapa y contempló el interior del maletín.

Estaba completamente vacío. Salvo por un pequeño sobre blanco.

Zacarías lo cogió y miró incrédulo lo que contenía.

—¿Pero qué mierda es esto...? —masculló.

Zacarías Capeche había puesto todas sus esperanzas en aquel portafolio. Pensaba, no sin razón, que si un hombre va encadenado a un maletín es porque ese maletín debe contener algo realmente valioso. De modo que esperaba encontrar alhajas o dinero, pero nunca un botín tan miserable.

—¡Maldita sea...! —gruñó.

Y se disponía a arrugar aquel estúpido sobre y su aún más estúpido contenido, cuando su primo se lo arrebató de entre las manos.

—Tranquilo, hombre —dijo Eutimio—. Esto puede valer mucha *guita*.

—¿Esa mierda...? ¡No jodas!

—Sí, primo. Hay quien paga muchos *charneles* por cosas así, y yo sé dónde podemos venderlo... —Se guardó el sobre en el bolsillo, junto a los billetes. Acto seguido saltó al pescante del carro y azuzó al burro—. Ahora varaos a buscar una calera para deshacernos del fiambre, que, como sigamos así, va a empezar a *fungelar*...

El animal se puso en marcha con paso cansino y, lentamente, traqueteando y bamboleándose, el carro se perdió en la oscuridad.

Así fue como Melchor Barrera, el hombre que estaba destinado a alcanzar más gloria y poder que ningún otro en la Historia, desapareció para siempre de la faz de la Tierra.

Y las piezas del juego comenzaron a desplegarse sobre el tablero.

Primera Parte

El Policía Triste

Era el cadáver más pulcro y elegante que Telmo Vega hubiera visto jamás.

Es cierto que el agujero de bala en la cabeza del anciano y el charco de sangre coagulada que se extendía sobre el entarimado prestaban a la escena un aire decididamente siniestro; sin embargo, tan macabros detalles no lograban restar ni un ápice de distinción a aquel cuerpo inmóvil y frío.

El comisario Vega dio una vigorosa calada a su cigarro, intentando mantenerlo encendido. La guerra estaba a punto de concluir, pero ello no parecía afectar a la calidad del tabaco que se distribuía en Madrid, una picadura infecta con más estacas que hebras. Oh, por supuesto, a Vega le hubiera resultado sencillo valerse de su condición de policía para obtener tabaco rubio americano en el mercado negro; pero hacer uso de aquellos pequeños privilegios le hubiera parecido un comportamiento mezquino, así que se resignaba a seguir inhalando aquel forraje seco y pajizo que los encargados del racionamiento tenían la humorada de llamar tabaco.

Exhaló una bocanada de humo y se inclinó sobre el cadáver. Se trataba de un anciano de aspecto venerable, próximo a los setenta años, con el pelo cano y una blanca y bien recortada barba enmarcando su noble rostro. Vestía una camisa de seda clara, con un lazo negro anudado en torno al cuello, pantalón de *tweed* y zapatillas de lana. Se cubría con una bata de franela, larga hasta los tobillos. A decir verdad, para tratarse de un muerto tenía un aspecto excelente.

Vega se puso en cuclillas y examinó las manos del cadáver. Dedos delgados y rectos, uñas bien cuidadas y limpias, sin manchas hepáticas ni arrugas. «Manos de joven en un cuerpo viejo», pensó el comisario. En cualquier caso, aquel hombre nunca se había ganado la vida con un oficio manual.

—Hola, jefe... —dijo una voz a su espalda.

Vega giró la cabeza y contempló la figura menuda del inspector Navarro, un hombre de treinta y tantos años, de baja estatura, delgado y fibroso. Tenía el pelo ondulado y un fino bigote que, según decían, le daba un notable parecido al actor norteamericano Ronald Colman. Vega se incorporó.

—Buenos días, Ángel... —Señaló con un cabeceo al cadáver—. ¿Quién es nuestro amigo?

Ángel Navarro sacó del bolsillo interior de su abrigo un cuaderno de notas y le dio un rápido vistazo.

—Se llamaba Luis Carlos de Andrade, conde de Lemos, vizconde de Betanzos, caballero de la Orden de Calatrava, Caballero Hijodalgo de la Nobleza de Madrid... En fin, el viejo tenía más pedigrí que un caballo de carreras.

—¿Quién lo encontró?

—La criada. Andrade vivía solo, pero una asistenta... —Consultó de nuevo el cuaderno de notas—. Carmela García, se ocupaba de la casa. Venía todos los días, de ocho a seis. Esta mañana, la buena mujer llegó dispuesta a quitar el polvo y se encontró a su señor criando malvas, ahí donde le ves.

—Ya... —Vega examinó la habitación, un despacho de estilo inglés lujosamente amueblado, con las paredes cubiertas de librerías de madera repletas de volúmenes y las ventanas ocultas tras cortinajes de terciopelo rojo oscuro—. ¿Cuál es el móvil? ¿Robo...?

—Quién sabe, jefe. Puede que se trate de un robo, pero en la casa hay objetos de valor que nadie se ha llevado.

—Quizá tuviera dinero guardado. Tal vez divisas... Este hombre no parece pobre.

—Antes era rico, pero la guerra lo arruinó. Por lo visto, ahora sobrevivía a base de vender poco a poco sus objetos de valor. Las joyas de su difunta mujer, antigüedades, cuadros... —Navarro sonrió con ironía—. La decadente aristocracia alimentándose de sus propios despojos. Un buen ejemplo del porvenir que les espera a los fascistas.

Vega suspiró. Eran las nueve y media de la mañana, todavía no había desayunado y no tenía las menores ganas de escuchar una de las vehementes arengas republicanas a que tan aficionado era su subalterno. Dio una nueva calada al cigarro, pero la brasa se había apagado. Contempló la colilla, sin saber qué hacer con ella. Finalmente la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Así que un aristócrata... —comentó—. Entonces puede tratarse de un crimen político...

—Quizá... —Navarro se encogió de hombros—. Aunque, al parecer, el viejo no estaba metido en política. Era un monárquico hijo de puta, claro, y al comienzo de la guerra estuvieron a punto de darle el paseo. Pero resultó que uno de sus parientes era íntimo de Largo Caballero, y eso le salvó el culo. Estuvo unos días en la cárcel y luego le mandaron de vuelta a casa. Ahora apenas salía y casi nunca recibía visitas. Por lo visto, era un solitario...

—¿Y tú cómo sabes todo eso...?

—Me lo ha contado la portera. —Navarro sonrió abiertamente—. Una mujer encantadora, deberías conocerla, jefe. Se sabe de pe a pa la vida y milagros de todo el vecindario.

Vega se frotó los ojos con cansancio. A veces tenía la sensación de que la mayor parte de su trabajo se reducía a charlar con las porteras. Cotilleos, chismes, habladurías, murmuraciones... Era como hurgar en los cubos de basura.

Vega se percató de que Navarro le contemplaba en silencio, con un brillo de ironía agitándose en sus oscuros ojos.

Había algo más, algo que el inspector no le había dicho.

—¿Qué ocurre, Ángel?

—¿No te lo imaginas, jefe...?

Vega frunció el ceño y respiró hondo.

—Coleccionaba sellos... —musitó.

Navarro, sonriente, se dirigió a un extremo de la librería y cogió algo que parecía un libro de buen tamaño, pero que resultó ser un álbum encuadernado en piel. Lo abrió por la mitad y mostró su contenido: decenas de pequeños sellos de correos cuidadosamente clasificados.

—Premio —dijo Navarro con aire divertido—. La gran afición del conde era la filatelia. Coleccionaba sellos, igual que los otros.

Vega sacudió la cabeza.

—¿Algo más?

—Pues sí, jefe. —Navarro devolvió el álbum a su lugar—. En esta librería guardaba el viejo su colección. Pero, como puedes comprobar, aquí hay un hueco. —Señaló el lugar y luego se dirigió al escritorio—. El álbum que falta se encuentra sobre esta mesa.

Vega se aproximó y comprobó que, en efecto, sobre la ordenada mesa de despacho había un álbum cerrado, idéntico a los que se alineaban en los anaqueles de madera.

—¿Tenemos ya las huellas dactilares? —preguntó el comisario.

—No, jefe. Ruiz y los del laboratorio deben de estar a punto de llegar.

—Bueno. Que nadie toque nada. En cuanto tomen las huellas, te ocupas personalmente de poner a buen recaudo este álbum. Es una prueba, y no quiero que a ningún imbécil se le ocurra quedarse con algunos sellos para la colección de su hijo. Te hago responsable, ¿de acuerdo?

—No perderé de vista el álbum.

—Perfecto. Sigue con el procedimiento usual... Por cierto, la criada debería examinar la casa para comprobar si falta algo. —Vega se aproximó a la puerta—. Esta tarde, a las cuatro, nos reuniremos en mí despacho. Quiero que Uribe forme parte del grupo de trabajo, así que avísale. Ah, y busca a Damián Echevarría. Si puede venir, me gustaría que también asistiese a la reunión.

—¿El comisario Echevarría? Pero sí se jubiló hace años...

—Damián colecciona sellos —dijo Vega, abotonándose el abrigo—. Quizá nos pueda orientar un poco.

—Ya... —Navarro enarcó las cejas—. ¿Te vas a ir...?

—Sí. —Vega caminó hacia la puerta. Antes de salir, añadió en tono de disculpa—: Todavía no he desayunado.

—Jefe...

—¿Sí...?

—¿Qué está pasando...? —El Inspector señaló al cadáver—. Estas muertes, los sellos... No tiene sentido.

Vega permaneció unos instantes inmóvil, mirando fijamente a Navarro. Luego se encogió de hombros y, sin decir nada, dio media vuelta y abandonó el piso, saludando

distraídamente a los guardias de asalto que, con aire de aburrimiento, vigilaban la entrada.

Dio un sorbo al café con leche y frunció la nariz. El café era aún más infame que el tabaco, pero al menos la leche era leche y el brebaje estaba caliente, algo muy de agradecer en aquella fría mañana de marzo.

El camarero puso delante de él un plato de loza con media docena de churros. Vega cogió uno y lo probó. Estaba recién hecho, pero su intenso sabor a rancio proclamaba muy a las claras que el aceite en que se había frito hacía tiempo que merecía una bien ganada jubilación. Dejó el churro sobre el plato y dio un nuevo sorbo de café. Paseó la mirada por el local. Sin duda, aquel bar del barrio de Salamanca había conocido tiempos mejores; no obstante, el suelo estaba limpio y no había polvo sobre los estantes y repisas. Era como si sus dueños quisieran combatir la miseria de aquellos tiempos a base de higiene.

«Pobre, pero limpio y honrado», pensó Vega. Sonrió tristemente y contempló a los parroquianos que, en el otro extremo del local, daban cuenta de sus desayunos. Eran dos milicianos jóvenes de aspecto cansado y rostros inexpresivos. Probablemente acababan de volver del frente norte, ahora que la guerra había finalizado allí. Forzosamente, debían de sentirse felices al encontrarse en Madrid, lejos de las trincheras, pero no había en sus ojos ni un ápice de alegría. Llevaban demasiado tiempo conviviendo con el horror y cierta clase de heridas tardan mucho en cicatrizar, si es que alguna vez lo hacen.

Sobre la barra había un ejemplar del *ABC*. Vega lo desdobló y comprobó la fecha: viernes, 3 de marzo de 1939. Un gran titular encabezaba la primera página: «CAEN LOS ÚLTIMOS REDUCTOS FASCISTAS EN GALICIA Y ASTURIAS». Más adelante, un largo artículo narraba en tono triunfal cómo las tropas republicanas, en una acción inesperada, habían tomado al asalto las plazas de El Ferrol y Oviedo, los últimos focos de resistencia que les quedaban a los militares sediciosos en el norte de España.

Otro artículo, en la segunda página, informaba de los progresos del ejército en el frente sur. Lenta, pero inexorablemente, las unidades republicanas avanzaban desde el norte y el este hacia Córdoba, Sevilla y Granada, formando una tenaza que poco a poco iba ahogando a las tropas fascistas. El general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central, había declarado que la guerra podía concluir en menos de un mes.

Según informaba el periódico, las últimas fuerzas del ejército sublevado, comandadas por el general Saliquet, se estaban concentrando en el sur de Cádiz, con la intención de cruzar el estrecho e intentar hacerse fuertes en el norte de África. Pero la armada republicana controlaba las aguas que se extendían a ambos lados de las Columnas de Hércules, cortando a los rebeldes la única vía de escape que les quedaba. Ramón Serrano Súñer, el cuñado del difunto general Franco, se encontraba en Berlín, intentando entrevistarse con Adolfo Hitler, de quien pretendía obtener los aviones necesarios para formar de nuevo un puente aéreo con el que trasladar a las

tropas fascistas, esta vez en sentido inverso, hacia Marruecos. Pero *el führer* aún no le había recibido, ni parecía que tuviese la menor intención de hacerlo. Hitler no sólo sentía un profundo desprecio hacia los fracasados, sino que, además, andaba aquellos días muy ocupado en adueñarse de un país llamado Checoslovaquia.

Vega dio un nuevo sorbo a su café y suspiró con resignación. Ahora que en España la contienda civil parecía tocar a su fin, el *Reich* alemán amenazaba con hacer estallar una guerra en Europa. ¿Cuándo iba a concluir aquella locura...?

Vega pasó la página y leyó el titular de otra noticia: «EL CARDENAL PACELLI ELEGIDO PAPA». El texto informaba de que, en tan sólo veinticuatro horas, el cónclave de cardenales había elegido a Eugenio Pacelli, hasta entonces Secretario de Estado del Vaticano, como nueva cabeza de la Iglesia. El pontífice había adoptado el nombre de Pío XII.

Vega cerró el periódico con irritación y lo devolvió a su lugar sobre la barra. ¿A él qué demonios le importaba el nuevo Papa? Dios no había movido un dedo para salvar la vida de Manuela, ¿no es cierto? Jesucristo, el Señor de la misericordia y la bondad, había permitido su muerte, apartándola para siempre de su lado con indiferencia, sin un asomo de piedad.

No, Telmo Vega no podía reverenciar a un dios tan cruel, y mucho menos a su subalterno en la Tierra, aquel Papa diplomático, tan italiano como los fascistas del *Duce* que habían apoyado a Franco en su insurrección fratricida.

El comisario apuró de un trago el contenido de la taza, como si con aquel gesto brusco quisiera apartar de su cabeza los recuerdos indeseados. Ahora tenía otras cosas en que pensar.

Los asesinatos. Cinco muertes en menos de quince días, sin móvil aparente, sin ninguna relación entre las víctimas, salvo...

Vega dejó una moneda sobre la barra del bar y se encaminó hacia la salida.

Salvo que aquellos cinco cadáveres habían compartido en vida una afición común: la filatelia.

El policía notó un escalofrío al abandonar el local e internarse en el fresco aire de la mañana. Se subió las solapas del abrigo y metió las manos en los bolsillos. Comenzó a andar.

Alguien estaba asesinando a coleccionistas de sellos. Y él tenía que descubrir quién era y por qué lo hacía.

—Anoche fui al cine —comentó el inspector Enrique Uribe mientras limpiaba con un pañuelo los cristales de sus gafas—. Al Benavente. Proyectan *Dos fusileros sin bala*, de Stan Laurel y Olíver Hardy. ¿La ha visto, comisario?

Vega negó con la cabeza.

—¿Qué tal es? —preguntó.

Uribe se puso de nuevo las gruesas gafas de miope. Aquellas lentes le daban más aspecto de intelectual universitario que de policía y, en cierto modo, se trataba de una impresión atinada. Enrique Uribe amaba los informes, los archivos y el papeleo igual

que un concertista aprecia su instrumento musical. Tras catorce años de servicio en el Cuerpo se había convertido en el mejor experto en documentación con que contaba la Dirección General de Seguridad.

—Divertida —dijo—. Es una parodia de *Tres lanceros bengalies*. Me reí mucho.

A Vega le resultaba muy difícil evocar la imagen de un Uribe risueño.

—¿Había espectáculo después de la película? —preguntó.

—Sí. Actuaban Isidoro Cano, las Hermanas Córdoba y Rosario *la Cartujana*. Pero no me quedé a verlo. Ese tipo de cosas no me...

La puerta se abrió, interrumpiendo a Uribe. Ángel Navarro, con un paquete bajo el brazo, entró en el despacho y tomó asiento en la silla más próxima a Vega.

—Acabo de hablar con la mujer de Echevarría, jefe. Por lo visto, Damián se quedó dormido después de comer, pero ya hace diez minutos que ha salido de casa. Debe de estar a punto de llegar.

Vega asintió.

—De acuerdo. Será mejor que empecemos. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa atiborrada de documentos e informes—. Nos han asignado un nuevo caso y, esta vez, con prioridad absoluta. De modo, Uribe, que mejor será que vayás transfiriendo todos los asuntos que tengas entre manos. —Carraspeó—. Desde el pasado 18 de febrero se ha venido cometiendo una serie de asesinatos de características comunes. Éstas son las víctimas...

El comisario señaló hacia la gran hoja de papel que estaba clavada con chinchetas en la pared. En ella figuraba un texto escrito a mano con grandes letras negras:

18 febrero 1939	INDALECIO CAMARINAS	29 años
	Funcionario	
21 febrero	PEDRO VERGARA	56 años
	Abogado	
25 febrero	MARÍA LUISA MORALES	38 años
	Ama de casa	
27 febrero	PASCUAL LÓPEZ	42 años
	Tendero	
2/3 marzo	LUIS C. DE ANDRADE (?)	67 años
	Aristócrata	

—Las fechas de la izquierda —prosiguió Vega— corresponden al día de la muerte. Todas las víctimas fallecieron de un disparo efectuado en la cabeza, a corta distancia, con una pistola del calibre nueve. Por lo que sabemos, las víctimas no se

conocían entre sí, y no tenían otro nexo de unión más que su afición a la filatelia. Todos ellos murieron en su casa cuando estaban solos. Nadie vio nada, nadie escuchó nada. No hay móvil aparente. Pero de algo estamos seguros: cada una de estas muertes es obra del mismo asesino.

—¿Por qué esa seguridad? —preguntó Uribe.

—Balística ha confirmado que todas las balas partieron de la misma pistola. Además, hemos encontrado las huellas digitales del asesino en cada uno de los distintos escenarios del crimen.

—¿Tenemos las huellas del criminal...? —Uribe enarcó las cejas—. Entonces, localizarlo es sólo cuestión de tiempo...

—Me temo que no va a ser tan sencillo. Sólo contamos con unas huellas digitales que todavía no hemos podido identificar. Al parecer, nuestro hombre no está fichado.

—¿Por qué hay un signo de interrogación tras el último nombre? —preguntó Uribe, señalando la lista colgada de la pared.

—Porque, aunque se trata de un crimen similar a los otros, al señor Andrade lo hemos encontrado muerto esta misma mañana. Todavía no tenemos ni los resultados de balística ni los del laboratorio...

—Del laboratorio sí —intervino Navarro—. Acaban de darme el informe, jefe: había huellas del asesino en la entrada, en dos puertas, en un vaso con restos de agua, en varios objetos de la mesa del despacho, y aquí. —Desenvolvió el paquete que descansaba sobre sus rodillas y mostró el álbum de sellos que contenía; luego lo depositó encima de los papeles que se amontonaban sobre la mesa de Vega.

El comisario suspiró.

—Bueno, eso lo confirma. Luis Carlos de Andrade es la quinta víctima de nuestro misterioso asesino.

Vega cogió el álbum y comenzó a hojearlo. Decenas de imágenes estampilladas sobre papel engomado se abrieron como un abanico frente a sus ojos.

—Mira la última hoja, jefe —sugirió Navarro.

Vega así lo hizo. Cada una de las páginas del álbum tenía espacio para veinticuatro sellos, bajo una protección de celofán transparente. No obstante, en la última hoja sólo había trece. Lo extraño era que, entre el sello decimosegundo y el decimotercero, existía un hueco.

Vega señaló el espacio vacío.

—¿Encontraron huellas en esta hoja?

—Sí, jefe, sobre el celofán. Una completa del pulgar y parte del índice de la mano derecha.

Vega asintió, pensativo.

—De modo que quizás el asesino se llevó el sello que falta...

—Eso parece...

Uribe enarcó las cejas.

—¿Les importaría decirme de qué están hablando...?

—Este álbum se encontró sobre la mesa de despacho de Andrade —dijo Vega—. Al parecer, falta un sello. Y eso nos conduce al móvil de los crímenes...

Vega guardó silencio. La puerta se había abierto y el excomisario de policía Damián Echevarría, un hombre de sesenta y tantos años, algo grueso, pero de complexión fuerte, acababa de entrar en el despacho.

—Perdonad, me he retrasado, lo siento —dijo Echevarría, sentándose rápidamente en la silla que quedaba libre—. Seguid, seguid, no quiero interrumpiros...

—Buenas tardes, Damián —le saludó Vega—. ¿Quieres que te haga un resumen del caso?

—No hace falta, Telmo. Esta mañana, Navarro me lo contó todo. Sigue con lo tuyo. Ya preguntaré si algo se me escapa.

Vega vaciló unos instantes, intentando recordar dónde había interrumpido su exposición.

—Estaba hablando del móvil de los crímenes, comisario —le recordó Uribe.

—Ah, sí... La cuestión es que, aparentemente, no robaron a ninguna de las víctimas. En sus casas encontramos dinero y objetos de valor que el asesino no se llevó.

—En el caso del último fiambre eso está más claro aún —intervino Navarro—. El cabronazo de Andrade había sido rico. Su piso parecía un museo: había joyas, cuadros antiguos, objetos de oro y plata... Pero la criada jura que no falta nada.

—Al parecer, todo se centra en los sellos —prosiguió Vega—. Veamos: la primera víctima, Indalecio Camarinas, vivía con un amigo, digamos que... muy íntimo.

—Un par de «mariposas» —apuntó Navarro con una sonrisa sardónica.

—Una pareja homosexual, sí. El caso es que el amigo de Camarinas tuvo que salir de viaje el pasado 18 de febrero. Aquella misma tarde, Camarinas fue asesinado en el salón de su piso. Encontramos la casa en completo orden. Aparentemente, su colección de sellos no había sido tocada. —Carraspeó—. Sin embargo, no sucedió así con las tres siguientes muertes. A Vergara, Morales y López les dispararon en sus casas, pero el asesino revolvió por completo sus colecciones. Encontramos los álbumes fuera de lugar y los sellos tirados por el suelo. Por último, la quinta víctima, Andrade, murió en el despacho de su casa, al lado de su colección. Todo estaba en orden, salvo este álbum. —Dio una ligera palmada sobre el tomo encuadernado en piel—. Lo encontramos encima de la mesa y, según parece, falta un sello. —Vega se reclinó en su silla y cruzó los brazos. Tras una pausa, añadió—: ¿Alguna pregunta?

Durante unos segundos nadie dijo nada. Finalmente, Uribe, rascándose la cabeza con perplejidad, preguntó:

—Comisario, ¿quiere decir que alguien está cometiendo asesinatos para robar sellos...?

—Es lo único que cabe pensar. —Vega sacó del bolsillo interior de su chaqueta un paquete de Ideales y comenzó a liar un cigarrillo. Con voz neutra, añadió—: Pero no

todos sus sellos. Sólo algunos...

Uribe frunció el ceño y contempló al comisario con mirada escéptica.

—¿Cuánto puede valer un sello de correos...? ¿Tanto como para matar?

En vez de responder, Vega volvió la mirada hacia Damián Echevarría, invitándole a intervenir.

—Quizá pueda parecer una locura —dijo el expolicía con una sonrisa bonachona—, pero algunos sellos llegan a valer cientos de miles de pesetas. Estoy seguro de que mucha gente mataría con tal de conseguir, por ejemplo, el Guayana Británica de un céntimo, negro sobre magenta, de 1856.

—¿Es caro...? —preguntó Uribe.

—Es un ejemplar único—contestó Echevarría. —No tiene precio.

Uribe enarcó las cejas y se encogió de hombros, como dando a entender que la locura humana era algo que jamás dejaba de sorprenderle. Vega encendió un cigarrillo, inhalando una bocanada de áspero humo.

—Damián —dijo, pensativo—, ¿podría ser que, por la razón que fuese, hubieran aparecido en Madrid algunos de esos sellos tan valiosos...?

—Lo dudo... En realidad, los sellos importantes que pueda haber en España están perfectamente localizados. Ten en cuenta que hay concursos y exposiciones filatélicas. El mayor placer de un coleccionista es mostrar sus tesoros y ver la cara de envidia que ponen los demás.

—Ya... Pero la guerra lo ha revuelto todo. Quizás alguna colección se ha extraviado y puede que anden circulando por ahí sellos de gran valor, sin que nadie se haya dado cuenta...

—Nadie, salvo el asesino —añadió Navarro.

Echevarría reflexionó unos instantes. Finalmente, sacudió la cabeza.

—No. Es posible que aparezcan de repente sellos muy valiosos, no sería la primera vez que ocurre, pero cualquier coleccionista los reconocería al instante. Y no los tendría en su casa, guardados en un álbum, sino en la caja fuerte de un banco.

Permanecieron en silencio durante unos segundos.

—Así que seguimos sin tener un móvil... —comentó Uribe, hojeando su cuaderno de notas.

Echevarría se inclinó hacia delante y tendió una mano hacia el álbum de sellos de Andrade.

—¿Puedo...? —le preguntó a Vega.

Con un ademán, el comisario le invitó a que lo examinase. Echevarría cogió el álbum y comenzó a pasar las hojas, deteniéndose de cuando en cuando a observar con detalle algún sello en particular.

—¿Y si se tratara de un loco? —intervino Navarro—. Una especie de psicópata filatélico, o algo así...

—Por lo que sabemos, podría ser cualquier cosa —dijo Vega—. Pero más vale que no nos enredemos en especulaciones. Lo que ahora necesitamos son hechos.

Sabemos que el asesino entró en las casas sin forzar ninguna puerta o ventana, lo que quizá signifique que las víctimas le conocían; aunque esto no es seguro, la gente es muy confiada y le abre la puerta a cualquiera. Sabemos que todos los asesinatos los ha cometido la misma persona con la misma arma. Y, finalmente, sabemos que los crímenes están relacionados de algún modo con el coleccionismo de sellos... —Vega se percató de la expresión de sorpresa con que Echevarría examinaba el álbum—. ¿Pasa algo, Damián...?

El expolicía asintió levemente.

—Estos sellos —dijo, señalando el álbum— son falsos...

—¿Qué...?!

Echevarría sonrío.

—Lo que oyes. Falsificaciones y emisiones fantasma.

—¿Qué es una emisión fantasma? —preguntó Uribe.

—También los llaman «sellos de fantasía». Son sellos emitidos por particulares, sin valor postal. Muchas veces llevan el nombre de un país inexistente, como, por ejemplo, Ruritania.

—Eso es de *El prisionero de Zenda* —comentó Navarro, encantado de que saliese a colación una película de su admirado Ronald Colman.

—Exacto —prosiguió Echevarría—. En otras ocasiones, se trata de falsas emisiones filatélicas de un país real. Cierta americano llamado Samuel Allen imprimió sellos de Guatemala antes de que se creara una Administración de Correos en ese país. También las asociaciones políticas o gobiernos en el exilio han emitido sellos de estas características. Como los que imprimieron los militares franquistas en 1937, por ejemplo.

—¿Quieres decir que la colección de Andrade es falsa?

—De ninguna manera... Sólo digo que los sellos que hay en este álbum no son auténticos. Pero es normal, muchos filatélicos conservan las emisiones falsas y de fantasía. Probablemente, el tal Andrade guardaba en este álbum ese tipo de sellos, como parte de su colección.

Vega frunció el ceño.

—¿Son valiosas esas emisiones fantasma? —preguntó.

—La verdad es que no. Otra cosa son los errores de impresión... Por ejemplo, el sello sueco de tres *skilling* de 1855, blanco sobre amarillo, tiene un error de color, y es uno de los más codiciados del mundo... Pero no veo en el álbum esa clase de sellos. Lo que hay aquí no tiene casi ningún valor.

Vega pensó, con desánimo, que aquel caso parecía obstinarse en permanecer oscuro. Cada vez que esbozaba una hipótesis de trabajo los hechos se apresuraban a desbaratarla.

De acuerdo, los asesinatos seguían sin tener un móvil claro, todo aquello parecía cosa de locos. De modo que había que partir prácticamente de cero.

—Hablando no vamos a conseguir nada. —El comisario se incorporó—. Uribe, necesito una lista de los coleccionistas de sellos que residan en Madrid. Y una relación de todas las tiendas de filatelia. Ah, y también quiero los nombres de los peristas que trafican con sellos. ¿De acuerdo? —Uribe asintió. Vega se volvió hacia Navarro—. En cuanto a ti, Ángel, vas a ocuparte de que se investigue la vida de cada una de las víctimas. Quiero saber si tenían conocidos comunes, o frecuentaban los mismos lugares. Debe de haber alguna relación entre ellos, aparte de la filatelia.

Navarro torció el gesto.

—Son cinco fiambres, jefe. Voy a necesitar o muchos hombres, o mucho tiempo...

—Pues no tienes ni lo uno ni lo otro. Y me duele la cabeza, así que no empieces a lamentarte. —Volvió la mirada hacia Echevarría—. Damián, tú ya estás fuera del Cuerpo, así que no tengo derecho a pedirte nada. Pero eres el único policía aficionado a la filatelia que conozco y, la verdad, me vendría muy bien tu ayuda...

—No hace falta que insistas, Telmo —repuso el expolicía, jovial— esto de la jubilación tiene cosas cojonudas, de verdad. Puedo pescar, jugar con mis nietos o pasear con mi mujer. —Suspiró—. Lo malo es que, a la larga, la pesca, los juegos y los paseos resultan un soberano coñazo. Así que volver a sentirme policía durante unos días puede ser de lo más tonificante. Cuenta conmigo para lo que quieras.

—Gracias, Damián. Lo que necesito de ti es que examines las colecciones de sellos de las víctimas. Busca alguna pauta, alguna peculiaridad, no sé...

—Quieres que intente averiguar por qué al asesino le interesan esas colecciones en particular, y no otras...

—Exacto. —Vega se aproximó a su escritorio y contempló alternativamente a Uribe y a Navarro—. Me parece que eso es todo. ¿Alguna pregunta? —Nadie dijo nada. Vega dio una sonora palmada sobre una de las pilas de papeles que había encima de su mesa—. Pues a trabajar.

Mientras Uribe y Navarro abandonaban el despacho, Damián Echevarría se aproximó a Vega.

—Hacía mucho que no nos veíamos —dijo. Había afecto en su voz, aunque, quizá, también algo de reproche—. Más de un año.

—Sí, tienes razón. Pero ya sabes que las guerras dan más trabajo a los policías que a los militares. Estos últimos años han sido una locura. Muy malos para mi vida social. —Respiró profundamente—. Pero a ti te veo igual que siempre, Damián. ¿Cómo lo haces?

—Los viejos cambiamos poco. Todo lo que se nos tenía que caer se nos ha caído ya. Sin embargo, tú tienes menos pelo que la última vez que te vi.

Vega sonrió. Hacía casi veinte años que conocía a Echevarría. Habían trabajado juntos en más de una ocasión, habían compartido problemas y se habían hecho favores mutuamente. Podría decirse que eran amigos. Sin embargo, desde la muerte

de Manuela apenas se habían visto. Además, Damián se jubiló al poco tiempo y eso los distanció aún más.

Vega suspiró.

—¿Qué tal tu familia, Damián? —preguntó Vega.

—María muy bien. Más joven que nunca. Y mi hijo... Estoy muy orgulloso de él, Telmo. El año pasado, Roberto se ganó la medalla al mérito militar por su actuación en la batalla del Ebro. Y es casi seguro que este año ascienda a comandante... — Echevarría hizo una pausa. Su sonrisa de padre satisfecho se difuminó lentamente. Por fin, preguntó—: ¿Y tú qué tal estás, Telmo...?

Vega se encogió de hombros.

—Bien. —Echevarría asintió levemente.

—¿Lo has superado ya? —preguntó—. ¿Has conseguido olvidar lo que le sucedió a Manuela...?

Vega esbozó una triste sonrisa. ¿Olvidar la muerte de Manuela...? Imposible. Quizás había conseguido resignarse, quizás el tiempo transcurrido, casi tres años ya, le había ayudado a aceptar aquella terrible pérdida, pero Vega sabía que el dolor sordo y constante que la ausencia de su mujer le causaba no habría de abandonarle jamás.

—Estoy bien, Damián... —dijo el comisario, tragando saliva. Y añadió—: ¿Por qué no vas a ver a los muchachos? Seguro que están deseando saludarte...

Echevarría contempló a Vega en silencio, con una media sonrisa comprensiva asomándose a sus labios. Luego le dio un cachete cariñoso y, sin decir nada, abandonó el despacho.

Vega tomó asiento frente a su escritorio. Apartó la pila de carpetas que ocultaba una fotografía enmarcada, una instantánea en blanco y negro, algo difusa y desenfocada, de una mujer joven, de pelo negro y ojos grandes, que reía feliz junto a la orilla del mar.

—Manuela... —musitó Vega, contemplando con tristeza aquel recuerdo desvaído de tiempos que fueron mejores.

Al caer la tarde, cuando el comisario Vega estaba recogiendo sus cosas, dispuesto a abandonar la comisaría para irse a casa, el teléfono de baquelita que descansaba sobre su mesa de despacho comenzó a sonar. Vega descolgó; era Luisa, una de las operadoras de la centralita.

—Hay una llamada para usted, comisario —dijo la telefonista—. Es una tal Leonor Hidalgo, e insiste en hablar con el oficial encargado de investigar la muerte del conde de Lemos...

Vega frunció el ceño. ¿Quién demonios era el conde de Lemos...? Luego cayó en la cuenta de que ése era el título de Luis Carlos de Andrade, la quinta víctima del asesino de filatélicos.

—Pásamela, Luisa —dijo. Tras una breve pausa, escuchó en el auricular el débil «tale» indicador de que la llamada había sido transferida—. Soy el comisario Vega,

dígame.

Unos segundos de silencio.

—Me llamo Leonor Hidalgo —dijo una voz de mujer, grave y cultivada, con un leve acento que Vega no pudo identificar—. ¿Es usted el policía que investiga la muerte del conde de Lemos?

—Me ocupo de ese caso, sí. ¿En qué puedo ayudarla?

—No le conozco, comisario; así que todavía ignoro lo que puede hacer por mí. —La voz de la mujer se había teñido de ironía—. Más bien se trata de la ayuda que yo pueda prestarle a usted... Conocía a Luis Carlos de Andrade; ambos teníamos una afición en común, la filatelia. Precisamente, hace unos días estuve hablando con él... Y ahora acabo de enterarme de su muerte, algo terrible, ¿verdad...? De modo que he pensado que quizá la policía pudiera estar interesada en interrogarme.

Había algo peculiar en la voz de aquella mujer, una cierta languidez en su tono, como si cada palabra que pronunciaba supusiese para ella un paso más en el camino hacia el tedio. No obstante, Vega jamás había escuchado antes una voz tan sensual y acariciadora, seda oscura transformada en sonido.

—¿Cree que puede proporcionarnos alguna información de interés, señora Hidalgo? —preguntó el comisario.

Una pausa.

—¿Por qué no decide eso usted mismo? Hoy ya es tarde, pero mañana estaré encantada de recibirle en mi casa. Vivo en Serrano, 122. Ah, y sí no le importa no venga antes de las once; detesto madrugar... Buenas tardes, comisario.

Un chasquido y la línea quedó muerta. Vega colgó el auricular en la horquilla, sintiéndose algo perplejo. Aquella mujer hablaba con el tono de quien está acostumbrado a ser obedecido.

Leonor Hidalgo... ¿Quién era? ¿Y cómo se había enterado de la muerte de Andrade, si la noticia de su fallecimiento todavía no había sido difundida?

Vega abandonó su despacho en busca de Navarro y Uribe. A este último lo encontró en la sala de archivos y le pidió que redactara un informe lo más completo posible sobre una mujer llamada Leonor Hidalgo. Luego buscó a Ángel Navarro, pero no se encontraba en la comisaría, de modo que Vega dejó una nota sobre su mesa de trabajo, informándole de la llamada que había recibido y de su cita al día siguiente en el número 122 de la calle Serrano. Finalmente, el comisario se puso el abrigo y salió a la calle.

El sol acababa de ponerse y hacía frío, pero Vega decidió no tomar el tranvía e ir andando a casa. Quizás aquel viento fresco que soplaba desde la sierra de Guadarrama le aclarase las ideas.

Madrid había cambiado mucho durante los últimos meses. Al principio, cuando el golpe de los militares fascistas parecía estar abocado al éxito, la ciudad se llenó de campesinos —paletos, como decía Navarro— que huían de sus tierras devastadas por la guerra.

No obstante, el curso de los acontecimientos sufrió un brusco giro de ciento ochenta grados cuando, año y medio atrás, un atentado acabó con la vida del general Franco. Aquello ocurrió el 2 de diciembre de 1937 en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, en Burgos, durante la ceremonia de juramento de lealtad de los miembros del recientemente creado Consejo Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Una bomba oculta en el estrado de autoridades explotó, mandando al otro barrio al Generalísimo y a medio Consejo Nacional.

Nunca se supo a ciencia cierta quién, o quiénes, fueron los responsables del atentado. El comunicado oficial del bando rebelde adjudicaba la autoría de aquel magnicidio a un comando anarquista, pero existían serios motivos para sospechar que sus verdaderos instigadores se encontraban entre algunos de los mandos militares sediciosos que habían contemplado, con temor y suspicacia, el creciente peso político que había ido adquiriendo el pequeño, pero ambicioso, general Francisco Franco.

Fuera como fuese, a raíz de aquel atentado el curso de la contienda comenzó a adquirir por vez primera tintes favorables a la República. Y aquellos «paletos», hombres y mujeres de rostros curtidos por el sol, iniciaron el lento retorno a sus pueblos y a sus hogares. Ya no se veían tantas boinas caladas hasta las cejas por la Puerta del Sol o la calle Mayor.

Después de casi tres años de guerra, Madrid recuperaba su viejo aspecto. Las farolas iluminaban de nuevo las calles que, hasta hacía poco, habían permanecido a oscuras con el fin de dificultar las incursiones de los *junker* alemanes. Ya no estaba en vigor el toque de queda y la gente permanecía hasta bien entrada la noche en bares y tabernas, o acudía alegremente a los espectáculos de variedades y las salas de fiesta. Frente a Correos podía verse de nuevo la fuente de la Cibeles, hasta entonces totalmente oculta por las pilas y pilas de sacos terreros que la habían protegido de las balas y la metralla. «La Bella Tapada», así la llamaron durante casi tres años.

Parecía como si el pueblo de Madrid quisiera olvidar la guerra aun antes de que ésta hubiera llegado oficialmente a su término. Sin embargo, la guerra continuaba estando presente por doquier, en un muro cubierto de impactos de arma de fuego, o en ese edificio destruido por las bombas, o en aquel cartel medio rasgado que mostraba el dibujo de un soldado republicano abrazado a una mujer de aspecto licencioso, mientras que, en segundo término, otro soldado caía mortalmente herido de un disparo, y cuyo titular rezaba: «EVITA LAS ENFERMEDADES VENÉREAS, TAN PELIGROSAS COMO LAS BALAS ENEMIGAS».

Una decena de soldados pertenecientes a las milicias populares, todos ellos con brazaletes de la CNT-FAI, cruzaron la calle en dirección a la Puerta del Sol. Era evidente que habían bebido demasiado e iban cantando, con más entusiasmo que armonía, una canción popular.

... Pero nada pueden bombas,
rumba-la rumba-la rumba-la,

pero nada pueden bombas,
rumba-la rumba-la rumba-la,
donde sobra corazón,
ay Carmela, ay Carmela

Vega, observó por el rabillo del ojo cómo alguien, un hombre de mediana edad, se apresuraba a ocultarse en las sombras de un portal, eludiendo con aire asustado el paso de los soldados. El comisario notó que su instinto de policía resonaba como una alarma en su cerebro. ¿Quién podía temer a la milicia anarquista? Sólo un comunista... o algún miembro de los grupos fascistas clandestinos que todavía, aunque cada vez con menor frecuencia, actuaban en Madrid. Sin embargo, desde que Moscú había decidido apoyar al Gobierno de la República, suministrándole material de guerra, el Partido Comunista había visto incrementado notablemente su prestigio y poder. De modo que sólo quedaba la segunda opción: se trataba de un faccioso, de un falangista, de un traidor...

Vega se detuvo y escrutó las sombras que envolvían al portal. Por unos instantes imaginó lo que podía sentir aquel hombre oculto en la oscuridad. Incluso creyó escuchar el tabaleo acelerado de su corazón.

Pero sólo era el viento, y los ecos desafinados de la tonada que cantaban los milicianos.

Vega suspiró y reanudó la marcha. En otros tiempos hubiera detenido e interrogado a aquel hombre. Y, a la menor sospecha, le habría entregado a la policía militar.

Sí, en otros tiempos lo habría hecho... Pero no ahora.

Ya no valía la pena.

Vega vivía en un piso pequeño situado en la plaza de Olavide, frente al mercado de Chamberí. Cuando abrió la puerta, el comisario encontró su casa a oscuras y helada. Eulalia, que además de ser la portera del inmueble se ocupaba de limpiarle el piso y cocinar para él, era una viuda cincuentona, alegre y de trato afable, una buena mujer que, sin embargo, tenía el grave defecto de ser una entusiasta de la ventilación. Cada día, antes de irse, abría de par en par los balcones que daban a la plaza, lo que en verano suponía que el piso se llenara de mosquitos, y en invierno que se convirtiese en una nevera. Vega le había pedido mil veces que no lo hiciera, pero la mujer, convencida de que la salud del policía dependía de que el aire corriese libremente por su vivienda, no le hacía el menor caso.

Vega encendió la luz y cerró los balcones. Por un instante pensó en prender el brasero, pero sus emanaciones le daban dolor de cabeza, así que decidió no hacerlo, optando por quedarse con la chaqueta puesta para combatir el frío.

La señora Eulalia le había dejado la cena preparada en la cocina: un caldo de verduras y medio pollo asado. Vega no tenía más que recalentar los alimentos en la cocina de carbón, pero no le apetecía lo más mínimo tener que esperar a que aquel

armatoste de hierro fundido produjese las calorías necesarias para caldear su comida. Así que dejó a un lado la sopa, cogió una servilleta y un vaso de agua, y se llevó el pollo al salón.

Encendió el aparato de radio. Las válvulas del viejo Telefunken tardaron unos segundos en calentarse. Sintonizó la emisora Unión Radio, que en aquel momento estaba retransmitiendo la grabación en disco de un viejo discurso de Dolores Ibarruri, pronunciado en Barcelona meses atrás. La voz exaltada de la Pasionaria quebró el silencio de la casa, proclamando el valor y el heroísmo demostrado por el pueblo catalán en defensa de la libertad, y afirmando que ella estaba dispuesta a levantar y besar a cualquiera de los combatientes caídos en las calles barcelonesas, fueran comunistas, socialistas o... sí, o trotskistas y anarquistas.

«Hora de contemporizar», pensó Vega. Estando la victoria tan cercana, era el momento de olvidar viejas rencillas.

El policía cogió un muslo de pollo y empezó a comer.

¡Pollo...! ¿Dónde podía haber conseguido pollo doña Eulalia? Mejor no preguntárselo; a fin de cuentas él era policía; y el estraperlo, un delito.

Mientras daba cuenta de su cena, el comisario paseó la mirada por el salón. Vega no había cambiado nada de lugar; todo estaba igual que cuando vivía Manuela. Todo, salvo la pared situada frente al balcón, que antes había sostenido una mala reproducción de la Última Cena, de Da Vinci, y ahora se hallaba ocupada por una pléyade de fotos enmarcadas: Manuela sonriendo a la cámara, Manuela esquiando en Navacerrada, Manuela frente a la escuela pública donde daba clases, Manuela y él cogidos de la mano en la verbena de las Vistillas...

Sólo uno de aquellos marcos contenía algo que no era una fotografía. Se trataba de un recorte de periódico fechado el 21 de julio de 1936. Vega conocía de memoria el texto de aquella reseña, que hablaba de uno de los muchos incidentes acaecidos tras la toma del Cuartel de la Montaña por las fuerzas leales a la República: un «paco», como llamaban a los francotiradores desde la guerra de África, había efectuado varios disparos de pistola, desde un balcón de la calle Florida, contra un grupo armado del Frente Popular que pasaba por la calle Barceló. Los milicianos respondieron haciendo fuego con sus *mauser* y, al cabo de media hora, lograron acabar con el agresor emboscado. En el incidente sólo hubo que lamentar el fallecimiento de una joven maestra, Manuela Galindo Ruiz, muerta a causa de uno de los primeros disparos efectuados por el francotirador.

Vega recordaba con absoluta nitidez aquel 20 de julio. El levantamiento fascista había sido rápidamente sofocado en Madrid, pero durante varias jornadas mantuvo en estado de alerta a las fuerzas de seguridad. Vega se vio obligado a permanecer todo el día y toda la noche en su despacho de la DGS, ocupado en intentar restablecer el orden en una ciudad repentinamente desquiciada, hasta que por la tarde recibió una llamada telefónica, informándole de que su mujer había sufrido un accidente y que su cuerpo se encontraba en el Instituto Anatómico Forense.

De este modo, en tan sólo unos instantes, el mundo de Vega se vino abajo. Oh, sí, los médicos le dijeron que el proyectil había atravesado la médula espinal, que la muerte de su mujer fue instantánea y que no pudo haber experimentado el menor sufrimiento. Un sargento de la Guardia de Asalto le aseguró, por su parte, que Manuela ya había sido vengada, que el asesino fascista que disparó contra ella había pagado su crimen, cayendo acribillado por las gloriosas balas republicanas.

Más tarde, Vega supo que aquel feroz francotirador había resultado ser un estudiante de dieciséis años. Qué ironía, dieciséis años... casi un niño, como los niños a quienes daba clases Manuela, como los niños que habían planeado tener juntos y que ahora ya nunca existirían...

Vega maldijo mil veces aquel día en que los fascistas de Sanjurjo, de Mola, de Franco, decidieron tomar Madrid por las armas, y se atormentó a sí mismo, culpándose de haber estado fuera, absorto en su trabajo, dejando sola a su mujer en una ciudad que parecía una bomba a punto de explotar. Quizá sí él hubiera estado a su lado, Manuela nunca habría salido de casa para dirigirse al piso de sus padres, en la calle Barceló, donde tenía una cita Ineludible con una bala perdida disparada por un adolescente...

El dolor de Vega no tardó en transformarse en odio. Odio hacia los militares que, con su insurrección, habían matado a Manuela; odio hacia los fascistas que querían cimentar un nuevo orden sobre charcos de sangre inocente; odio hacia Hitler y Mussolini, que habían apoyado con armas y tropas aquella sublevación asesina. Vega nunca antes estuvo interesado en política, pero, tras la muerte de su mujer, la política pasó a convertirse en una *vendetta* particular. En la mente del policía, el mundo quedó dividido en dos bandos: los que habían matado a Manuela —Franco y los fascistas—, y los que no lo habían hecho —la República—. Aquéllos fueron días de odio y dolor, días de furia. No obstante, luego, con el paso del tiempo, el odio y el dolor acabaron por transformarse en un sentimiento distinto, difícil de definir, algo así como la presencia fantasma de un miembro amputado, una constante sensación de pérdida y desamparo, pero ya carente de ira.

Finalmente, Vega logró aceptar que Manuela estaba muerta y que nada de lo que él hiciera podría resucitarla.

Si se pudiera dar marcha atrás, cambiar el pasado...

Pero eso era, sencillamente, imposible.

Dejó los restos del muslo de pollo sobre el plato. Había perdido el apetito. Apagó las luces del salón y se dirigió al dormitorio. Mientras se desnudaba, observó su imagen reflejada en el espejo del armario. La imagen de un cuarentón medio calvo, con demasiada grasa en el estómago.

Vega sacudió la cabeza. ¿Cómo se podía engordar en medio de una guerra...? Encendió la lámpara que había sobre la mesilla de noche y se metió en la cama. Cogió un libro de páginas desgastadas por el uso. —*El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández—, y lo abrió al azar. Aquel libro había pertenecido a Manuela. Ella

adoraba la poesía y siempre había intentado, en vano, contagiar esa afición a su marido—. Fue necesaria su muerte para que el policía acudiese a aquellos poemas buscando algún eco, por débil que fuera, del recuerdo de su mujer.

Vega pasó las páginas hasta encontrar la poesía que buscaba. Silabeando en silencio, comenzó a leer:

Umbrío por la pena, casi bruno
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.
Sobre la pena duermo solo y uno,
pena es mi paz y pena mi batalla,
perro que ni me deja ni se calla,
siempre a su dueño fiel, pero importuno...

Vega desvió la mirada. En realidad, no necesitaba leer aquel poema, se lo sabía de memoria. Aquellas palabras parecían dedicadas a él, dispuestas y ordenadas a su medida. No era la voz de un poeta desconocido y lejano. Era su voz. Eran sus palabras.

La luz que emitía la bombilla vaciló y parpadeó hasta desvanecerse por completo.

«Otro apagón», pensó Vega. Como todas las noches. Dejó el libro sobre la mesilla y se dio media vuelta. Con los ojos cerrados, escuchó los tenues sonidos de la ciudad: el motor rateante de un camión, los pasos de una mujer sobre el asfalto, el ladrido lejano de un perro...

Poco a poco, Vega se fue adormilando. Pero unos segundos antes de conciliar el sueño, algo extraño se enredó en sus pensamientos fragmentados. El recuerdo de una voz.

La voz grave y aterciopelada de Leonor Hidalgo.

El número 122 de la calle Serrano resultó ser un palacete neoclásico rodeado por un inmenso jardín romántico. Un lugar que olía a lujo y dinero, algo muy inusual en un país arruinado por la guerra.

Un mayordomo franqueó el paso a Vega y a Navarro, conduciéndolos a través de un recibidor cubierto de mármol y espejos hasta un amplio y aristocrático salón.

—Avisaré inmediatamente a la señora —dijo el criado.

Y después de hacer una leve reverencia abandonó el salón, cerrando la puerta tras de sí. Vega y Navarro se miraron en silencio. Jamás habían estado dentro de un edificio tan suntuoso. El comisario contempló los óleos colgados en las paredes, las porcelanas de Sévres sobre la librería, los muebles *art déco* combinados con otros de estilo Regencia y modernistas.

Se acercó a la gran chimenea que presidía el salón. En su parte superior había una repisa de alabastro, sobre la que descansaban diversas antigüedades y objetos de

adorno, entre ellos un marco de plata que mostraba la foto en color de un hombre joven, extraordinariamente apuesto, vestido con ropa deportiva; llevaba una raqueta de tenis en la mano y saludaba a la cámara con sonrisa de galán cinematográfico.

Vega volvió la cabeza al oír cómo la puerta del salón se abría, dando paso a una mujer alta, elegantemente vestida, acompañada por un hombre gigantesco, un negro musculoso con el cráneo afeitado, tan liso como una esfera de ébano.

—Buenos días, señores —dijo Leonor Hidalgo, con una acogedora sonrisa—. Lamento haberles hecho esperar.

Vega se adelantó unos pasos hasta situarse cerca de Navarro.

—Soy el comisario Vega. —Señaló a su subalterno—: Mi ayudante, el inspector Navarro.

—Qué increíble sensación de seguridad, ¿no es cierto? Dos policías en mi casa... —Aunque el tono de Leonor era serio, la ironía bailaba en sus ojos—. Pero quizás estemos más cómodos sentados, ¿no creen?

Mientras se acomodaban en unos mullidos sillones de cuero castaño, Vega examinó a la mujer. Leonor Hidalgo tenía el pelo negro y los ojos oscuros. Era difícil precisar su edad. Por encima de los treinta años, en cualquier caso, aunque su figura, esbelta y flexible, podría haber pertenecido a una mujer más joven. No era exactamente guapa, en el sentido usual del término; sus facciones quizá fueran demasiado enérgicas, incluso algo masculinas. No obstante, poseía un extraño atractivo, una especie de halo misterioso y exótico. Parecía la encarnación de una heroína griega, Antígona, Electra o, más bien, Lisístrata.

El coloso de ébano permanecía de pie, cerca de la mujer. Aquel negro debía aproximarse a los de dos metros de altura, tenía los hombros anchos hasta la desmesura y los brazos exageradamente musculados. Vestía un traje de buen paño y corte elegante, pero aquello no engañaba a Vega. Era evidente que el gigante se había dedicado, en otros tiempos, al boxeo —las manos deformadas y la nariz rota así lo atestiguaban—, y ahora no era otra cosa más que un simple guardaespaldas.

—No nos ha presentado a su amigo —dijo Vega, señalando con un gesto al hombre de color.

—Se llama Abraham Lincoln Smith, aunque todo el mundo le conoce por Abby —repuso Leonor, sonriente—. Y no es mi amigo, sino mi secretario particular. Un hombre tan celoso de su trabajo, que se resiste a dejarme sola ni un segundo. —Suspiró—. Pero no se preocupe, comisario: Abraham es norteamericano y no entiende ni pizca de español. Podemos hablar con total intimidad.

Vega sacó del bolsillo de la chaqueta un cuaderno de notas y desenroscó el capuchón de su estilográfica.

—Señora Hidalgo, ¿cuándo conoció a Luís Carlos de Andrade?

—Debió de ser a finales de noviembre. Creo que alguien nos presentó en una exposición filatélica.

—¿Dónde fue eso?

Leonor se encogió de hombros.

—Deberá disculparme, comisario, tengo mala memoria. Fue en una exposición; no recuerdo cuál, hay tantas...

—Ya... ¿Entablaron amistad?

—Nada demasiado íntimo, desde luego. —Una sonrisa burlona se formó en sus labios—. Pero ambos estábamos interesados por los sellos. El conde insistió en mostrarme su colección y fui a su casa un par de veces.

Vega percibió el aroma a perfume caro que envolvía a Leonor Hidalgo. ¿Cuánto hacía que no hablaba con una mujer que oliese así? Navarro, sumido en una especie de admirativo mutismo, no le quitaba la vista de encima, como fascinado por su rara belleza.

—Cuando ayer hablé con usted —prosiguió el comisario—, dijo que había visto recientemente al señor Andrade.

—Sí, hará poco más de una semana. Y lo encontré nervioso, preocupado. Según me contó, alguien se había interesado por uno de sus sellos. Al parecer, quería comprárselo a toda costa.

Vega y Navarro intercambiaron una mirada.

—¿Dijo cómo se llamaba esa persona? —preguntó el inspector.

—La verdad es que no. Creo que se trataba de un hombre, pero no sé nada más.

—¿Y el sello? —preguntó Vega—. ¿Qué sello era ese que querían comprarle?

Leonor se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, comisario. Un sello sin mucho valor, por lo visto.

Se produjo una larga pausa. Vega carraspeó.

—¿Eso es todo, señora Hidalgo?

—Me temo que sí —contestó la mujer—. Pensé que podía ser importante, pero quizá les he hecho perder el tiempo...

—En absoluto —se apresuró a decir Navarro—. Su declaración ha sido de gran interés.

Vega guardó en el bolsillo de la chaqueta el bloc y la pluma.

—Creo que tendremos que seguir abusando de su amabilidad, señora. Usted ha dicho que conocía la colección de Andrade; ¿tiene algún inconveniente en examinar cierto álbum de esa colección? Creemos que falta un sello y quizás usted pueda decirnos cuál.

—Haré lo que pueda por ayudarles. ¿Han traído el álbum?

Vega negó con la cabeza.

—Se encuentra en la Dirección General de Seguridad. Me temo que tendrá que ir allí a examinarlo.

Leonor enarcó una ceja.

—Qué contrariedad... —dijo, tras una pausa—. Verá comisario, hoy tengo un compromiso ineludible. El domingo, por otra parte, deberé desplazarme a las afueras

de Madrid, aunque volveré por la noche. ¿Le parece que vaya a su comisaría el lunes por la mañana?

Vega asintió al tiempo que se ponía en pie. Sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó a la mujer.

—No la importunamos más, señora Hidalgo. Ahí tiene mi número privado. Si antes del lunes recuerda algo nuevo relacionado con la muerte de Andrade, llámeme por teléfono, no importa la hora.

Leonor condujo a los dos policías hasta la puerta de entrada. El hombre llamado Abby, siempre inexpresivo y silencioso, les siguió a cierta distancia. Vega acababa de cruzar el umbral cuando, de pronto, pareció recordar algo.

—Una cosa más, señora Hidalgo... ¿Cómo supo que Luis Carlos de Andrade había sido asesinado? La noticia no ha aparecido en la prensa hasta esta mañana, y usted me llamó ayer...

Leonor Hidalgo sonrió y clavó su mirada en los ojos de Vega. Tras una pausa, dijo:

—Me lo contó un amigo...

—¿Quién?

La mujer se echó a reír.

—Tengo muchos amigos, comisario. Y a algunos no les gustaría nada que fuese mencionando su nombre por ahí. Que tengan un buen día, señores... Ah, inspector Navarro, ¿le han dicho alguna vez que se parece mucho a Ronald Colman...?

Leonor cerró la puerta suavemente. Vega se volvió hacia Navarro, advirtiéndolo con sorpresa el rubor que enrojecía sus mejillas.

—Vámonos, Ángel, que se te está poniendo cara de idiota. —Mientras se encaminaban hacia su automóvil oficial, Vega añadió—: ¿Qué piensas de esa mujer?

—Que es una jodida plutócrata podrida de millones. Pero está para comérsela...

—¿Ésa es tu opinión profesional? ¿La testigo está para comérsela?

—Mi opinión es que esa mujer es muy rara. Y sabe más de lo que nos ha dicho.

Vega asintió.

—Es cierto. Parecía estar divirtiéndose con nosotros. —Llegaron a la altura del Citroën negro. Vega permaneció unos segundos pensativo. Antes de entrar en el coche se volvió hacia su ayudante—. Ángel: dile a Uribe que se dé prisa con el informe sobre la Hidalgo. Y luego llama a Echevarría; me gustaría que estuviese en el despacho el lunes por la mañana, cuando nuestra amiga venga a examinar el álbum de sellos. Otra cosa: averigua si la criada o la portera recuerdan haber visto a Leonor Hidalgo en casa de Andrade.

—Como ordenes, jefe. ¿Algo más?

Vega se acomodó en el asiento contiguo al conductor. Reclinó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos.

—Sí, Ángel. Conduce despacio, ¿quieres?

El lunes, a primera hora de la mañana, Uribe se presentó en el despacho de Vega con un breve informe mecanografiado. El comisario lo leyó rápidamente.

Leonor Hidalgo Acebedo. Nacida en Madrid el 13 de junio de 1903. Hija del abogado Ernesto Hidalgo Lujan y de Leonor Acebedo García. Quedó huérfana en 1923, al morir sus padres en un accidente ferroviario. En 1924 se trasladó a Estados Unidos, donde logró amasar una gran fortuna mediante inversiones en Bolsa. En 1930 se nacionalizó norteamericana. En 1935 contrajo matrimonio. En 1936, poco antes del comienzo de la guerra, volvió a España.

NOTA: Hay constancia de que entre 1925 y 1936 viajó en repetidas ocasiones a Italia (1925), Portugal (1926), Yugoslavia (1929), Brasil (1930), Bolivia y Paraguay (1932), Alemania (1933-1934).

Vega dejó el informe sobre la mesa y contempló a Uribe con perplejidad.

—¿Esto es todo...?

—Es todo lo que he encontrado. —Uribe se acarició el puente de la nariz—. A decir verdad, la mayor parte de la documentación sobre esa mujer ha sido requisada por el Ministerio de Gobernación.

—Pues reclámala.

—Eso hice, pero al parecer los documentos los tiene el secretario del ministro. Y no piensa soltarlos.

Vega frunció el ceño.

—No lo entiendo... Por ejemplo, aquí dice que se casó en 1935. ¿Con quién y dónde? Una partida de matrimonio debe ser fácil de localizar...

Uribe se encogió de hombros.

—Mire, comisario, en ese informe consta lo que a ciencia cierta sabemos de ella. Ahora le diré lo que me han contado por los pasillos del Ministerio: Leonor Hidalgo conoce a mucha gente en las altas esferas. Hay miembros del Gobierno que le deben favores y, además, ha usado su dinero y su influencia para apoyar a la República. Para colmo, tiene nacionalidad norteamericana. En resumen: Leonor Hidalgo es intocable. Y muy poderosa.

Vega cerró los ojos con cansancio. Aquel asunto tenía cada vez menos sentido.

—¿Algo más, Uribe...?

—Pues... Bueno, hay algo raro en los viajes que realizó esa mujer... He estado dándole vueltas y... Verá, comisario, en el 25 fue a Italia, justo cuando tuvieron lugar las revueltas fascistas; el 26 a Portugal, coincidiendo con el golpe de Estado de Fragoso Carmona; en el 29 a Yugoslavia, el año en que se instauró la Dictadura; en 1930 a Brasil, cuando el levantamiento contra Vargas; en 1932 a Bolivia y Paraguay,

en plena Guerra del Chaco; a partir del 33 a Alemania, durante la ascensión de Hitler. Y, finalmente, en 1936...

—España —murmuró Vega—. La guerra civil...

—Exacto, comisario. A esa mujer parecen gustarle los conflictos armados.

Leonor Hidalgo, vestida con un elegante traje gris y un sombrero blanco de ala ancha, se encontraba en el despacho de Vega, examinando con detenimiento los sellos de Andrade.

Echevarría, sentado en silencio, no apartaba la mirada de aquella mujer de largas piernas y ojos oscuros, como si estuviera hipnotizado por su peculiar belleza, tan irreal en un Madrid lleno de fealdad y miseria.

El mismo Vega no podía evitar sentirse un poco cohibido. Había algo en ella... misterioso, sí. E inquietante. Era como si conociese cosas que Vega no podía ni tan siquiera imaginar. Como si ella adivinase, divertida, la secreta naturaleza de sus sentimientos más recónditos.

Pero ¿qué sentimientos eran éstos?

¿Quizá deseo...?

El comisario sacudió la cabeza, sintiéndose a la vez culpable y ridículo. Era absurdo sentirse atraído por aquella mujer. Pertenecían a mundos distintos, no tenían nada en común. Además, aquello, aunque sólo fuera un simple pensamiento impreciso, suponía una pequeña traición al recuerdo de Manuela.

Leonor Hidalgo pasó, por fin, la última página del álbum y contempló fijamente el hueco que había entre los sellos. Sus ojos se iluminaron.

—Sí, falta uno —dijo, casi con un susurro—. Y recuerdo cuál es...

Vega se inclinó hacia delante.

—¿Podría describirlo?

—Puedo intentarlo. —Entornó los ojos e inclinó la cabeza sobre el pecho. Permaneció un rato en silencio, concentrada. Luego dijo—: Era un sello rectangular, de unos cuatro centímetros de alto por tres de ancho, muy hermoso... Pero falso.

—¿Un sello de fantasía? —preguntó Echevarría.

—Eso es. Recuerdo que me llamó la atención por lo extraordinariamente bien impreso que estaba. En él aparecía dibujado un anciano con alas leyendo un libro.

—¿Un anciano con alas...? —preguntó Vega—. ¿Quiere decir un ángel?

—No tenía aspecto de ángel. —Leonor hizo un gesto vago—. Era sencillamente eso: un anciano alado, con el pelo y la barba blancos y muy largos. En la parte superior del sello había una inscripción en latín: «*Mobile quod movetur*», y en la parte inferior un nombre: Thule.

—¿Thule...? —repitió Vega.

—Es un país inexistente, igual que la Atlántida —comentó Echevarría—. He visto sellos de Eldorado, de Cíbola e, incluso, de Barataria, la ínsula que aparece en El Quijote. Muchas emisiones fantasma son así. —Se volvió hacia la mujer—: ¿De qué color era?

Leonor desvió la mirada y frunció los labios. Al cabo de unos segundos se encogió de hombros.

—No lo recuerdo... Quizá rojo, quizá verde, quizás azul... —Sonrió—. Me temo que no soy muy precisa, ¿verdad?

—No importa —dijo Echevarría—. ¿Los bordes eran lisos o dentados?

—Dentados.

—¿Estaba obliterado?

Leonor enarcó una ceja.

—¿Perdón...?

La sonrisa desapareció de la cara de Echevarría.

—Obliterado... —repitió. Y luego aclaró—: Matasellado.

—Ah, ya... No, no tenía matasellos.

Se produjo un largo silencio. Vega se levantó de la silla.

—¿Recuerda algo más, señora Hidalgo?

La mujer se incorporó a su vez.

—Creo que no, comisario. ¿Puedo irme ya?

—Antes, me gustaría que le describiera ese sello a uno de nuestros dibujantes. ¿Le importa?

—Será un placer...

Vega se dirigió a la puerta. Leonor cogió el abrigo y el bolso y estrechó la mano que le tendía Echevarría.

—Por cierto, señora Hidalgo —dijo el expolicía—, creo que es usted aficionada a la filatelia... Sabe, yo también poseo una modesta colección. Nada del otro mundo, por supuesto. Sin embargo, tengo un sello único: el penique negro de 1839. Es un ejemplar realmente curioso, a lo mejor le gustaría verlo. Ya sabe, los sellos de 1839 son realmente raros...

—Claro, claro... —Leonor sonrió con tanta amabilidad como desinterés. Se aproximó a la puerta—. Estaré encantada de ver ese sello cualquier día de éstos...

Vega acompañó a Leonor Hidalgo a través de los largos pasillos de la Dirección General de Seguridad. A medio camino, y como sin darle importancia, preguntó:

—¿Está usted casada, señora Hidalgo?

Una pausa.

—Sí.

—¿Cómo se llama su marido?

La mujer sonrió con ironía y miró de reojo al comisario.

—Mario Yáñez-Borghese. Nos casamos en Roma, hace cuatro años.

Vega meditó unos instantes.

—Sobre la chimenea de su casa hay una foto... ¿Se trata de su esposo?

—Es usted muy observador, comisario... Sí, ése es Mario.

—¿Está con usted, aquí, en Madrid?

Leonor sonrió de nuevo.

—No.

—Entonces, ¿dónde se encuentra ahora?

Ella se detuvo, al tiempo que una alegre carcajada brotaba de sus labios.

—Sinceramente, comisario, no tengo ni la más remota idea de cuál puede ser el paradero de mi marido.

Volvió a reír, esta vez en tono más quedo, y continuó andando.

El policía parpadeó, desconcertado. Tuvo que acelerar el paso para situarse a la altura de la mujer, prosiguiendo en silencio el resto del camino. Tras dejar a Leonor con el dibujante, Vega volvió a su despacho. Allí le aguardaban Echevarría y Navarro.

—Acabo de interrogar a la criada y a la portera de Andrade, jefe —dijo el inspector, sin más preámbulos—. Tanto la una como la otra aseguran que jamás han visto por la casa del conde a ninguna mujer, y menos a alguien como Leonor Hidalgo. Además, la asistenta afirma que, desde el comienzo de la guerra, su señor no acudía a ningún tipo de actos filatélicos. —Navarro se encogió de hombros—. Parece que la señora Hidalgo nos está engañando.

—Hay algo más —señaló Echevarría—. Esa mujer dice que colecciona sellos, ¿no es así...? Pues no tiene ni idea de filatelia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vega.

—Cualquier coleccionista conocería el significado de la palabra «obliterado»; ella lo ignoraba. Me resultó extraño, así que afirmé tener un sello inglés de 1839. A la señora Hidalgo le pareció fenomenal... pero hasta el filatélico más ignorante sabe que el primer sello de la historia se emitió el 1 de mayo de 1840.

Vega respiró hondo y se dio la vuelta. Apoyó las manos sobre su escritorio. Aquel caso era un maldito embrollo.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó Navarro al cabo de un rato—. ¿Detenemos a Leonor Hidalgo?

—¿Bajo qué cargos? —gruñó Vega—. ¿La acusamos de ser un poco mentirosa y de no saber nada de sellos? —Suspiró—. No. Vamos a tenerla bajo vigilancia día y noche; ocúpate de eso, Ángel. —Se volvió hacia Echevarría—: ¿Has comenzado a examinar las colecciones de las víctimas?

—Ayer estuve revisando la de Andrade. No encontré nada peculiar... Salvo que ese hombre tenía unos sellos de quitar el hipo. No entiendo por qué el asesino no se los llevó...

—Quien mató a Andrade estaba buscando un ejemplar en concreto —replicó Vega—. Por cierto, ¿qué opinas del sello que ha descrito la Hidalgo?

Echevarría enarcó las cejas.

—Un sello de fantasía puede tener cualquier aspecto. Lo que me extraña es que esa mujer recordara muchos detalles, pero no el color...

—Sí, es raro... —Vega palmeó el hombro del expolicía—. Gracias, Damián, estás siendo de mucha ayuda. —Se volvió de nuevo hacía Navarro—. Ángel, dile a Uribe

que haga averiguaciones acerca de un tal Mario Yáñez-Borghese. Es el marido de Leonor Hidalgo.

—¿El marido...? Vaya, un tipo con suerte, ¿eh, jefe?

—No estaría yo tan seguro de eso... —repuso Vega. No. Leonor Hidalgo era una mujer rica y atractiva, pero también un enigma.

Y quizás un peligro.

El Coleccionista no volvió a actuar hasta una semana más tarde, y cuando lo hizo hirió allí donde nadie podía esperar que lo hiciese.

El Coleccionista... Así comenzaban a llamar al asesino de filatélicos por los pasillos de las comisarías. Aquel caso estaba despertando una notable curiosidad, no sólo en los ambientes policiales, sino también entre los periodistas. Que alguien asesinase para robar sellos era, cuando menos, un fenómeno sorprendente, sobre todo en un país que parecía haber ensayado ya todas las razones posibles para matar. En cualquier caso, quien era capaz de acabar con vidas humanas tan sólo por hacerse con unos trozos de papel engomado, debía ser, por fuerza, un psicópata, un coleccionista de sellos loco. El Coleccionista.

Entre tanto, la investigación proseguía lentamente.

Damián Echevarría continuó examinando los sellos de las víctimas del Coleccionista. Según le comentó a Vega, no parecía existir ninguna similitud entre las distintas colecciones. Una de ellas, la de Andrade, era extraordinariamente valiosa, mientras que otras, como las de Pedro Vergara o María Luisa Morales, no pasaban de ser la desordenada acumulación de sellos propia de unos principiantes. Las colecciones de Indalecio Camarinas y de Pascual López eran correctas, pero su valor no resultaba, en modo alguno, excesivo.

Mientras, los informes comenzaban a amontonarse, elevando aún más las pilas de papeles que se agolpaban sobre la mesa de Vega. Cierta *dossier* remitido por Uribe contenía un listado compuesto por unos seiscientos nombres de filatélicos. Venía acompañado por una nota del inspector, adviniéndole de que aquella relación, obtenida en los archivos de Correos, era evidentemente incompleta, ya que no existía ningún registro sistemático de los coleccionistas de sellos que pudiera haber en Madrid. Junto a este informe, Uribe había añadido otro en el que enumeraba los comercios de filatelia establecidos en la capital. La lista incluía cincuenta y tres direcciones, aunque era posible que más de una de aquellas tiendas hubiera cerrado a causa de la guerra.

Vega dejó a un lado la relación de coleccionistas de sellos, que, pese a ser incompleta, todavía era demasiado extensa para resultar de utilidad, y centró la investigación en las filatelias, así que destinó dos agentes a la tarea de visitar cada uno de aquellos comercios. A fin de cuentas, era posible que las víctimas se hubieran conocido en una tienda de esa clase.

Por otro lado, Vega recibía en su despacho cada mañana un informe pormenorizado de los movimientos efectuados por Leonor Hidalgo. Al parecer, no

salía mucho de casa y, cuando lo hacía, era para dirigirse a la embajada de Estados Unidos o para acudir a encuentros sociales del más alto nivel. Hacía un par de días, por ejemplo, había almorzado con Indalecio Prieto, exministro de Defensa Nacional, y la noche anterior había sido invitada a una selecta recepción en la embajada de Francia.

Aquella mujer se movía en las alturas, no cabía duda. Al principio, Vega sospechó que podía dedicarse al tráfico de armas —eso explicaría su interés por los países en guerra—, pero tal hipótesis quedó rápidamente descartada; la señora Hidalgo era una rica inversora, nada más. Sin embargo, Vega no albergaba la menor duda de que estaba relacionada de algún modo con los crímenes del Coleccionista, aunque todavía ignoraba cómo. Naturalmente, el policía se veía tentado por la idea de practicarle un interrogatorio a fondo a aquella mujer, pero sabía que aún era pronto. A decir verdad, ni siquiera estaba seguro de cuáles eran las preguntas que debía formular.

Leonor Hidalgo..., una mujer fascinante y misteriosa, como las protagonistas de las malas películas policíacas de Hollywood. Y también una mentirosa que, probablemente, jamás había visto al difunto Luis Carlos de Andrade, conde de Lemos, ni conocía su colección filatélica. Lo cual, evidentemente, hacía albergar serias dudas acerca de su descripción del sello robado.

Vega había contemplado muchas veces el boceto realizado siguiendo las indicaciones de la mujer. Un anciano alado sobre el que aparecía una leyenda en latín: MOBILE QUOD MOVETUR. Vega hizo traducir aquella frase, descubriendo que en castellano quería decir «Móvil que es movido»; no obstante, su auténtico significado permanecía en la oscuridad.

¿Qué demonios podía ser un «móvil que es movido»...?

Pero ése no era el único enigma que planteaba aquel sello: debajo del dibujo aparecía un nombre, Thule. Vega había buscado en una enciclopedia su significado:

Thule. Isla legendaria del Atlántico Norte, situada a seis días de navegación de las Oreadas. Se supone que Thule es diez veces más grande que Gran Bretaña; su suelo es prácticamente estéril y el aire está compuesto por una mezcla de agua de mar y oxígeno.

Según la leyenda, un fenómeno extraño acontece allí todos los años. En la época del solsticio de verano nunca se pone el sol, sino que permanece en el cielo hasta la llegada del solsticio de invierno. Entonces, durante cuarenta días y sus noches permanece oculto. Los habitantes de la isla pasan esa larga noche durmiendo, pues no se puede hacer otra cosa en la oscuridad.

La imaginaria isla de Thule fue citada por Diodoro Sículo, en su *Biblioteca Histórica* (s. I a. C.), por Estrabón, en su *Geografía* (s. I a. C.), y por Procopio en su *Guerra de los Godos* (s. IV).

En fin, aquello tampoco había aclarado demasiado las cosas. Se trataba de un país imaginario, como ocurría, según afirmaba Damián, con muchos de los sellos de fantasía. Pero ¿por qué Thule? ¿Acaso era una clave o una contraseña...?

Vega había dejado de darle vueltas al asunto. Thule podía significar cualquier cosa, o no significar nada. A fin de cuentas, la descripción de aquel sello había sido facilitada por Leonor Hidalgo, y su palabra estaba, cuando menos, en entredicho.

De modo que así transcurrió la semana para el policía: las piezas del rompecabezas se iban amontonando sobre su mesa, sin que todavía resultase, ni mucho menos, evidente la manera en que podían encajar unas con otras.

Pero, al menos, el Coleccionista no había actuado de nuevo.

Hasta el domingo, 12 de marzo...

Aquella mañana, Vega permaneció en su casa. Se había traído un montón de carpetas del despacho, informes y transcripciones de interrogatorios, y llevaba trabajando en ellas desde primera hora. A mediodía, la señora Eulalia subió a entregarle un sobre que acababan de traer de la Dirección General de Seguridad.

—Parece mentira, don Telmo —dijo la mujer— todos los días trabajando de sol a sol y, cuando llega el domingo, ¡hala!, también a trabajar... Eso no es sano, no señor. Tantos días encerrado en habitaciones sin ventilación acabarán con su salud. ¡Salga a la calle, hombre, y déjese ya de tanto trabajo!

Vega tuvo que jurarle que seguiría su consejo e iría a dar un paseo.

—Será mejor que lo haga enseguida —advirtió con firmeza doña Eulalia, mientras abandonaba el piso—. Si no lo veo salir antes de quince minutos, volveré yo misma a sacarle de las orejas. Ojo, don Telmo: estaré vigilando.

Vega sonrió y rasgó el sobre. Contenía una nota de Uribe, informándole de que, al parecer, sólo había dos peristas en Madrid que se ocupasen de traficar con sellos de correos: un tal Doroteo Martínez y los hermanos Mendoza. Por lo visto, Martínez se había retirado hacía un par de años, de modo que únicamente quedaban los Mendoza.

Vega estaba tomando, mentalmente, nota de aquel dato, cuando sonó el teléfono. Era Navarro.

—Jefe... tengo malas noticias. —Una pausa—. Hemos recibido una llamada de casa de Damián Echevarría... Su mujer le encontró muerto al volver de misa...

Vega notó cómo el corazón le daba un vuelco. Intentó hablar, pero el nudo que se le había formado en la garganta estranguló sus palabras.

—¿Cómo ha sido...? —logró preguntar.

—Un disparo en la cabeza... Es cosa del Coleccionista...

Vega tragó saliva.

—¿Cómo lo sabes...?

Una nueva pausa, cuajada de estática telefónica.

—Porque ha dejado una carta para ti, jefe...

Damián Echevarría se hallaba tendido sobre su cama, cubierto tan sólo por una camiseta y unos calzoncillos de algodón blanco. A decir verdad, tenía un aspecto

ridículo, allí tumbado, con su prominente tripa medio descubierta y las velludas piernas al aire.

«Por lo menos, podía haberle permitido morir con dignidad...», pensó Vega.

¿O bastaban el orificio de bala en mitad de la frente y la rosa de sangre que empapaba las sábanas para conferir algo de decoro a aquel cuerpo inmóvil? No... Parecía un payaso al que se le hubiese corrido el maquillaje.

Vega sacudió la cabeza. ¿Por qué pensaba esas cosas...? Se volvió hacia Navarro.

—¿Qué ha ocurrido?

—María, la mujer de Damián, salió de casa poco antes de las diez para ir a misa. Su marido se quedó en la cama. Una hora más tarde, ella volvió y lo encontró así. De modo que el crimen se debió cometer entre las diez y las once. Creo que le mataron mientras dormía.

—¿Dónde está ahora su mujer...?

—En el hospital —contestó Navarro—. Tenía un ataque de nervios—. Vega contempló de nuevo el cadáver. El asesino había colocado sobre su pecho una carta, en cuyo dorso aparecía escrito: «A la atención del comisario Vega».

El policía se inclinó hacia delante, cogió el sobre y leyó lo que aparecía escrito en el reverso: «El Coleccionista».

Así que, ahora, ese hijo de puta mandaba cartas... Vega rasgó el sobre, sacó de su interior una hoja de papel y la desdobló. Contempló la cuidada caligrafía de un texto escrito a mano:

Estimado comisario Vega:

No sabe lo mucho que me decepciona la extremada lentitud con que lleva a cabo sus pesquisas. ¿Acaso no se da cuenta de que, mientras no encuentre el sello, seguiré matando?

El sello, sí. ¿No le habló ella de Thule? ¿*Mobile quod movetur*, y todo eso...? Vamos comisario, pregúntele. Y pregúntele también por lo que le ocurrió a Melchor Barrera.

Lamento haber tenido que matar a su amigo, pero creo que usted necesitaba un estímulo de este tipo. Ahora es algo personal, ¿verdad?

Dese prisa, comisario. Encuentre el sello y me encontrará a mí.

Reciba un cordial saludo.

El Coleccionista.

Vega encajó la mandíbula. La conmoción que le había provocado la muerte de Damián Echevarría se estaba convirtiendo, a marchas forzadas, en furor. De modo que querían utilizarle, ¿no?, manejarle como a una marioneta... Crispó el puño con ira, arrugando la carta.

—Cuidado, jefe —advirtió Navarro—. Estás destruyendo una prueba...

Vega asintió e intentó alisar el papel. Leyó de nuevo uno de los párrafos: «¿No le habló ella de Thule?».

Ella.

Vega respiró hondo y guardó la carta en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Vámonos —dijo, mientras se dirigía hacia la salida.

—¿Adónde? —preguntó Navarro, sorprendido.

—A tener una charla con Leonor Hidalgo —contestó Vega.

Leonor enarcó las cejas mientras sus ojos chispeaban de ironía.

—Me temo que no le entiendo, comisario...

—Me entiende perfectamente —dijo Vega—. Usted nos ha mentado: ni conocía a Luis Carlos de Andrade, ni es filatélica. Pero está relacionada de algún modo con esos asesinatos, así que va a contarme todo lo que sabe.

Se encontraban en el recibidor de mármol y cristal del palacete. Leonor, siempre acompañada por su gigantesco guardaespaldas negro, parecía una modelo de alta costura, vestida informalmente con un pantalón de raso blanco y un suéter de lana a juego. Navarro, flanqueado por dos guardias de asalto, contemplaba la escena con cierta perplejidad.

—Pero mi querido amigo —repuso Leonor, sonriente—, sí ya le he dicho todo lo que sé...

—¡Basta! —gritó Vega—. Estoy harto de sus aires sofisticados. Han matado a Damián Echevarría. Usted le conoció, aunque dudo que una mujer tan importante pueda recordar a alguien tan vulgar.

—Me acuerdo perfectamente del señor Echevarría.

—¿Sí...? Pues está muerto, y yo todavía ignoro por qué. Pero usted lo sabe, y me lo va a decir.

Leonor contempló con frialdad al policía. Al cabo de unos segundos, la sonrisa volvió a sus labios.

—No me gustan sus modales, comisario. Y le advierto que no estoy acostumbrada a que me presionen.

Vega respiró hondo.

—En tal caso —dijo secamente—, deberá acompañarnos, señora Hidalgo.

Vega cogió por el brazo a la mujer. Súbitamente, el negro Abraham Lincoln Smith saltó como un resorte. Con una rapidez inusitada en alguien tan voluminoso, apartó al comisario de un manotazo, mientras que su mano derecha volaba en busca del arma que llevaba oculta bajo la chaqueta. Antes de que los dos guardias de asalto pudieran reaccionar, Navarro ya había desenfundado su pistola, apuntando con ella a la cabeza del guardaespaldas.

—¡Quietos! —gritó Leonor Hidalgo. Luego se volvió hacia el negro—: *Abby don't do anything. Call my lawyer and tell him what's happening.*

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Vega.

—Que llame a mi abogado. —La mujer le miró con ironía—. No tengo el menor inconveniente en acompañarle, comisario. Una dama siempre sabe cuándo hay que aceptar una invitación, sobre todo si ha sido expresada en términos tan amables. Pero contenga su impaciencia, querido. No querrá que salga a la calle sin ponerme un abrigo, ¿verdad? —Sonrió ampliamente—. Podría resfriarme...

Apenas hora y media después de que Leonor Hidalgo fuera encarcelada en uno de los calabozos de la DGS, Telmo Vega recibió una llamada telefónica ordenándole presentarse ante Paulino Gómez, Director General de Seguridad.

—Comisario Vega: acabo de ordenar que pongan en libertad a la señora Hidalgo —dijo Gómez, nada más entrar el policía en su despacho.

Vega tragó saliva.

—¿Por qué...? —preguntó—. Hay indicios de que esa mujer está implicada en una serie de asesinatos, y...

—¿Dice que hay indicios? —le interrumpió Gómez, los ojos llenos de incredulidad—. ¿Quiere decir que ha detenido a la Hidalgo por unas simples sospechas...? —Resopló—. ¿Sabe quién es esa mujer, comisario?

—Sé que es rica e influyente, pero...

—¿Influyente...? —Gómez rió sin humor—. Escuche, Vega, ¿qué demonios piensa que hago hoy, un domingo, aquí? Se lo diré: estaba tranquilamente en mi casa cuando, diez minutos después de que a usted se le ocurriera la brillante idea de encarcelar a Leonor Hidalgo, recibí la primera llamada telefónica. Era el embajador de Estados Unidos, y echaba espuma por la boca. Poco después me llamó el mismísimo ministro de Gobernación y, como es un militar, estaba diez veces más cabreado que el embajador. Y, finalmente, ¿adivina quién me llamó...? ¿No...? Pues se lo voy a decir: don Manuel. ¿Sabe a qué don Manuel me refiero...? A don Manuel Azaña, el Presidente de la República. ¿Y sabe lo que querían todos, Vega...? Querían mis pelotas. Y las pelotas del irresponsable que tuvo la genial idea de encerrar a la señora Hidalgo.

—Esa mujer puede ser cómplice de seis asesinatos... —protestó Vega, con el ceño fruncido.

—¿Ve como no me ha entendido? —Gómez movió la cabeza de un lado a otro—. Me da igual si esa mujer ha matado a seis personas o si se propone cargarse a su santidad el Papa. Leonor Hidalgo es, ¿cómo decirlo...? Una benefactora de la patria, sí. De modo que ni se le ocurra volver a molestarla, ¿comprende Vega?

—Pero...

—Ni peros ni hostias, comisario. La señora Hidalgo es sagrada para usted. De modo que le ordeno, ¿entiende?, le ordeno que la deje tranquila. ¿Está claro...?

Vega encajó la mandíbula.

—Muy claro —musitó.

Y sin añadir nada más se dio la vuelta, encaminándose rápidamente hacia la puerta. La voz de Gómez le contuvo.

—Me he enterado de la muerte de Echevarría... Le conocía, ¿sabe? Era un buen policía y un buen hombre. También sé que estaba colaborando con usted en el caso del Coleccionista y... bueno, ha sido una desgracia, pero eso no significa que perdamos los papeles, ¿verdad? —suspiró—. ¿Empezamos a entendernos...?

A través de los ojos entrecerrados, Vega contempló al Director General de Seguridad. Aquel hombre era un político, no un policía; jamás podrían entenderse.

Sin decir nada, el comisario abandonó el despacho.

Cuando Vega regresó a su oficina encontró a Leonor Hidalgo esperándole, cómodamente sentada frente al escritorio repleto de papeles.

—¿Qué quiere? —preguntó con sequedad el policía.

La mujer sonrió débilmente, esta vez sin asomo de ironía.

—Disculparme.

—¿Disculparse...? —repuso Vega. Y añadió, con sarcasmo—: Una persona tan influyente no tiene por qué rebajarse a pedir perdón.

—Comprendo que esté enfadado, comisario. Es cierto, le engañé. No conocía a Luis Carlos de Andrade, pero creí que presentándome como amiga suya tendría la oportunidad de... en fin, de poner a la policía en el buen camino. —Desvió la mirada—. Reconozco que no lo hice muy bien, pero hay que tener en cuenta que me vi obligada a improvisar.

Vega sacudió la cabeza, irritado.

—¿De qué demonios está hablando? Mire, señora Hidalgo, hoy no es precisamente el mejor día de mi vida, así que no tengo ganas de jugar a las adivinanzas. Sí quiere decir algo, dígalo claramente. En caso contrario, vuélvase a su palacio encantado y déjeme tranquilo, ¿de acuerdo?

Leonor asintió en silencio, aceptando el malhumor del policía como si de una justa penitencia se tratara.

—Supongo que no lo creerá, pero mi única intención es ayudarle. Escuche: el asesino al que ustedes llaman el Coleccionista está buscando los sellos de Thule. Ésa es la verdad. Hay tres sellos: uno rojo, otro verde y otro azul, todos con el mismo motivo.

Vega notó cómo su ira comenzaba a declinar, transformándose paulatinamente en interés. Sin apartar los ojos de la mujer, tomó asiento.

—Por eso usted decía no recordar el color del sello que faltaba en la colección de Andrade...

—Exacto. Yo no conocía esa colección, pero es muy probable que Andrade tuviera uno de esos sellos. Naturalmente, lo que no podía saber es cuál. —Suspiró—. Pero ahora eso da lo mismo. Lo que busca el Coleccionista son los sellos de Thule.

—¿Por qué? —Vega hizo un ademán lleno de perplejidad—. ¿Por qué tienen tanta importancia unos sellos falsos?

Los oscuros ojos de la mujer se ensombrecieron aún más. Parecía genuinamente apenada.

—Lo siento, no puedo decírselo. No me creería.

—Inténtelo.

—No, comisario. —Leonor se inclinó hacia delante y puso su mano sobre el brazo del policía—. Quiero ayudarle, de verdad. Confíe en mí. Los sellos de Thule son extremadamente importantes. Hay que impedir a toda costa que el Coleccionista los consiga todos.

Vega notó el calor de aquella mano femenina sobre su brazo. Inopinadamente, aquel tibio contacto pareció fluir y extenderse hacia su entrepierna, provocándole una erección. El policía, incómodo por un reflejo tan extemporáneo, apartó el brazo y se frotó los ojos con el índice y el pulgar.

—¿Quién es Melchor Barrera? —preguntó, casi con un susurro.

Leonor se mostró, por primera vez, sorprendida.

—¿Dónde ha oído ese nombre? —preguntó.

Sin decir nada, Vega sacó de su bolsillo la carta que el Coleccionista había dejado sobre el cadáver de Damián Echevarría y se la entregó a la mujer. Leonor la leyó con atención. Luego se la devolvió al policía.

—Melchor Barrera era el hombre que tenía los sellos de Thule —dijo, con rostro inexpresivo—. Desapareció a principios de enero, y los sellos con él. Al parecer, alguien se los robó y luego le asesinó.

—¿Robaron los sellos...? ¿Quién?

—No lo sé. Ladrones de poca monta, supongo. En todo caso, gente que desconocía su auténtico valor.

—Ya veo... Y luego, los ladrones vendieron los sellos a un perista, ¿no...?

Leonor sonrió con tristeza y se incorporó. Fue hacia la puerta.

—Usted es el policía, averígüelo.

Vega se levantó a su vez.

—Señora Hidalgo... —Vaciló un instante—: Usted sabe quién es el Coleccionista, ¿verdad?

La ironía cruzó de nuevo, fugazmente, por los ojos de la mujer.

—No... Pero le mentiría si dijera que no lo sospecho. —Leonor suspiró. Parecía cansada—. Que pase una buena tarde de domingo, comisario.

Aquel local había servido en otro tiempo como garaje, pero ahora cumplía las funciones de almacén. Largos anaqueles de madera sostenían toda suerte de objetos, la mayor parte de dudosa procedencia. Una bombilla desnuda teñía de amarillo el polvo que se amontonaba por doquier.

Isidoro Mendoza encajó la mandíbula y, con aire retador, se adelantó hacia los dos policías que acababan de entrar.

—Hombre, *poliyas*... ¿Qué coño se os ha perdido por aquí?

—Queremos formularos unas preguntas, nada más —dijo con voz calmada Vega—. Hace aproximadamente dos meses y medio le robaron ciertos sellos de correos a un tipo llamado Melchor Barrera. Tengo entendido que vosotros traficáis con esa

clase de mercancía... —Sacó de un bolsillo el dibujo del anciano alado y se lo mostró—. Esos sellos son, más o menos, así.

Isidoro Mendoza ignoró el dibujo y escupió en el suelo con desprecio.

—¡Estoy hasta los cojones de que cada vez que pasa algo en Madrid venga la *pasma* a tocarnos las narices! —bramó—. Nosotros no sabemos nada, ¿está claro?

Herminio Mendoza se acercó a su hermano.

—Cálmate, hombre —le dijo. Luego, con expresión sumisa, se volvió hacia los policías—. Señores, no queremos tener problemas con ustedes. Éste es un negocio honrado, una humilde chamarilería; no comerciamos con objetos robados.

—¿Un negocio honrado...? —Navarro rió burlonamente—. ¿Quieres que empecemos a revisar las facturas de todo lo que hay aquí?

Isidoro se acercó a Navarro y clavó en él una mirada amenazadora.

—Eres muy gallito, *poliya*... Sobre todo, con tu placa de policía y esa pistola que te abulta en la sobaquera, ¿verdad?

Vega observaba tranquilamente la escena. Los hermanos Mendoza no podían ser más distintos. Herminio era bajo, menudo y de mirada huidiza. Por el contrario, Isidoro, el más joven de los dos, debía medir casi un metro ochenta, tenía los brazos del tamaño de jamones y un genio explosivo.

Navarro parecía un pigmeo a su lado.

—Para achantar a un payaso como tú, no necesito nada de eso —dijo el inspector, sonriendo como un zorro mientras dejaba el arma y la cartera sobre el mostrador de madera—. Y, ahora, ¿qué me vas a hacer, capullo...?

Pero Isidoro Mendoza no tuvo oportunidad de responder. La mano derecha de Navarro se movió como un rayo hacia la entrepierna del perista, aferrándole con fuerza los testículos. El hombre aulló de dolor y se dobló sobre sí mismo. Navarro apretó con fuerza.

—¿Qué pasa, hijoputa? ¿Ya no eres tan valiente...?

Isidoro boqueó, incapaz de proferir otro sonido que no fuera un ahogado gemido, mientras que gruesos lagrimones se desprendían de sus ojos.

—¡Deje a mi hermano! —gritó, asustado, Herminio—. ¡Le está haciendo daño!

Los ojos de Navarro brillaron con alegría salvaje. Imprimió más fuerza a su apretón.

—Dinos antes lo que sabes de esos sellos, cabronazo. O te vas a quedar sin la oportunidad de tener sobrinos...

Herminio Mendoza parpadeó con nerviosismo y contempló suplicante a Vega. El comisario apartó la mirada.

—¡De acuerdo, de acuerdo...! —concedió Herminio—. Pero suelte a mi hermano, por favor...

Navarro acercó su cara al rostro crispado de Isidoro.

—Antes quiero oírle silbar —susurró—. ¿Por qué no silbas, maricón?

—Ya vale, Ángel —advirtió Vega—. Suéltale.

El inspector permaneció inmóvil unos segundos. Por fin, como a regañadientes, liberó a Isidoro Mendoza de la dolorosa presa a que le tenía sometido. El hombre cayó al suelo en posición fetal, jadeando y retorciéndose como un pez fuera del agua. Su hermano se inclinó sobre él y le acarició la cabeza. Se volvió hacia Navarro.

—Es usted un animal... —murmuró.

—Sí, lo soy. —El policía sonrió con ferocidad mientras recogía la pistola y la cartera—. Y si no quieres que te haga lo mismo que a tu hermanito, ya puedes empezar a hablar.

Herminio tragó saliva y se dirigió apresuradamente a un extremo del almacén. De un desvencijado buró extrajo un gran cuaderno contable. Mientras volvía junto a los policías iba pasando las hojas con rapidez. Por fin encontró la anotación que andaba buscando.

—El 7 de enero le compramos tres sellos a los «Capeches». Eran falsos, así que casi no tenían ningún valor. E ignoro de dónde los habían sacado; nuestros clientes nunca nos cuentan esas cosas.

—¿Quiénes son los «Capeches»? —preguntó Vega.

—La familia Capeche —contestó Navarro—. Un atajo de quinquis.

Vega se volvió hacia Herminio Mendoza.

—¿Qué pasó con los sellos?

—Los vendimos. —Dio un rápido vistazo al cuaderno—. El 12 de enero, a un tal Bardasano. Tiene una filatelia en la calle Mayor. —Sacudió la cabeza—. No sacamos ni diez reales por ellos...

Vega frunció el ceño.

—Hay algo que no acabo de entender. Para tratarse de una transacción sin importancia te has acordado muy rápido de todo...

Herminio Mendoza se agitó, nervioso.

—Yo... —vaciló—. Tengo buena memoria, sabe...

—No me engañes. —Vega clavó un dedo en el esternón del perista—. ¿Quieres que te detenga por vender género robado? No, ¿verdad? Entonces sé buen chico y cuéntamelo todo. Vamos.

Herminio tragó saliva un par de veces. Agachó la cabeza.

—Hace cosa de un mes, creo que fue el 9 de febrero, por la noche, vino un tipo preguntando por esos sellos. No parecía *un poliya*... perdón, un policía... El caso es que me ofreció mil duros por la información... Mil duros, ¿se imagina...? Así que le conté lo que sabía de los sellos. Pero me advirtió que si decía algo a la policía, me mataría.

—¿Quién era...?

—No lo sé, no me dijo su nombre. Estaba oscuro, llevaba sombrero y tenía las solapas de la gabardina alzadas. No pude verle la cara.

Navarro se aproximó al perista.

—Vamos, gilipollas, no me jodas... ¿Quién era?

—¡No lo sé! —aulló Herminio, asustado—. ¡Le juro que no llegué a verle bien! —Se volvió hacia Vega—. Se lo prometo, comisario, no le vi la cara... Escuche, debía de tener unos treinta años, llevaba ropa cara y hablaba con un acento raro. ¡Eso es todo, lo juro...!

Vega permaneció un buen rato en silencio, pensativo.

—Te creo —dijo finalmente—. Pero si te acuerdas de algo más, o vuelves a ver a ese tipo, no dejes de avisarme. —Se dio la vuelta—. Vámonos, Ángel.

El inspector se aproximó a Isidoro Mendoza, que permanecía de rodillas, sujetándose el bajo vientre con las dos manos.

—Me voy, capullo —le dijo, risueño, Navarro—. Pero sí vuelves a dártelas de chulo conmigo, te arrancaré las pelotas y haré que te las comas. ¿Está claro? —Isidoro asintió enérgicamente. Navarro comenzó a alejarse, pero de pronto pareció cambiar de idea. Se aproximó de nuevo al perista—. ¿Tú crees que me parezco a Ronald Colman? —preguntó.

Los ojos de Isidoro Mendoza se desorbitaron de terror.

—¿Quién es Ronald Colman...? —logró musitar. Navarro metió las manos en los bolsillos del abrigo y se encaminó a la salida.

—Inculto... —murmuró con desprecio.

Al día siguiente, por la mañana, Uribe, acompañado por Navarro, entró en el despacho de Vega con un fajo de papeles en la mano.

—Ya lo tengo, comisario —dijo Uribe, tomando asiento frente a Vega—. Filatelia Bardasano, en Mayor, 16. Pero ahora está cerrada; Roberto Bardasano, su propietario, murió hace un mes.

—¿Murió...? —Vega torció el gesto—. ¿Cómo?

—El informe forense dice que fue un accidente. Al parecer, el tal Bardasano vivía en el piso que hay encima de su tienda. La noche del 14 de febrero pasado, cuando subía a su casa, cayó por las escaleras y se rompió el cuello.

—¡Maldita sea! —masculló Vega—. ¿Eso es todo?

—No, comisario... —Uribe rebuscó entre sus papeles—. Aquí está... Dos días antes de la muerte de Bardasano, robaron en su filatelia. La portera descubrió el cierre forzado y llamó a la policía. Pero lo curioso es que Bardasano no presentó ninguna denuncia.

—Si vendía sellos robados, es lógico que no quisiera remover el asunto —comentó Navarro.

—Puede ser... —Vega se frotó los ojos—. ¿Vivía con alguien?

—Con su hija y su nieto. Ella se llama... —Uribe consultó un papel—. Isabel Bardasano.

Vega se incorporó y cogió su abrigo del perchero.

—Muy bien; voy a hacerle una visita.

—¿Te acompaño, jefe? —preguntó Navarro.

—No, Ángel —dijo Vega, poniéndose el abrigo—. Quédate con Uribe e intentad averiguar algo acerca de Melchor Barrera. A fin de cuentas, esos malditos sellos eran suyos...

Isabel Bardasano ofrecía un aspecto mustio y ajado. No tendría más de treinta años, pero las inclemencias de la guerra le habían llenado de prematuras hebras blancas el pelo moreno y de finas arrugas la piel. En cierto modo, encajaba perfectamente con aquel salón oscuro, atestado de muebles viejos y olor a humedad.

—No sé nada de los negocios de mi padre, comisario. —La mujer hablaba con nerviosismo—. Vivía con él desde hace tres años, cuando movilizaron a mi marido... Porque mi marido está en el frente, ¿sabe?, luchando por la República; por eso tuve que irme con mi padre... Pero nunca me metía en sus cosas, se lo juro...

Vega sonrió, intentando tranquilizarla.

—Señora Bardasano, no me interesan los trapicheos de su padre. Sabemos que compraba sellos robados, pero ése no es el motivo de mi visita. —Su padre está muerto y cualquier irregularidad que pudiera haber cometido en vida carece ya de importancia. —Hizo una pausa—. Sólo quiero que me conteste a unas preguntas, ¿de acuerdo...? —La mujer dudó un instante y asintió. Vega prosiguió con voz calmada—. Sabemos que su padre adquirió el 12 de enero tres sellos. —Sacó el boceto del hombre alado y se lo enseñó—. Tres sellos parecidos a esto. ¿Llegó a verlos?

Isabel palideció al contemplar el dibujo.

—Sí... —musitó—. Mi padre me los enseñó. Decía que eran curiosos, que estaban impresos de una forma rara... No sé, yo no entiendo de eso.

—¿Ocurrió algo inusual por aquel entonces?

La mujer permaneció unos segundos en silencio, muy seria. El severo traje de luto aumentaba su apariencia marchita. De pronto, frunció los ojos y comenzó a llorar.

—Mi padre estaba muy asustado... —gimió Isabel—. Aquel hombre le había amenazado...

Vega aguardó unos segundos, algo incómodo por aquella súbita explosión de lágrimas.

—Intente contármelo ordenadamente —dijo Vega, cuando la mujer pareció serenarse un poco—. Su padre le compró los sellos a los hermanos Mendoza; ¿qué pasó después?

Isabel Bardasano sacó de la manga de su rebeca un pequeño pañuelo y se enjugó con él los ojos.

—Los puso a la venta. No todos a la vez, sino uno a uno, porque decía que así podía sacarles más dinero... Un día, creo que fue el 10 de febrero, vino a verle un hombre preguntando por esos sellos, pero mi padre ya los había vendido... Por lo visto, el hombre se puso como loco y le ofreció a mi padre una fortuna si le decía quiénes los habían comprado...

La mujer suspiró.

—Mi padre recordaba haber vendido uno de esos sellos a un cliente habitual de la tienda, un chico que trabaja en el Ministerio de Hacienda y que es... Bueno, ya sabe...

—Homosexual.

—Sí... También sabía que el segundo sello lo había comprado otro cliente, pero no recordaba su nombre...

—¿Y el tercer sello?

—No lo sé... Mí padre estaba seguro de haber vendido sólo dos, pero no encontró el tercero por ninguna parte... Por lo visto, aquel hombre se enfadó mucho y le amenazó con cosas horribles si no le decía dónde estaba el sello que faltaba...

Vega se acarició el mentón, pensativo.

—¿Llegó a ver a ese hombre, señora Bardasano?

La mujer negó con la cabeza. Iba a añadir algo cuando la puerta se abrió bruscamente. Un niño de unos diez años entró corriendo en el salón.

—Mamá, ¿sabes dónde está mi lupa? No la encuentro por...

El niño se interrumpió al advenir la presencia del policía, quedándose inmóvil y silencioso en medio de la habitación.

—Hay una visita, Carlitos —dijo Isabel—. Anda, sé bueno y vete a jugar. —El niño obedeció y salió en silencio del salón, cerrando la puerta tras de sí. La mujer se volvió hacia Vega—. Es mi hijo. El pobrecito está muy afectado por la muerte de su abuelo.

—Es un muchacho muy guapo... —Vega se removió sobre la incómoda silla de estilo castellano en que estaba sentado—. Decía usted que no llegó a ver a ese hombre. —La mujer asintió—. De acuerdo, ¿qué ocurrió después?

—Mi padre estaba muy asustado, ya le digo. Dos días más tarde, el domingo por la noche, unos ladrones entraron en la filatelia. Lo dejaron todo patas arriba, pero... le parecerá raro, comisario, pero yo creo que no robaron nada... Había varias colecciones de monedas de oro y plata y, sabe, no se las llevaron.

—¿Qué hizo su padre?

—Se puso muy nervioso. Dijo que aquello era cosa de falangistas.

—¿De falangistas...? —exclamó con sorpresa Vega—. ¿Por qué...?

La mujer se encogió de hombros.

—Mi padre no volvió a hablar del tema. Estaba inquieto y retraído; esquivaba mis preguntas y pasaba mucho tiempo solo en la tienda. Al principio pensé que la estaba poniendo en orden, pero no, lo que hacía era buscar algo.

—El tercer sello.

—Supongo...

—¿Volvió ese hombre?

—Qué sé yo... Dos días después del robo, ocurrió el accidente de mi padre... si es que fue un accidente... —Por un instante, Vega temió que la mujer volviera a prorrumpir en llanto, pero, en vez de ello, Isabel Bardasano suspiró, tragó saliva y

dejó caer las manos sobre su regazo con aire de resignación—. Eso es todo, comisario. Ya no se nada más.

Vega frunció el ceño. De nuevo una pista le conducía a otro callejón sin salida... Se incorporó y cogió su abrigo. La mujer se levantó a su vez, alisándose con cuidado la falda.

—Me voy ya, señora Bardasano... ¿La filatelia sigue como la dejó su padre?

—Nadie ha entrado desde su muerte.

—Bien... Si no tiene inconveniente, esta tarde mandaré a un par de agentes para que la registren.

—Como desee, comisario... Yo sólo quiero ayudar...

Vega comenzó a caminar hacia la salida. De pronto, pareció recordar algo y se volvió hacia la mujer.

—Una cosa más —dijo—: ¿Por casualidad no tendría su padre una lista de clientes?

Isabel asintió y fue hacia una cómoda de madera oscura. Abrió un cajón y extrajo un papel. Volvió al lado de Vega y se lo entregó.

—Mi padre mandaba folletos con las novedades filatélicas a sus mejores compradores. Ahí están los nombres y las direcciones.

El comisario contempló la hoja escrita a máquina. En ella aparecían reseñadas unas cien personas.

Sin embargo, a Vega le bastaron sólo unos segundos para distinguir, en aquel largo listado, los nombres de Indalecio Camarinas, Pedro Vergara, María Luisa Morales, Pascual López y Luis Carlos de Andrade.

Las cinco primeras víctimas del Coleccionista.

Las noticias que llegaban del frente hablaban del caos reinante entre las tropas sediciosas concentradas en el sur de la península. Corrían rumores de que los generales Saliquet, Dávila, Queipo de Llano y Kindelán habían huido en avión a Italia, dejando a Yagüe al frente de los restos de un ejército desmoralizado y carente de abastecimientos. Cada día, mientras la tenaza formada por las divisiones republicanas del general Rojo avanzaba inexorablemente sobre ellos, se producían incontables desertiones entre las filas facciosas. A los rebeldes que aún resistían sólo les quedaba la esperanza de que Hitler diera su aquiescencia a la petición de Serrano Súñer y cediese sus aviones, permitiéndoles así huir a Marruecos, donde intentarían hacerse fuertes. Pero los días pasaban y la ayuda alemana no llegaba.

Mientras, en Madrid, otro combate de muy distinta índole tenía lugar.

La caza del Coleccionista.

Vega ordenó el interrogatorio de todos los individuos que aparecían en la lista de clientes de la filatelia Bardasano. El objetivo era encontrar el desaparecido sello de Thule, aunque estaba claro que también era preciso prestar algún tipo de protección a aquellas personas, ya que todas y cada una de ellas eran un blanco potencial del Coleccionista. Sin embargo, este último aspecto era el más difícil de llevar a cabo.

Vega no disponía de agentes suficientes, de modo que se tuvo que conformar con establecer turnos de vigilancia rotatorios.

Al cabo de diez días se completó el interrogatorio de los clientes de Bardasano: nadie había adquirido ningún sello de Thule, pero tres de ellos recordaron haberlos visto en la filatelia. Todos coincidieron en que su técnica de impresión era extraordinaria, pero no se mostraron tan de acuerdo en el color: uno afirmaba que se trataba de un sello verde, mientras que los otros dos aseguraban que era rojo.

Hasta cierto punto, Vega estaba satisfecho. Por primera vez, aquel asunto cobraba algo de sentido.

La historia comenzaba, al parecer, cuando unos sellos le fueron robados a un tal Melchor Barrera. Esos sellos llegaron a la filatelia de Bardasano y éste vendió dos, el verde y el rojo. Alguien, presumiblemente el Coleccionista, visitó a Bardasano y le presionó para que le diera información sobre el paradero de los sellos. Bardasano debió contar lo que sabía, pero uno de los sellos, el azul, había desaparecido. Cierta noche, el Coleccionista forzó la entrada de la filatelia y la registró. Pero no encontró el sello, y es probable que, días después, matara al filatélico fingiendo un accidente. A partir de ese momento, el Coleccionista usó la lista de clientes de la filatelia para proseguir su búsqueda. Sabía que uno de los sellos estaba en poder de Indalecio Camarinas, y él fue su primera víctima. Luego empezó a dar palos de ciego y asesinó a Vergara, a Morales y a López, sin que ninguno de ellos tuviera en su poder los sellos restantes. Pero era muy probable que Luis Carlos de Andrade poseyera el segundo sello de Thule, ya que su colección no había sido registrada y se encontró un álbum al que le faltaba un ejemplar...

Sí, todo eso parecía claro. Pero aún quedaban muchas preguntas sin contestar.

¿Por qué eran tan importantes unos timbres postales falsos?

¿Dónde se encontraba el sello de Thule desaparecido?

¿Quién era el Coleccionista?

Y, quizá, la pregunta más perturbadora: ¿Qué papel desempeñaba Leonor Hidalgo en ese macabro juego?

Demasiados enigmas sin respuesta, aunque las dos últimas cuestiones quedarían contestadas una semana antes de que aquel mes de marzo de 1939 llegara a su fin.

A los pocos días de iniciarse la búsqueda de Melchor Barrera la policía encontró un piso alquilado a su nombre, un apartamento situado al final de la calle Claudio Coello, cerca de donde se había alzado el viejo hipódromo. Según declararon los vecinos, no veían al señor Barrera desde primeros de año, aunque ninguno mostró extrañeza por ello, ya que, al parecer, era un hombre que viajaba mucho. Por lo demás, nadie pudo aportar ningún dato de interés. No sabían a qué se dedicaba Barrera, si tenía familiares y amigos, o adónde se dirigía cuando abandonaba Madrid. Todos coincidieron en que se trataba de un hombre reservado y, probablemente rico, ya que había pagado el alquiler de un año por adelantado, vestía con elegancia y poseía un Bentley deportivo, es decir, un coche realmente caro.

La policía no halló nada de interés en el interior del apartamento. Alguna ropa de confección inglesa, libros y montañas de periódicos atrasados. Poco después, encontraron el automóvil de Barrera aparcado a un par de manzanas del piso. Le habían robado las ruedas y el motor, tenía los cristales rotos y del interior habían desaparecido hasta los ceniceros. Sin lugar a dudas, no era buena idea dejar parado un coche mucho tiempo en el extrarradio de Madrid.

Y eso fue todo lo que pudo averiguarse acerca de Melchor Barrera. Aquel hombre bien podía haber sido un fantasma, sin antecedentes, sin ningún tipo de documentación, sin pasado alguno.

«Probablemente era alguien que se amparaba bajo una identidad falsa», pensaba Vega. Pero ni siquiera podía afirmar eso con seguridad. En cualquier caso, se trataba de un nuevo callejón sin salida, otra pista que no conducía a ninguna parte y que no hacía más que enturbiar un asunto ya de por sí sobradamente oscuro.

Y sin embargo, Vega tenía la sensación de que se le había pasado algo por alto. No sabía qué, pero estaba seguro de que un aspecto importante del caso se le escapaba, de que ante sus ojos se encontraba un pieza clave del rompecabezas... una pieza que él no podía encontrar. Probablemente se trataba de una sensación irracional, pero no por ello resultaba menos insidiosa. De cualquier forma, con o sin presentimientos, el caso del Coleccionista de sellos se había estancado lamentablemente.

Hasta el viernes 24 de marzo, a media tarde, cuando el inspector Uribe entró, muy excitado, en el despacho de Vega.

—¡Ya lo tengo! —dijo, agitando una carpeta de color marrón—. ¡Tengo el expediente de Yáñez-Borghese!

Vega frunció el ceño: ¿quién era Yáñez-Borghese...? Al cabo de unos segundos cayó en la cuenta de que se trataba del marido de Leonor Hidalgo.

—Dámelo —dijo, tendiendo la mano.

Pero Unbe, en vez de entregarle la carpeta, tomó asiento frente al escritorio.

—Un momento, comisario... Déjeme que le cuente primero cómo fue la cosa: El expediente de Yáñez-Borghese se encuentra junto al de su mujer, en Gobernación. Lo solicité a través de la secretaría del ministro, pero no hicieron más que darme largas. Así que empecé a pensar y me pareció que el segundo apellido de ese tipo era italiano, y que quizá tuviera un pasaporte de esa nacionalidad. De modo que llamé a un amigo de Aduanas y, premio, ahí tenían una copia del expediente. Mi amigo me la mandó y aquí está... —Uribe abrió la carpeta y le dio un rápido vistazo a su contenido—: Mario Yáñez-Borghese, nacido en Roma en junio de 1908, es el único vástago de la unión de dos familias de rancio abolengo, los Yáñez de Toledo, y los Borghese de Siena. —Levantó los ojos del papel—. Tiene doble nacionalidad, comisario. El caso es que este tipo ha vivido varios años entre Madrid y Roma. Y fue precisamente en esa última ciudad donde, a principios de 1935, conoció a Leonor Hidalgo. Poco después se casaron en Nueva York. —Uribe carraspeó—. Por aquella

época, el tal Yáñez-Borghese estaba militando tanto en el partido de Mussolini, en Italia, como en la Falange de José Antonio en España. Es un fascista, comisario; la inteligencia militar le anda buscando desde que comenzó la guerra, aunque parece ser que su mujer le ha protegido durante todo ese tiempo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Vega.

—Se le vio en Portugal a mediados de diciembre... Sin embargo, creo que ahora se encuentra en Madrid, porque... —Uribe sonrió de oreja a oreja y sacó un papel fotográfico de la carpeta; era un registro dactiloscópico—. Mire, comisario, en este expediente se incluyen las huellas digitales de Yáñez-Borghese. Antes de venir aquí, he pasado por el laboratorio para compararlas con las del asesino de los sellos... ¡Y coinciden...! ¡Mario Yáñez-Borghese es el Coleccionista!

Leonor Hidalgo bebió un sorbo de jerez y sonrió con tristeza.

—Mario fue una de mis debilidades —dijo—. Y el problema es que yo no soy una mujer débil, comisario. Quizá por eso tardo tanto en darme cuenta de mis errores.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —preguntó Vega.

—¿Que Mario era un asesino? No lo sabía. Lo sospechaba, es cierto, pero... —Suspiró—. Mire, yo fui la primera sorprendida al comprobar que mi marido no era tan superficial como parecía. Además de ser un *latín lover* tenía ideales... aunque se tratara de ideales fascistas. Pero eso, supongo, no constituía razón suficiente para acusarle de asesinato...

Leonor dejó su copa sobre la mesa. «Está muy bonita —pensó Vega—, ahí sentada, en medio de este salón repleto de lujo». Parecía una dama del Renacimiento, con el pelo oscuro recogido en una trenza y la cabeza ligeramente reclinada.

—He dictado una orden de busca y captura contra su marido —dijo Vega—. ¿Se va a oponer usted, señora Hidalgo?

Leonor sonrió, de nuevo con ironía.

—Hace dos meses, encargué a mis abogados de Estados Unidos que presentaran una demanda de divorcio... ¿Oponerme a que le capturen...? No, comisario. Lo que más deseo en este mundo es que Mario caiga en manos de la justicia, créame...

Vega asintió.

—¿Tiene idea de dónde puede encontrarse ahora?

—Me temo que no. Supongo que estará con sus amigos de la Falange... La verdad es que nunca hice mucho caso de sus veleidades políticas. Siempre me parecieron un tanto infantiles... —Leonor se inclinó hacia el policía—. Pero si detener a Mario es importante, mucho más lo es encontrar el sello de Thule que falta. Si ese sello cae en manos de mi marido, todo esto no habrá valido para nada. Y me estoy refiriendo a esto. —Cogió un ejemplar de *El Mundo* y se lo mostró a Vega. Los titulares del periódico decían:

ADOLFO HITLER NIEGA LA AYUDA SOLICITADA POR
SERRANO SÚÑER
EL FIN DE LA GUERRA ESTÁ PRÓXIMO

El comisario respiró hondo, sin entender nada.

—¿Qué son esos sellos? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué tienen tanta importancia...?

Leonor Hidalgo le contempló en silencio. Luego se levantó y, acercándose a él, se arrodilló a su lado. Sin dejar de mirarle fijamente a los ojos, puso las manos sobre las piernas del policía.

—Lo siento tanto, comisario... No puedo decírselo. Nunca me creería y lo estropearía todo... —Vega percibió el perfume de la mujer. Casi sin querer, observó cómo los primeros botones de su blusa estaban desabrochados, mostrando el comienzo de los senos. Leonor siguió hablando, cada vez en voz más baja—: Pero encuentre ese sello y enséñemelo, amigo mío, porque necesitamos estar seguros de que se trata del sello auténtico... Es muy importante que yo lo vea, comisario... Encuéntralo y sabré cómo agradecerérselo...

Los labios de Leonor se encontraban a unos centímetros de los de Vega. El policía notó su aliento cálido y perfumado, y las manos sobre sus muslos, y la proximidad de aquel cuerpo femenino... Por unos instantes Vega creyó —temió y deseó a la vez— que la mujer fuera a besarle. Pero Leonor no lo hizo. En vez de ello, se incorporó y caminó hacia una ventana. Vuelta de espaldas, contempló la luz del atardecer.

—Encuentre ese sello —repitió, con voz neutra—. Y tráigalo aquí para que yo lo vea... Entonces se lo contaré todo, comisario...

Pero aquel sello parecía obstinarse en no aparecer. La búsqueda de Mario Yáñez-Borghese, *el Coleccionista*, se reveló tenazmente infructuosa. Los agentes de la Dirección General de Seguridad efectuaron diversas redadas en los escasos círculos derechistas que aún quedaban en la capital. Primero se interrogó a los militantes falangistas, luego a los simpatizantes y, por último, a los meramente sospechosos de haber tratado en algún momento con grupos facciosos.

Pero todo fue inútil. Nadie conocía el paradero de Yáñez-Borghese.

Y así fueron pasando los días; sin que se produjeran nuevos asesinatos, es cierto, pero también sin avanzar un ápice en el curso de la investigación.

Vega, entre tanto, se sumió en algo parecido a una suave depresión. Sabía, estaba convencido, de que algo se le escapaba...

¿Pero que...?

El jueves, 30 de marzo, comenzó a circular un rumor por Madrid: las fuerzas sediciosas cercadas en el sur del país se habían rendido.

La gente se encerró en sus casas, con el oído atento a las emisoras de radio. Pero no hubo confirmación oficial.

Hasta dos días más tarde.

En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército faccioso, han alcanzado las tropas republicanas sus últimos objetivos militares.

La guerra ha terminado.

Madrid, 1 de abril de 1939.

Manuel Azaña, presidente de la República.

Aquel lacónico texto, el último parte de la guerra civil, presidió las primeras páginas de todos los periódicos de la ciudad. Las treinta y seis palabras que lo formaban fueron pronunciadas una y otra vez, como si de una oración sagrada se tratara, por todos los locutores de radio, en todas las emisoras de España.

Y todas las gargantas del país, republicanas o *nacionales*, emitieron un idéntico suspiro de alivio. La guerra había terminado.

Por fin.

La gente tomó las calles de la capital desde primeras horas de la mañana, convirtiendo Madrid en una ciudad jubilosa, enronquecida por el ardor de los vítores y el son de las canciones. Las estrofas de *Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero* se mezclaban con las letras de *El puente de los Franceses* y *El Paso del Ebro*, en un pandemónium donde los gritos de «viva la República» competían con la ya extemporánea consigna del «no pasarán».

Se improvisó una tribuna en el Paseo de la Castellana y, uno a uno, los líderes políticos fueron desfilando ante los micrófonos allí instalados. Dolores Ibarruri compuso un canto exaltado al heroísmo de las clases trabajadoras, mientras que Julián Besteiro pedía tranquilidad a las masas, recordando que es mucho más fácil ganar una guerra que construir la paz. Ernest Hemingway saludaba a unos y a otros, mientras que el famoso fotógrafo Robert Capa, la rutilante estrella de la revista *Life*, immortalizaba con su cámara aquellos momentos históricos.

La ciudad se había convertido en una fiesta, sí, pero a medida que el alcohol fuera acumulándose en los estómagos y nublando las conciencias, la desmedida alegría se iría transformando poco a poco en desorden.

Pero aquello carecía de importancia, pensaba Vega, tumbado sobre su cama. Una ciudad también tiene derecho a sus momentos de locura.

Vega no había ido al trabajo aquella mañana. Tampoco salió a las calles para sumarse a la euforia general. A decir verdad, el policía no experimentaba ni una pizca de entusiasmo; más bien se veía embargado por una suave tristeza, por una indefinida melancolía.

En aquellos momentos, la ausencia de su mujer se hacía más patente. Manuela había muerto al comienzo de la guerra; y ahora, cuando el conflicto llegaba a su término, era como si Manuela muriese otra vez, dejando dentro de él un enorme vacío.

No fue hasta última hora de la tarde cuando Vega decidió acudir a la Dirección General de Seguridad. Encontró sus dependencias prácticamente vacías, ya que la mayor parte de los agentes se encontraban fuera, o bien intentando mantener el orden, o bien sumándose con alegría a la confusión reinante.

Vega se dirigía a su despacho, caminando despacio por aquellos pasillos, usualmente llenos de agitación, y ahora casi despoblados, cuando el eco de una risa llamó su atención. El sonido provenía de una de las salas de trabajo. Vega entró en ella. Había cinco mesas desocupadas, pero en el sexto escritorio descubrió la presencia de Ángel Navarro.

—¡Hola, jefe! —exclamó el inspector—. ¿Vienes a celebrarlo...? Vamos, echa un trago a la salud de la República...

Navarro, visiblemente borracho, le tendió la casi vacía botella de coñac Giménez que tenía en la mano.

—Gracias, Ángel —dijo Vega, con una sonrisa—. Pero no.

—Te has vuelto un aburrido, jefe —repuso Navarro, la voz turbia por el alcohol—. Antes bebías y te divertías... Ahora pareces un santo...

Vega se medio sentó sobre una de las mesas.

—Antes bebía —dijo—, pero no me divertía. Y si yo parezco un santo, tú pareces alguien al que le van a meter un puro en cuanto le vean borracho en el trabajo...

—No estoy borracho, sino contento... Patrióticamente contento. Y, además, ¿quién coño me va a ver? Se han ido todos a celebrar la victoria... ¿Es que tú no te alegras, jefe...? Hemos ganado la guerra.

—Hace meses que la guerra estaba ganada... —murmuró Vega.

Navarro vació de un trago la botella y la dejó a un lado. Cogió una lupa que había sobre la mesa y contempló con ella las uñas de su mano izquierda.

—Puede que estuviera ganada, jefe. Pero todavía me acuerdo de cuando los fascistas nos pegaban tiros desde la Ciudad Universitaria... Tan cerca de nosotros como los dedos de mi mano...

Pero Vega no escuchó las palabras de Navarro. Súbitamente alerta, contemplaba fijamente la lupa que sostenía su subalterno. Porque, de pronto, la pieza que faltaba en el rompecabezas, aquello que intentaba recordar desde hacía tantos días, estaba allí, frente a sus ojos...

Una lente de aumento.

—¿Para qué puede querer un niño una lupa? —preguntó, lentamente, Vega.

—¿Una lupa...? —Navarro parpadeó—. Para concentrar los rayos del sol y quemar hormigas... Es lo que yo hacía de pequeño...

—No, no es eso... —murmuró Vega, pensativo—. Mientras interrogaba a Isabel Bardasano, entró su hijo preguntando por una lupa. ¿Para qué necesita una lupa el nieto de un filatélico...?

Una pausa.

—¿Para mirar sellos...? —sugirió, desconcertado, Navarro.

—Exacto —dijo Vega, incorporándose—. Para mirar sellos.

Y, sin decir una palabra más, el policía salió a la carrera del despacho.

El niño contempló a Vega con aprensión.

—Te llamas Carlos, ¿verdad? —dijo el comisario. El niño asintió—. ¿Te ha dicho tu madre quién soy yo?

—Un policía —respondió Carlitos, tras unos segundos de vacilación—. Pero no he hecho nada malo...

—Ya lo sé. Lo único que quiero es hacerte unas preguntas... —Vega, dándose cuenta de que el niño estaba cada vez más asustado, sonrió—. Mira, vamos a hacer un trato: yo te dejo ver mi arma de reglamento y tú, a cambio, me enseñas algo tuyo. ¿De acuerdo?

—¿Tiene... tiene una pistola...?

Vega asintió y sacó de la funda su automática Astra de nueve milímetros. Tras quitarle el cargador y comprobar que no había ninguna bala en la recámara, se la entregó a Carlitos. Éste la cogió asombrado y comenzó a examinarla con los ojos muy abiertos.

Se encontraban en el dormitorio del niño. Vega había llegado a casa de Isabel Bardasano justo cuando el sol comenzaba a ocultarse tras los tejados. La mujer se sorprendió mucho al ver al policía a aquellas horas tan tardías, pero mayor fue su sorpresa cuando supo que no era con ella con quien deseaba hablar, sino con su hijo. Isabel se empeñó en saber la razón de aquello, pero Vega no quiso decírselo, insistiendo por su parte en charlar con el niño en privado.

—Pesa mucho —dijo Carlitos, dándole vueltas al arma en sus manos—. ¿Ha... ha matado usted a alguien...? —Vega asintió. El muchacho abrió desmesuradamente los ojos—. ¿Con esta pistola...?

Vega asintió de nuevo. El niño contempló el arma con reverencia y se la entregó al policía. Éste montó el cargador y guardó la pistola en su funda.

—Bueno, Carlos —dijo Vega—. Yo he cumplido con mi parte del trato; te he mostrado mi arma. Ahora te toca a ti; ¿qué me puedes enseñar...?

El niño se encogió de hombros.

—No tengo nada interesante...

—¿Cómo qué no? Creo que coleccionas sellos, ¿no...? —Carlitos movió afirmativamente la cabeza—. Ves, eso es interesante. Enséñame tu colección, ¿de acuerdo...?

El niño vaciló unos instantes. Luego se levantó, fue hacia un armario y sacó de su interior un álbum de tapas verdes, entregándoselo acto seguido al policía.

Vega contuvo la respiración y comenzó a pasar las páginas. Ante sus ojos desfilaron decenas de pequeñas imágenes impresas.

Sellos de la República con los rostros de Zorrilla, Blasco Ibáñez, Concepción Arenal, Castelar, Salmerón o Pablo Iglesias. Sellos de la Monarquía, con la efigie de

Alfonso XIII, o conmemorativos de la Exposición de Barcelona de 1929. Y sellos de Chile, de Argentina, de Colombia, de Italia, de Noruega...

El policía pasó la penúltima hoja del álbum.

Y allí estaba el sello perdido.

Vega notó cómo se le aceleraba el corazón. Tragó saliva y señaló el sello azul de Thule.

—¿Dónde lo conseguiste...? —El niño, de nuevo asustado, permaneció en silencio. Vega insistió—: Este sello era de tu abuelo, ¿verdad...?

¡Él me lo dio! -exclamó Carlitos, muy agitado.

Vega suspiró.

—No, no te lo dio —dijo con suavidad—. De ser así, se habría acordado. Tú se lo cogiste sin que él lo supiese, ¿no es cierto...?

—¡Mentira! —El niño estaba al borde del llanto—. ¡Él me lo dio, él me lo dio...!

Vega se inclinó hacia delante y sonrió con algo de tristeza.

—Escucha, Carlos, ya eres un hombre. Y éste es un asunto muy serio. Te juro que no te va a pasar nada, pero tienes que decirme la verdad...

El niño desvió la mirada. Las lágrimas comenzaron a desprenderse de sus ojos. Inclinó la cabeza con profundo abatimiento.

—El abuelo tenía tres sellos iguales... —dijo débilmente, sin dejar de llorar—. Y decía que no valían nada... Pero eran bonitos...

—Y los cogiste...

—Sólo uno... Y había tres... —Carlitos levantó el rostro anegado de lágrimas—. No se lo diga a mi madre, señor... Por favor, no se lo diga...

Vega permaneció más de un minuto en silencio, contemplando abstraído el sello. Finalmente, cogió su cartera y sacó un billete de cincuenta pesetas. Luego extrajo el sello de Thule de su protección de celofán y lo sujetó entre el índice y el pulgar.

—Se me ocurre una cosa —dijo, pensativo—. Te doy diez duros por este sello. Y todo quedará como un secreto entre nosotros. ¿Qué te parece?

Los ojos del niño se iluminaron.

Eran casi las diez de la noche, pero la gente continuaba celebrando la victoria por las calles. Parecía como si el millón largo de habitantes que aún quedaba en Madrid hubiera decidido no descansar ni dormir durante aquella larga, histórica e intensa jornada.

Vega observó al bullicioso grupo de hombres y mujeres que se encontraban cantando frente al Palacio Real. Luego volvió los ojos hacia el sello que sostenía entre sus dedos. Realmente, estaba impreso de una forma muy curiosa; si se miraba fijamente durante un rato, la imagen del anciano alado parecía cobrar relieve.

Mobile quod movetur.

Thule.

¿Qué tenía de especial aquel sello? Tan sólo era un trozo de papel, impreso y engomado, nada más. Un sello falso, sin valor alguno.

Entonces, ¿por qué había causado tantas muertes?

¿Cuál era su secreto...?

Vega llevaba casi tres cuartos de hora sentado en aquel banco de la Plaza de Oriente, intentando decidir qué iba a hacer. Oh, por supuesto, su obligación era llevar el sello a la Dirección General de Seguridad. Se trataba de una prueba importante.

Pero Vega quería saber, necesitaba conocer la verdad de aquel enigma.

El policía se incorporó y aspiró profundamente el fresco aire de la noche. Guardó el sello en su cartera.

Luego, con paso decidido, se encaminó hacia el lujoso palacete de la calle Serrano.

Pese a ser casi medianoche, el mayordomo no demostró la menor extrañeza ante la visita del policía. Sin alterar la expresión de su rostro, le condujo al salón. «Avisaré a la señora», fueron sus únicas palabras antes de abandonar la estancia.

Vega, demasiado nervioso para sentarse, se acercó a la librería. Los anaqueles estaban ocupados por numerosos volúmenes encuadernados en piel. Sin duda, se trataba de libros destinados más a la decoración que a la lectura. Sin embargo, en un rincón había unos cuantos ejemplares en rústica que, por su desgastado aspecto, parecían haber sido repetidamente leídos. Vega ojeó los títulos: *The Time Machine*, de H. G. Wells; *Tourmalin's Time Cheques*, de F. Anstey; *The Clockwork Man*, de E. V. Odie; *ABC of Relativity*, de Bertrand Kussell... Todos aquellos libros estaban escritos en inglés, un idioma que Vega no dominaba, así que se apartó de la librería y caminó hacia la chimenea, donde unos troncos ardían lentamente. Contempló el marco de plata con la foto de Mario Yáñez-Borghese. Nadie hubiese sospechado que aquel sonriente y despreocupado jugador de tenis pudiera ser un asesino.

Vega frunció el ceño. Había algo peculiar en aquel retrato: si Leonor Hidalgo había roto con su mando, como ella afirmaba, ¿qué hacía esa foto ahí? Quizá la mujer mentía una vez más y su presunto divorcio fuera una farsa. O, quizá...

Quizás había puesto la fotografía allí, bien visible, precisamente para que el policía pudiera verla...

—Un hombre muy guapo, ¿verdad, comisario...?

Vega se dio la vuelta y contempló a Leonor Hidalgo. Estaba apoyada en el quicio de la puerta, con una sonrisa irónica bailando en sus labios.

—No soy buen juez de la belleza masculina —contestó Vega, apartándose de la chimenea.

La mujer rió alegremente.

—Ésa es la respuesta típica de un hombre. Cualquier mujer puede apreciar el atractivo de otra mujer. Pero los hombres se niegan a reconocer la belleza masculina, como si hacerlo supusiera poner en entredicho su propia virilidad... Una actitud muy infantil, ¿no cree...?

—Puede ser... —Vega sonrió sin humor—. Quizá su marido sea muy guapo, señora Hidalgo, pero también es un asesino.

—Oh, vamos, basta ya de tanto «señora Hidalgo». —La mujer se dirigió al centro del salón—. Mis amigos me llaman Leonor... ¿Por qué no lo hace usted también? Y yo, en vez de comisario, le llamaré Telmo. ¿De acuerdo?

Vega negó con la cabeza.

—Creo que «señora» y «comisario» son los términos adecuados. Así los dos tendremos muy claro en todo momento quién es quién...

—La dama y el policía, ¿no...? Le veo muy sarcástico esta noche, amigo mío. —Leonor suspiró—. De acuerdo, mantendremos el tratamiento. —Señaló con un ademán los sillones—. ¿Le parece bien que nos sentemos...?

—Estoy mejor de pie.

La sonrisa se difuminó en los labios de la mujer. Frunció el ceño mientras escoltaba el rostro del policía.

—Como le plazca, comisario —dijo—. Me quedaré también de pie, si eso es lo que quiere... —Suspiró—. ¿Y qué le trae por aquí a estas horas? Es un poco tarde para una visita de cortesía, ¿no le parece?

En vez de contestar, Vega sacó la cartera del bolsillo de su chaqueta y extrajo el sello de Thule. En silencio, se lo mostró a la mujer.

Los ojos de Leonor se llenaron, primero de asombro, de júbilo después. Avanzó lentamente hacia el policía, sin apartar la vista del sello.

—Lo ha encontrado... —musitó—. ¿Dónde...?

—Eso no importa.

—Tiene razón. —Respiró hondo, sin dejar de mirar el sello—. Lo realmente importante es que lo tiene... —Tendió la mano—. ¿Me lo deja ver?

Vega sacudió la cabeza, apartando el sello del alcance de la mujer.

—No, señora Hidalgo. Lo he encontrado y lo he traído aquí. Ahora le toca a usted contármelo todo. ¿Por qué es tan importante este sello?

Leonor parpadeó y bajó la mirada. Sonrió con tristeza. Del exterior llegaron ecos lejanos de risas y canciones. La mujer se acercó a la ventana.

—Hoy es un gran día para todo el mundo —dijo, contemplando la oscuridad de la noche—. ¿Pero qué haría esa gente si supieran que sus problemas no han hecho más que comenzar? ¿Estarían tan alegres si fueran conscientes de que, después del verano, Hitler invadirá Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Francia... y que no se detendrá en los Pirineos, sino que hará avanzar sus tropas hasta que toda España caiga bajo el dominio nazi?

Una pausa.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Vega, desconcertado.

La mujer se dio la vuelta y observó al policía casi con ternura.

—Sencillamente, lo sé —dijo. Luego, mirando por encima del hombro de Vega, añadió—: *Abby: disarm him and take the stamp. But don't kill him.*

Vega no entendió las palabras de la mujer, pero supo instantáneamente que había alguien a su espalda. Se dio la vuelta y vio cómo Abraham Lincoln Smith, el

guardaespaldas de Leonor, le apuntaba con una pistola.

El gigante, sin dejar de encañonarle, se acercó al policía y procedió a cachearlo con la mano que tenía libre. Le quitó la pistola que llevaba en la funda y se la guardó en el cinturón. Acto seguido, con una delicadeza insospechada en alguien tan enorme, cogió de entre los dedos del policía el sello de Thule y se lo entregó a la mujer. Luego, siempre apuntando a Vega, se alejó un par de pasos. La hierática expresión de aquel rostro tallado en ébano en ningún momento se había alterado.

—¿Qué significa esto? —preguntó Vega, mientras maldecía interiormente su decisión de acudir solo a aquella casa.

Leonor, contemplando casi con embeleso el sello de Thule, respondió:

—Significa que voy a incumplir mi parte del trato, comisario: no le contaré nada. Aunque eso no debe preocuparle; ya le he dicho muchas veces que no me creería. —Suspiró—. Significa, también, que me voy a quedar con este sello. Pero no lo tome como un robo; le juro que me limitaré a devolvérselo a sus legítimos propietarios.

—¿Y qué hará conmigo...? ¿Matarme...?

—No sea melodramático —rió la mujer—. Usted me ha ayudado mucho; de ninguna manera deseo que le ocurra nada.

Vega tragó saliva.

—Ese sello es la principal prueba de varios asesinatos. Si salgo de aquí sin él, la obligaré a devolverlo.

La ironía destelló en los ojos de Leonor.

—Sinceramente, dudo mucho que usted pueda obligarme a nada. —Señaló con un gesto a su guardaespaldas—. Ahora Abby le llevará en coche a su casa y le dejará allí sano y salvo. Luego puede hacer usted lo que le venga en gana. Buenas noches, comisario Vega, ha sido un placer conocerle...

La mujer comenzó a darse la vuelta, y...

Lo que ocurrió a continuación sucedió demasiado rápido como para que ninguno de los presentes pudiera reaccionar.

La puerta del salón se abrió bruscamente, franqueando la entrada a un individuo joven, vestido de pana oscura, que llevaba en la cabeza una boina falangista y un amenazador subfusil Schmeisser en las manos.

El negro Abraham Lincoln se giró inmediatamente, apuntando con la pistola al desconocido, pero éste apretó antes el gatillo de su arma. Una ráfaga de balas impactó contra el pecho del guardaespaldas, proyectándolo brutalmente hacia atrás. El gigante rebotó contra la pared y, sin proferir un gemido, cayó muerto al suelo.

Por un instante el tiempo pareció detenerse. Vega y Leonor permanecieron estáticos, desconcertados por la rapidez y violencia de los acontecimientos. El falangista había vuelto su arma hacia ellos, pero se limitaba a estar ahí, inmóvil, encañonándolos.

Entonces, hubo un movimiento al otro lado de la puerta y entró en el salón un hombre de rasgos agraciados, elevada estatura y figura atlética.

Mario Yáñez-Borghese.

En su mano había una *Luger Parabellum* de fabricación alemana.

—Oh, mira a quiénes tenemos aquí —dijo el hombre, con un ligero acento italiano—. Mi bella esposa y el valiente comisario Vega. ¿He sido inoportuno...?

Leonor contempló con incredulidad a su marido.

—¡Mario...! —susurró.

Y entonces, sin una vacilación, echó a correr en dirección a la chimenea.

Como si todo sucediese a cámara lenta, Vega vio cómo Yáñez-Borghese levantaba su pistola, afinaba la puntería y efectuaba dos disparos casi consecutivos.

Leonor pareció tropezar. Extendió los brazos, giró sobre sí misma y comenzó a caer, el cabello oscuro ondeando como el ala de un cuervo. De su mano se desprendió el sello de Thule, que, por unos instantes, pareció revolotear, igual que una mariposa azul, para luego iniciar su caída, entre quiebros y espirales.

Tanto el cuerpo sin vida de Leonor Hidalgo como el sello falso del falso país de Thule alcanzaron el suelo al mismo tiempo.

Vega permaneció inmóvil, sintiendo cómo el corazón le palpitaba desbocado en el pecho. A su nariz llegó el perfume acre de la pólvora. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. De soslayo, observó cómo Yáñez-Borghese se aproximaba al cadáver de Leonor.

—Una mujer muy valiente, ¿verdad, comisario? Ha sacrificado su vida en aras del deber. —Se inclinó para recoger el sello—. Y todo por esto... Quería echarlo a las llamas, ¿sabe?, destruirlo. Cualquier cosa con tal de que no cayese en mis manos. —Contempló con ternura el cuerpo exánime de Leonor—. Es triste que las cosas hayan acabado así. Aunque le parezca increíble, yo la quería... Mírela, incluso muerta está preciosa. —Levantó la cabeza—. Pero hay cosas más importantes que el corazón de un hombre, ¿no cree, comisario?

Vega respiró hondo, intentando tranquilizarse.

—¿Por qué está haciendo todo esto...? —preguntó.

—Por los sellos. —Palmeó el morral que llevaba colgando del hombro—. Aquí tengo los otros dos. Y ahora, gracias a usted, he conseguido el tercero.

Vega sacudió la cabeza.

—Pero ¿por qué...? Son unos sellos falsos, ¿qué importancia pueden tener...?

Yáñez-Borghese sonrió. Todo él irradiaba simpatía y cordialidad.

—Imagino, comisario, que habrá visto en las películas cómo, cuando se produce una situación similar a la que ahora protagonizamos usted y yo, el que tiene el arma suele extenderse en una larga explicación. —Suspiró—. Pero me temo que eso sólo sucede en las películas...

Y, tras decir esto, disparó su pistola.

Muchas veces, Vega había oído comentar a los soldados que regresaban del frente que uno nunca escucha el disparo que le mata. El policía siempre pensó que eso era algo imposible de comprobar, y tenía razón, porque aquella bala del calibre nueve

largo le destrozó el cerebro mucho antes de que pudiera darse cuenta, siquiera, de que le habían disparado.

Mario Yáñez-Borghese observó con tristeza cómo Vega se derrumbaba sobre el suelo. Sin el menor asomo de burla, se llevó la pistola a la sien, componiendo una especie de siniestro saludo militar.

—Eras un buen policía... —murmuró, observando cómo la sangre de Vega se derramaba sobre sus ojos yertos y empezaba a gotear encima de la alfombra.

Luego, guardó el arma en su cinturón y se volvió hacia el joven falangista, que había asistido silencioso e impasible a toda la escena.

—Ayuda a los otros a registrar la casa —le ordenó—. Aseguraos de que no quede nadie con vida y luego marchaos.

—¿Y tú qué, Mario? —preguntó el joven—. No puedes quedarte mucho tiempo aquí, es peligroso...

—Todavía tengo algo que hacer. No te preocupes, no tardaré... Anda, vete.

El falangista asintió, obediente. Tras extender el brazo, haciendo el saludo fascista, salió rápidamente de la habitación.

Yáñez-Borghese contempló con ojos inexpresivos los tres cadáveres que yacían sobre el suelo del salón. El negro Abraham Lincoln Smith, con su gigantesco pecho destrozado por una ráfaga de ametralladora. La hermosa Leonor Hidalgo, luciendo nuevas joyas, dos rubíes de sangre, sobre su corazón. Y el pobre comisario Vega, el cadáver más perplejo y desconcertado del mundo.

Un tétrico panorama, desde luego.

Pero aquello formaba parte del trabajo sucio, pensó Yáñez-Borghese mientras tomaba asiento en uno de los sillones de cuero. Algo que la gente como él se veía obligado a hacer en aras de una causa más alta.

La causa de la Revolución Fascista...

Yáñez-Borghese dejó el sello azul de Thule sobre la mesa y abrió el morral, extrayendo de su interior dos sellos idénticos al primero, con la salvedad de que su color era rojo y verde, respectivamente.

El hombre encajó la mandíbula, reprimiendo un grito de triunfo. Aquellos tres sellos suponían la diferencia entre la victoria y la derrota.

Respiró profundamente y sacó del morral un sobre de gran tamaño y un grueso fajo de documentos. Desenroscó el capuchón de su estilográfica y escribió algo en el dorso del sobre: el nombre y apellidos de una persona muerta. Debajo anotó unos números.

Luego, introdujo los documentos en el sobre y lo cerró. Cogió el sello azul y pasó la lengua por el lado engomado.

«Sabe a menta —pensó—. Qué detalle...».

Lo pegó en el sobre y repitió la operación con los otros dos sellos.

—Ya está... —murmuró Yáñez-Borghese, contemplando el resultado de su labor con reverencia casi religiosa.

Cerró el morral, se incorporó y, poniéndose el sobre bajo el brazo, caminó hacia la puerta. Antes de salir, dirigió una última mirada al cadáver de su mujer.

—Espero que no me guardes rencor —dijo, con seriedad—. A fin de cuentas, tú sabes que nada de esto es del todo definitivo...

Yáñez-Borghese abandonó el salón, atravesó el vestíbulo, abrió la puerta principal y salió al exterior. Cruzó el jardín romántico y el gran portalón de hierro que daba a la calle Serrano.

Caminó tranquilamente a lo largo de varias manzanas. En la esquina con María de Molina divisó un buzón de correos.

Se aproximó. Contempló el sobre, franqueado con la triple imagen del anciano alado, en rojo, en verde y en azul.

Un grupo de milicianos borrachos caminaban, agarrados por los hombros, en dirección a la Puerta de Alcalá. Uno de ellos gritó a voz en cuello:

—¡No pasarán!

Yáñez-Borghese esbozó una sonrisa.

—Sí pasarán... —susurró.

Y dejó caer la carta en el interior del buzón.

El sobre descendió en picado, zambulléndose dentro del oscuro saco de lona donde se almacenaba el correo. Pero no llegó a tocar el fondo. Porque, antes, se esfumó en el aire.

Y todo cambió.

Segunda Parte

El Policía Furioso

Era el cadáver más pulcro y elegante que Telmo Vega hubiera visto jamás.

El policía encendió con un fósforo el cigarrillo que tenía entre los labios. Aspiró una bocanada de humo y señaló con un movimiento de cabeza el cuerpo del anciano.

—¿Quién coño es? —preguntó.

—Se llamaba Luis Carlos de Andrade, conde de no sé qué —dijo el inspector Navarro—. Un jodido aristócrata, jefe...

—No me llames «jefe» —gruñó Vega—. ¿De qué va esto, Ángel? ¿Robo, crimen político, venganza...?

Navarro se encogió de hombros.

—Más vale que mires encima de la mesa, jefe...

Vega se aproximó al lujoso escritorio de estilo inglés. Sobre él, junto a una escribanía, descansaba un álbum filatélico encuadernado en piel.

—¡Mierda...! —masculló.

—La criada encontró el cadáver a primera hora de la mañana. Según dice, nadie ha tocado ningún objeto de la casa, salvo ese álbum de sellos... El Coleccionista actúa de nuevo, jefe...

Vega dio una furiosa calada a su cigarrillo. Torció el gesto: en aquellos momentos hasta el rubio americano —ilegalmente conseguido en el mercado negro— le sabía a rayos. Buscó un cenicero con la mirada y, al no encontrar ninguno, aplastó el cigarrillo sobre la cabeza de uno de los ciervos de plata que adornaban la escribanía.

—Supongo que nadie va a venir a tomar las huellas dactilares...

Navarro suspiró.

—Ruiz lleva una semana sin aparecer por el laboratorio. Dicen que se ha pasado a los franquistas.

—Hijo de puta... —murmuró Vega.

—Ya sabes lo de las ratas que abandonan el barco... He interrogado a la portera y los vecinos; ¿te cuento lo que he averiguado?

—¿Para qué? —Vega cogió el álbum de sellos y comenzó a hojearlo—. Si quieres te lo digo yo: nadie sabe nada, nadie ha visto nada.

—Eres un adivino, jefe.

Vega sacudió la cabeza con desánimo y continuó pasando las páginas repletas de sellos alineados bajo tiras de celofán. Al llegar al final, se detuvo y contempló el hueco que había en una de las hileras.

—Aquí falta un sello —comentó.

—Quizá se lo haya llevado el asesino —sugirió Navarro.

—Ya... O quizás el viejo se lo regaló a un amigo. O lo vendió. O lo cambió de lugar. —Vega cerró el álbum de golpe—. ¿Vendrá el juez a levantar el cadáver?

—Supongo... Lo que no sé es cuándo.

—De acuerdo. Tú quédate aquí hasta que llegue. —Vega le entregó el álbum—. Y luego te llevas esto al despacho. Nos veremos allí.

—¿Adónde vas, jefe?

—Necesito un café —contestó Vega mientras salía de la habitación—. Y no me llames «jefe», coño...

Al llegar a la puerta del piso, Vega observó cómo el guardia de asalto que debía vigilar la entrada, un joven con barba de un par de días y aspecto demacrado, se encontraba profundamente dormido.

«De pie y dormido —pensó Vega—. Una habilidad que sólo los soldados más veteranos llegan a dominar».

El policía pasó a su lado, sin despertarlo. A fin de cuentas, todo lo que podía suceder en aquella casa ya había ocurrido.

Aquél podría haber sido el peor café que Vega hubiese probado, en el caso de haberse tratado de café o, cuando menos, de achicoria. Pero el brebaje que humeaba en su taza parecía elaborado con cáscara tostada de cacahuete, o alguna otra aberración similar.

«Al menos está caliente», pensó Vega, dando un sorbo a la sospechosa infusión. El policía paseó la mirada por el local, en otros tiempos una prestigiosa cafetería del barrio de Salamanca. El suelo estaba sucio y había polvo sobre las botellas y los estantes. En un extremo, sentados frente a una mesa, dos milicianos de aspecto mortecino bebían pausadamente sendas copas de anís. Ambos tenían la mirada perdida y el rostro crispado, como si sus mentes continuaran ancladas en las trincheras de la Casa de Campo o de la Moncloa.

Vega cogió el periódico que había sobre la barra. Era el *ABC* del 3 de marzo. Los titulares destacaban la elección del nuevo Papa, otra vez un italiano, el cardenal Eugenio Pacelli. Vega torció el gesto y pasó bruscamente la página. ¿A él qué puñetas le Importaba el nuevo Papa? A fin de cuentas, se trataba del jefe de una Iglesia que había apoyado la insurrección de Franco. Una Iglesia que, aunque sólo fuera por complicidad, tenía las manos manchadas de sangre.

Hojeó el periódico pasando las páginas con rapidez. Los titulares hablaban del heroico comportamiento de las tropas, de cómo el pueblo y el ejército defendían el país contra la invasión «italogermanofacciosa», de los supuestos avances republicanos en el frente andaluz. Pero ningún titular mencionaba que Inglaterra y Francia habían optado por reconocer al régimen de Franco, que la República sólo contaba con cuarenta y siete Divisiones mal pertrechadas y setenta aviones, frente a las sesenta y una Divisiones perfectamente equipadas y los setecientos aviones de Franco, que las tropas republicanas no hacían otra cosa que retroceder.

Por no hablar, el periódico ni siquiera hablaba ya de la dimisión de Azaña, acaecida tan sólo tres días antes, ni de la carta que había dirigido a Martínez Barrio, presidente de las Cortes, en la que daba la guerra por perdida.

Y tampoco hablaba del desastre de Cataluña... Hacía poco más de un mes que Barcelona había caído en manos de Franco. Un cuarto de millón de refugiados se moría de hambre en los campos de concentración del sur de Francia. Los principales puertos del Mediterráneo lucían ahora la enseña bicolor.

Pero la prensa, lejos de hablar de todo eso, se limitaba a componer épicos cantos al heroico comportamiento de las tropas republicanas. Todo con tal de mantener alta la moral del pueblo.

—Mierda... —masculló Vega, arrojando el periódico sobre la barra.

Lo que necesitaba el pueblo era comida, no heroísmo. Pero el Jefe de Gobierno, Negrín, y los comunistas pretendían llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias.

«Bien por ellos» —pensó el policía, apurando su taza de un trago—. «Verteremos hasta la última gota de sangre, si eso es lo que desean».

Dejó una moneda sobre la barra y salió de la cafetería. Una ráfaga de viento le dio en el rostro. Cerró los ojos, sintiendo la caricia helada del aire. Ni toda la nieve del Guadarrama podría apagar el fuego que ardía en su interior, pero, al menos, el frescor de la mañana traía algo de pureza a aquel Madrid en estado de descomposición.

Escuchó a lo lejos el sordo rumor de la artillería franquista, bombardeando a las tropas republicanas concentradas en la Ciudad Universitaria y el Parque del Oeste.

«Bum-bum, bum-bum...», como el loco corazón de un gigante.

Vega sacudió la cabeza y echó a andar. La guerra, ahora, no importaba. Alguien estaba asesinando a coleccionistas de sellos, y a él le tocaba descubrir quién y por qué.

Uribe enarcó las cejas y miró por encima de las gafas a Vega y a Navarro.

—¿Qué están matando a filatélicos? —preguntó, con sorpresa—. Eso es nuevo... ¿Por qué querría hacer alguien una cosa así?

—No tengo ni idea —respondió Vega—. Pero ya van cinco cadáveres. Y el asesino sólo parece mostrar interés por las colecciones de sellos de sus víctimas. —Dio un palmetazo sobre una de las pilas de papeles que se amontonaban en su escritorio—. Uribe, necesito información, datos sobre los coleccionistas que haya en Madrid, sobre las filatelas que todavía estén abiertas, sobre los peristas que trafiquen con sellos...

Uribe rió sin humor.

—¿Y de dónde saco todo eso, comisario? No tengo gente, las comunicaciones están cortadas y todo es un caos. ¿Cómo coño quiere que le facilite información si yo mismo no tengo ni idea de lo que está pasando...?

Vega respiró profundamente.

—Te pido que lo intentes —dijo—. Sólo eso, que lo intentes.

Uribe se incorporó y comenzó a pasear de un lado a otro, con el rostro serio y concentrado. De pronto, se detuvo en medio del despacho, contemplando fijamente a Vega a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Por qué no lo deja correr? —preguntó.

—¿A qué te refieres...?

—A todo. —Suspiró—. ¿Es que no lo entiende? Esto se ha acabado. Ya no hay policía republicana... De hecho, ni siquiera hay República. Escuche: dicen que el general Casado no está de acuerdo con las decisiones de Negrín. Los militares quieren capitular y lo más probable es que antes de fin de mes, Franco haya entrado en Madrid. —Se encogió de hombros—. Y, entonces, ¿a quién le importará que un loco haya asesinado a cinco coleccionistas de sellos...? Ha muerto medio millón de personas en esta guerra, cinco cadáveres más no tienen ninguna importancia.

—Así que debo quedarme cruzado de brazos, ¿no...? —preguntó Vega, inexpresivo.

—¡No...! —respondió Uribe—. Debe irse, comisario. Y tú también, Navarro. Las carreteras hacia Levante todavía están abiertas. Marchaos los dos. En caso contrario, ya sabéis lo que os espera cuando lleguen los franquistas.

—¿Y tú, qué? —objetó Navarro—. Estás aquí, no te has ido.

Uribe se frotó los ojos con cansancio.

—Yo sólo soy un policía. He sido policía con la Monarquía, con la Dictadura, con la República y seguiré siendo policía con el fascismo. Nunca me he metido en política. Nunca me he dedicado a cazar quintacolumnistas, como tantas veces habéis hecho vosotros. Mi nombre no está, como los vuestros, en todas las listas negras de la ciudad. Debéis iros, creedme.

El despacho quedó sumido en un pesado silencio. Vega se incorporó, mirando directamente a los ojos de Uribe.

—Mientras esté aquí —dijo con voz neutra—, seguiré siendo tu superior. Te he pedido que obtengas una información. Decide si vas a obedecer o no...

Uribe permaneció en silencio unos instantes. Tragó saliva y asintió.

—Haré lo que pueda —dijo. Y, tras una pausa, salió del despacho.

Vega contuvo el aliento, para expulsarlo después bruscamente. Se volvió hacia Navarro.

—Uribe tiene razón —dijo—. Si te quedas en Madrid, tu vida peligrará. Más vale que te vayas, Ángel.

Navarro negó con la cabeza, sonriente.

—No, jefe. Estamos en el mismo barco, y yo no soy una rata. Además, tenemos un trabajo que hacer: detener al Coleccionista.

Vega sacudió la cabeza con gesto malhumorado, dando a entender que desaprobaba la decisión de Navarro. Pero la sonrisa que acto seguido afloró a sus labios pareció contradecir su anterior muestra de enfado.

Había que detener al Coleccionista, sí.

—Como quieras, Ángel; sigamos trabajando... Ahora debemos encargarnos de averiguar si, aparte de la filatelia, existe alguna relación entre las víctimas.

—Jefe, son cinco fiambres... Y aquí no hay ni un agente disponible. Todos los que están sanos y no se han pasado al enemigo, se encuentran en el frente. Por lo visto, la guerra resulta más importante que la investigación policial...

—Pues tendrás que arreglártelas solo. Y deja de llamarme «jefe», coño... —Vega cogió el álbum de sellos de Andrade—. Me voy a llevar esto para enseñárselo a Damián Echevarría; ¿te acuerdas de él?

—Se jubiló hace años... ¿Para qué quieres que vea el álbum?

—Damián coleccionaba sellos. Quizás él pueda echarnos una mano.

Navarro frunció el ceño.

—He oído decir que su esposa falleció recientemente.

Vega asintió en silencio. Luego cogió su abrigo y salió del despacho.

Damián Echevarría, sentado en un sillón de pana verde y ajada, llevaba puesto un raído batín de lana sobre el pijama descolorido y remendado. Se cubría las piernas con una manta y tenía enfundados los pies en unas zapatillas de felpa.

¿Cuántos años tenía aquel hombre...? Sesenta y siete o sesenta y ocho, a lo sumo. Sin embargo, parecía un octogenario senil y decrepito. Su hermana, una mujer gruesa y animosa que le cuidaba desde el fallecimiento de su mujer, había advertido a Vega sobre la grave depresión que embargaba a Damián. La muerte de María, su esposa, a causa de una pulmonía contraída el pasado otoño, y las noticias de la detención de su hijo Roberto, hecho prisionero al término de la batalla del Ebro, le habían minado tanto la salud como el equilibrio mental. Ahora, el expolicía parecía una sombra del hombre robusto y enérgica que en otro tiempo fue.

Mientras Echevarría examinaba con manos temblorosas el álbum de sellos, Vega dejó vagar la mirada por el dormitorio. No había cuadros en las paredes, tan sólo un crucifijo de madera sobre la cama recién hecha. Un brasero humeaba en el centro de la habitación, mientras la luz amarillenta del atardecer se filtraba en hileras a través de la persiana.

Echevarría levantó la mirada del álbum. Por un instante, sus ojos reflejaron una intensa desorientación. Se volvió hacia Vega.

—¿Has traído noticias de mi hijo...?

Era la cuarta vez que preguntaba lo mismo.

—No, Damián —contestó el policía con voz paciente—. No sabemos nada de los prisioneros del Ebro. Pero no te preocupes; seguro que Roberto está bien.

Echevarría parpadeó.

—Mí hijo es un héroe, ¿sabes...? Le iban a dar la medalla al mérito militar, pero... —Su mirada se extravió de nuevo. Luego, tras un parpadeo, contempló el álbum que tenía entre las manos, como si lo viera por primera vez—. No sabía que coleccionaras sellos, Telmo...

—No son míos, Damián. Forman parte de una investigación... Me preguntaba si tú podrías decirme algo acerca de ellos.

Echevarría asintió débilmente. Pasó una página del álbum.

—Hace mucho que no me dedico a la filatelia y no sé si te serviré de ayuda... —Vaciló—. Pero ¿sabes?, estos sellos son falsos...

—¿Falsos? —exclamó Vega, sorprendido.

—Falsos y de fantasía —musitó el anciano—. Hay gente que colecciona cosas así... Falsificaciones y sellos emitidos por particulares... No tienen mucho valor, pero... —Una madera crujió en el suelo del pasillo. Echevarría volvió la cabeza, repentinamente alerta—. ¿María...? —dijo en voz alta—. ¿Estás ahí, María...?

Su hermana se inclinó hacia él.

—No es María, Damián —dijo suavemente—. No puede ser María.

La mirada de Echevarría se oscureció. Sus ojos, húmedos de lágrimas, se volvieron hacia Vega.

—Tu mujer también murió, ¿verdad...? —preguntó con voz trémula—. Se llamaba... Manuela, sí. A Manuela la mataron al comienzo de la guerra, ya me acuerdo... ¿Cómo has podido superarlo, Telmo, cómo...?

¿Qué podía decirle? ¿Que aún no lo había superado? ¿Que la muerte de su mujer le había matado a él por dentro...?

—El tiempo todo lo cura, Damián —dijo el policía, lamentando no poderle ofrecer como consuelo más que un triste tópico.

—Pero yo no tengo tiempo... No lo tengo, Telmo... —Echevarría se estremeció. Parpadeó varias veces y miró de nuevo a Vega—. ¿Has traído noticias de mí hijo...? —preguntó por quinta vez.

Vega suspiró y cogió el álbum de sellos que descansaba sobre las rodillas del anciano.

—No, Damián. No sé nada de tu hijo —dijo, con tristeza, mientras se disponía a salir de aquella triste habitación.

Vega salió a la calle y respiró profundamente varias veces. En casa de Echevarría había tenido la sensación de estar ahogándose, como si en la atmósfera de aquel oscuro dormitorio el oxígeno se hubiese transformado en un gas letal, denso y asfixiante.

«Maldita guerra —pensó el policía—. Maldita guerra que mata a las mujeres y destroza a los hombres, convirtiéndolos en cadáveres vivientes».

Echó a andar, con el álbum bajo el brazo y el paso algo vacilante. Le había afectado mucho encontrar a su viejo amigo en aquel estado. Quizá por eso no se percató del Renault blanco que se encontraba aparcado cerca de la casa, ni advirtió cómo el automóvil se ponía en marcha nada más cruzar él el portal.

Vega continuó andando mientras el coche le sobrepasaba, pero dejó de hacerlo cuando vio que el automóvil se detenía, unos metros por delante, y de su interior surgían dos personajes de aspecto más bien sospechoso, un joven de pelo corto,

erizado como el lomo de un puerco espín, y un gigantesco negro con facciones de boxeador.

—¿Comisario Vega...? —preguntó el joven, aproximándose al policía.

—¿Qué quieres? —preguntó a su vez Vega, notando cómo un timbre de alarma comenzaba a resonar en su interior.

—Hay una persona que desea hablar con usted. ¿Sería tan amable de acompañarnos?

—¿Quién quiere hablar conmigo...?

—Alguien muy importante, ya lo verá. ¿Le importaría subir al coche?

Vega encajó la mandíbula.

—No voy a ir con vosotros a ninguna parte. Podéis decirle a esa persona, que si quiere verme, me puede encontrar en la DGS cuando...

El policía se interrumpió al ver cómo una amenazadora pistola aparecía de pronto en la inmensa mano del negro.

—Será mejor que no enfade a Abby, comisario —dijo el joven, mientras le quitaba a Vega el arma que portaba en la funda del cinturón—. Se pone muy nervioso cuando le llevan la contraria.

El negro agarró el brazo del policía con un apretón de hierro y, sin dejar de encañonarle, lo empujó al interior del coche. Vega intentó resistirse, pero era como luchar contra una apisonadora.

El Renault arrancó, haciendo chirriar los neumáticos, con el policía sentado en el asiento trasero, entre el joven de pelo erizado y el enorme negro.

—¿Adónde coño me lleváis? —preguntó Vega.

Pero nadie le contestó.

Quince minutos más tarde, el automóvil cruzaba la entrada del número 122 de la calle Serrano y se detenía frente a un palacete neoclásico rodeado por un inmenso jardín romántico vigilado por un buen número de guardianes armados.

—Me llamo Leonor Hidalgo —dijo la mujer, tendiéndole la mano—. Es un honor recibirle en mi hogar, comisario Vega.

El policía ignoró la mano que le ofrecía la mujer.

—Tiene usted una forma muy peculiar de invitar a la gente a su casa —dijo, con expresión hosca.

—Oh, lo siento. —Leonor Hidalgo dejó caer lentamente el brazo. Parecía realmente apenada—. ¿Le han molestado mis hombres?

—No, ni mucho menos. Me han secuestrado muy amablemente.

Leonor esbozó una sonrisa.

—Tiene razón, no son unos métodos muy ortodoxos. Pero era de vital importancia que nos entrevistáramos, comisario. —Señaló los sillones de cuero marrón—. ¿Nos sentamos...?

Vega encajó la mandíbula y se cruzó de brazos. Bajo ningún concepto pensaba ponérselo fácil a aquella gente. El negro Abby se aproximó a él y le empujó

levemente con la yema de los dedos. El policía sintió como si los extremos de cinco barras de acero se clavaran en su espalda. A regañadientes, tomó asiento.

Sólo él, la mujer y el gigante se encontraban en el salón; el joven de pelo erizado ni siquiera había entrado en la casa. Vega contempló el lujo que le rodeaba, los cuadros, las antigüedades, los objetos de oro y plata... Jamás había estado en un lugar tan suntuoso.

—¿Desea tomar algo, comisario? —preguntó Leonor.

Vega no contestó. La mujer le hizo un gesto al negro y éste se aproximó a una licorera de bronce. Cogió una botella de jerez, sirvió una copa y se la entregó a la mujer.

—¿Quién es usted? —preguntó Vega, tras un prolongado silencio. Señaló con un cabeceo al gigante—. ¿La novia de King Kong?

Leonor rió alegremente.

—Qué divertido... No, comisario, Abby es mi secretario particular.

—¿Su secretario? Vamos, no creo que ese gorila sepa siquiera escribir su propio nombre.

—Bueno... digamos que también se ocupa de protegerme.

—Ya, su ángel guardián... —Vega se cruzó de brazos—. ¿Qué demonios quieren de mí?

—Comprendo que esté enfadado, comisario —dijo la mujer, con una amable sonrisa—. Pero debe entender que mi único propósito es ayudarle.

—Ayudarme... Fantástico. ¿A qué?

Leonor Hidalgo, con el rostro repentinamente serio, se inclinó hacia el policía.

—Ayudarle a detener al hombre que ha asesinado a cinco coleccionistas de sellos. Vega enarcó las cejas.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—De dos maneras, comisario. Diciéndole quién es el asesino y qué es lo que busca. Si no tiene inconveniente, empezaré por el final. —Cogió una carpeta y sacó de ella una fotografía en color. La dejó sobre la mesa, frente al policía: la foto mostraba tres sellos de correos, idénticos salvo por sus colores, rojo, verde y azul respectivamente. Vega contempló la triple imagen de un anciano alado leyendo un libro, y la frase en latín tres veces repetida, «*Mobile quod movetur*», y el mismo nombre multiplicado por tres, «Thule». Leonor prosiguió—: El Coleccionista está buscando estos sellos. Por supuesto, la foto es una ampliación, los auténticos sellos miden cuatro centímetros de alto por tres de ancho. Y no se trata de sellos con valor postal, sino de los llamados «sellos de fantasía», emisiones fantasma, falsificaciones.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó Vega, que, a su pesar, comenzaba a sentirse interesado.

—No se impaciente, comisario. —La mujer sonrió, ahora con ironía—. Estos sellos se encuentran desperdigados por Madrid, en poder de tres filatélicos distintos.

Es muy probable que el Coleccionista se haya hecho ya con dos de ellos. Pero todavía anda buscando el tercero.

—Insisto —dijo Vega—: ¿cómo lo sabe?

Leonor suspiró con resignación.

—De acuerdo. Le he contado cuál es el móvil de los asesinatos, ahora le diré quién es el asesino. —Sacó una nueva foto de la carpeta y se la mostró a Vega. Esta vez se trataba del retrato de un hombre muy apuesto, vestido con ropa deportiva, que sonreía seductoramente mientras sostenía una raqueta de tenis en la mano—. Se llama Mario Yáñez-Borghese —continuó la mujer—, y es mi marido.

Vega se frotó la nuca.

—Señora Hidalgo —murmuró—, ¿me está diciendo que su esposo ha matado a cinco personas para robar unos sellos...? —Sonrió sin humor—. ¿Y por qué iba a hacer eso? ¿Qué importancia pueden tener unos sellos falsos...?

—Ay, comisario, llegamos a la parte más delicada del asunto. —Leonor sonrió con tristeza—. Créame, se lo contaré todo. La otra vez le oculté muchas cosas, y fue un desastre... Pero sí yo le explicara ahora cuál es la importancia de esos sellos... Bueno, sencillamente no me creería. Así que lo primero que tengo que hacer es convencerle de que digo la verdad. —Cogió de la mesa un abultado sobre y se lo entregó al policía—. Ahí dentro hay varios documentos. No, no lo abra... Lléveselos a su casa y examínelos con detenimiento. Luego, compruebe si su contenido es exacto.

—¿Y después...?

La ironía bailó en los ojos de Leonor.

—Después se morirá de ganas de volver a hablar conmigo. —Recogió la foto de los sellos y la metió en la carpeta, junto con el retrato de Yáñez-Borghese. Se lo entregó todo a Vega—. Llévase esto también. Le será de utilidad. Y no se olvide del álbum del difunto señor Andrade. —Se incorporó—. Abby le conducirá en coche a su casa. Buenas noches, comisario.

Vega encendió las luces del salón y dejó sobre la mesa camilla el álbum de sellos y los documentos que le había entregado Leonor Hidalgo. Se quitó el abrigo y lo arrojó sobre un sillón. Contempló con indiferencia el desorden que le rodeaba; los platos sucios sobre la mesa, el polvo acumulándose en los muebles, las botellas de ginebra vacías, desperdigadas por el suelo... Desde que doña Eulalia, su portera, abandonara Madrid para buscar algo de paz en su pueblo natal, nadie se ocupaba de limpiar la casa.

La mirada del policía paseó por las fotografías enmarcadas que ocupaban la pared situada frente al balcón. El rostro de Manuela se multiplicó en sus pupilas, risueño, amable, cariñoso... pero también estático, congelado en la memoria muerta de una emulsión de plata.

Vega suspiró. Habían transcurrido casi tres años desde que puso esas fotos allí, como un altar en recuerdo de su mujer. Quizás aquello era la evidencia de una actitud

malsana por su parte, algo así como un oscuro sentimiento necrófilo, pero eso carecía ahora de importancia. Las fotos estaban cubiertas por una pátina gris de polvo, y el recuerdo de la muerte de Manuela se había transformado en una herida infectada que, a no tardar, acabaría matándole, como si de una septicemia moral se tratara.

Manuela estaba muerta, sí, y los que la asesinaron iban a ganar la guerra.

Vega encajó la mandíbula, notando cómo la ira bullía en la boca de su estómago. Él era un policía, el brazo armado de la justicia y, sin embargo, no podía hacer nada, estaba a merced de fuerzas incontrolables, como una rama arrastrada por un torrente.

Resopló y sacudió la cabeza. Era mejor no pensar en nada. Se aproximó al aparador y abrió un cajón, en cuyo interior se amontonaban las latas de conserva. Aquél era el tributo que los estraperlistas pagaban a Vega para que éste hiciera la vista gorda. Un mezquino soborno en especias: sardinas en aceite, judías, carne de Argentina, fruta en almíbar...

Vega cerró bruscamente el cajón. Llevaba sin comer todo el día, pero no tenía hambre. Encendió un cigarrillo y tomó asiento frente a la mesa camilla. Cogió el sobre que le había dado Leonor Hidalgo y lo rasgó, sacando de su interior un puñado de folios escritos a máquina. Leyó la frase que encabezaba la primera hoja:

RESULTADOS DEL MERCADO DE VALORES
DE LA BOLSA DE NUEVA YORK
AL CIERRE DE LA SESIÓN
DEL 6 DE MARZO DE 1939

¿El 6 de marzo? Eso era el próximo lunes...

A continuación había una lista con las cotizaciones de una larga serie de empresas norteamericanas. Las siguientes páginas eran también resultados de valores bursátiles, concretamente, los correspondientes a los días 7, 8, 9 y 10 de marzo. Es decir, todas las cotizaciones de la Bolsa neoyorquina correspondientes a la siguiente semana.

Las nueve últimas hojas contenían una pormenorizada relación de los resultados de los diversos eventos deportivos que debían celebrarse en Estados Unidos durante los próximos siete días: los tanteos finales de todos los partidos de las ligas de fútbol americano y béisbol, los ganadores de diez combates de boxeo y el desenlace de quince carreras de caballos.

Vega aspiró una bocanada de humo y lo expulsó lentamente. ¿Qué pretendía Leonor Hidalgo? ¿Convencerle de que podía prever el futuro?

«Debe de estar loca», pensó el policía, aplastando el cigarrillo sobre un plato con restos resacos de comida. Una millonaria excéntrica que jugaba a ser pitonisa. Y no sólo era eso: durante su entrevista, la mujer había dicho algo extraño acerca de las cosas que le había ocultado en otra ocasión... ¿Pero en que otra ocasión, si nunca antes se habían visto? Guardó los folios en el sobre y lo dejó todo encima de la mesa.

Entonces, la luz de la lámpara osciló un par de veces, debilitándose rápidamente hasta extinguirse.

Otro apagón. Vega aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y se levantó. Cogió una botella de ginebra medio llena y echó a andar pasillo adelante, despojándose por el camino de la americana y los zapatos. Al llegar a su dormitorio se tumbó en la cama. Abrió la botella y dio un largo trago.

El alcohol le inundó de fuego el estómago. A sus oídos llegó el sonido lejano de unos disparos. Bebió de nuevo, sintiéndose cada vez más relajado.

Unos segundos antes de conciliar el sueño, Vega evocó la imagen de Leonor Hidalgo; su cabello oscuro, sus ojos cargados de ironía, su cuerpo esbelto, la sinuosa curva de sus senos...

El policía se durmió sin percatarse de la erección que comenzaba a abultar su entrepierna.

Vega optó por no contarle a nadie su encuentro con aquella extraña mujer; era todo demasiado absurdo. Sin embargo, el mismo sábado por la mañana le pidió a Uribe que hiciese averiguaciones acerca de Leonor Hidalgo y de Mario Yáñez-Borghese, su marido. El inspector asintió con no mucho entusiasmo. Vega se disponía a abandonar el despacho de Uribe, cuando una repentina idea le obligó a detenerse.

—Ah, una cosa más... La semana que viene quisiera recibir ejemplares de algún periódico de Nueva York. ¿Es posible?

Uribe enarcó las cejas, sorprendido, y asintió dubitativamente. ¿Para qué demonios podía querer el comisario Vega prensa norteamericana, si ni siquiera hablaba inglés?

Entre tanto, Madrid estaba a punto de precipitarse ciegamente a un abismo de violencia y confusión. Los generales Casado y Miaja, así como el líder socialista Julián Besteiro, decidieron sublevarse contra el Gobierno del doctor Negrín y, el domingo por la noche, constituyeron el Consejo Nacional de Defensa que, desde aquel momento, pasaba a asumir el mando total sobre lo que quedaba de la maltrecha República española. En realidad, los militares republicanos pretendían poner fin a la guerra, negociando con Franco una rendición sin represalias. Pero eso era algo que los comunistas no estaban dispuestos a tolerar.

El lunes, Negrín y sus ministros abandonaron en avión el territorio nacional, refugiándose en la ciudad francesa de Toulouse. Aquella misma tarde, las fuerzas de Casado realizaron una amplia redada en el transcurso de la cual fueron detenidos centenares de militantes comunistas. La casa central del Partido fue clausurada.

Durante el amanecer del martes, las unidades del ejército controladas por mandos comunistas se sublevaron contra el Consejo de Defensa y una guerra civil en miniatura estalló en Madrid. La situación se volvió confusa: los comunistas atacaban a las fuerzas de Casado y Miaja, mientras que los anarquistas —antimarxistas acérrimos— arremetían contra los comunistas. Y, entre tanto, las tropas de Franco luchaban contra todos ellos. Durante cinco días Madrid se bañó de sangre,

convirtiéndose sus calles en un campo de batalla donde los únicos sonidos que podían escucharse eran el tableteo de las ametralladoras y el estampido de las bombas de mano.

Pese a que el mero hecho de salir de casa suponía un grave riesgo, Vega no dejó de acudir ni un solo día a su despacho de la Dirección General de Seguridad. No es que realmente tuviera nada que hacer allí —a esas alturas, era una tontería pensar que existía algún orden que mantener—, pero el policía no estaba dispuesto a permitir que las circunstancias siguieran arrastrándolo. Él era un miembro de las Fuerzas de Seguridad y no iba a abandonar su puesto hasta que los fascistas le echaran, literalmente, a balazos de allí. Aquello, sin duda, no era otra cosa más que una forma obstinada de suicidio, pero Vega sabía que el mundo, su mundo, se estaba viniendo abajo, y que ya nada tenía realmente mucha importancia. Ni siquiera morir o vivir parecía una alternativa con algo de sentido.

El sábado 11 de marzo, a mediodía, las radios de Madrid emitieron una nota del Consejo de Defensa, anunciando la rendición de las fuerzas comunistas sublevadas. De repente, un inmenso silencio se extendió por el centro de la ciudad. La voz de las armas había enmudecido, pero la gente se resistía a salir a la calle. Por unas horas, Madrid pareció, más que nunca, una ciudad fantasma.

Esa misma tarde, Uribe se presentó en el despacho de Vega con un puñado de ejemplares del *New York Times*.

—Los he conseguido en el consulado de Estados Unidos —dijo, depositando los periódicos sobre la mesa—. Son todos los números que han aparecido esta semana, del lunes al viernes.

Vega dio una rápido vistazo a los periódicos y se volvió hacia Uribe.

—¿Has averiguado algo sobre la Hidalgo y su marido?

Uribe sonrió con sarcasmo.

—¿En medio de todo este jaleo? No, comisario. Apenas sé nada de ellos... Al parecer, Leonor Hidalgo es una multimillonaria norteamericana, aunque nació aquí. Por lo visto, tras vivir mucho tiempo en Estados Unidos, volvió a España en el 36... Ignoro a qué se dedica; unos dicen que apoya a los franquistas, y otros aseguran que no para de amontonar dólares en las manos de los jefes republicanos. Probablemente haga ambas cosas a la vez. Sea como fuese, esa mujer goza de muchos contactos a alto nivel.

—¿Y Mario Yáñez-Borghese?

—Es un fascista, comisario. Tiene doble nacionalidad, española e italiana, y milita tanto en la Falange como en los Camisas Negras de Mussolini. Ignoro dónde pueda encontrarse ahora, aunque se le vio a finales de año en Roma... Eso es todo lo que sé.

—De acuerdo —dijo Vega—. Sigue investigando. Sobre todo, me interesa conocer el paradero de Yáñez-Borghese.

Uribe suspiró. Iba a añadir algo, pero finalmente optó por abandonar en silencio el despacho.

Vega permaneció en la DGS hasta las siete de la tarde. Luego, con los periódicos norteamericanos bajo el brazo, se encaminó a su piso de la plaza de Olavide. Una vez allí, el policía se sirvió un vaso de ginebra y buscó los papeles que le había entregado Leonor Hidalgo. Tomó asiento en un sillón, abrió el *New York Times* del lunes anterior y buscó las páginas financieras. Con mucha atención, comenzó a comparar las cotizaciones bursátiles con las predicciones que figuraban en aquellas hojas mecanografiadas.

Notó cómo el corazón le daba un vuelco. Apuró la ginebra de un trago y buscó apresuradamente las páginas deportivas. Confrontó los tanteos de los partidos de *football* y béisbol con los resultados vaticinados por la mujer.

Experimentó un intenso aturdimiento.

Con evidente nerviosismo, cogió el periódico del martes y siguió comprobando aquellos vaticinios asépticamente escritos a máquina.

Apenas media hora después, Vega había terminado de revisar todos los diarios. Se sirvió una generosa ración de ginebra y, con la mente más bien confusa, intentó sacar alguna conclusión de todo aquello.

Pero nada parecía tener sentido.

Porque en aquellas hojas que le había dado la misteriosa mujer, se predecían, con toda exactitud, las cotizaciones futuras de la Bolsa neoyorquina y los resultados pormenorizados de un buen número de eventos deportivos.

Y eso no podía ser.

Vega se incorporó bruscamente, cogió su abrigo y salió de la casa a toda prisa. Había tenido mucha razón Leonor Hidalgo cuando le dijo que se moriría de ganas de volver a hablar con ella.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Vega.

Leonor Hidalgo cruzó las piernas y se reclinó contra el respaldo del sillón. Parecía divertida.

—¿Comprobó todos los datos, comisario? —preguntó.

—Los suficientes. Y no lo entiendo... Es imposible que alguien conociera todo eso por adelantado.

—Al parecer, yo sí —sonrió—. No sé si se ha dado cuenta, comisario, pero con la información que le di podía haber ganado una fortuna.

—De haber estado en América, quizá. —Suspiró—. ¿Cómo lo ha hecho...?

—Ya le dije que se lo iba a contar todo, comisario; pero sólo cuando estuviera en disposición de creerme. Supongo que ahora, cualquier cosa que le cuente, por muy fantástica que parezca, será menos inconcebible que el hecho de conocer el futuro... Sin embargo, se trata de una historia un poco larga. ¿Quiere tomar algo?

Vega asintió.

—Ginebra.

En aquella ocasión no se encontraba presente Abby, el guardaespaldas de la mujer. De modo que fue la propia Leonor quien se ocupó de servir las bebidas, una ginebra para el policía y un jerez para ella.

—Todo este asunto comenzó para mí hace mucho tiempo —dijo Leonor, tras dar un sorbo a su copa—. En 1923 mis padres fallecieron en un accidente ferroviario. Yo acababa de cumplir veinte años y me quedé, literalmente, sola en el mundo, sin oficio ni beneficio. Oh, es cierto que heredé cierta cantidad de dinero, lo suficiente como para vivir holgadamente un par de años. Pero, aparte de eso, carecía de familiares o amigos que pudieran ayudarme.

—Entonces, unos tres meses después de la muerte de mis padres, ocurrió algo extraordinario. Una noche, al ir a acostarme, encontré encima de mi almohada un sobre en cuyo dorso aparecía mi nombre y la fecha de aquel día, así como los tres sellos de Thule, matasellados. Dentro del sobre había una nota mecanografiada en la que se predecían los números ganadores de los tres siguientes sorteos de la lotería. Pensé que era una broma, por supuesto, aunque me inquietó ignorar el modo en que había llegado ese sobre a mi cuarto. Quizá por eso guardé aquella hoja de papel y comprobé en cuanto pude el resultado del primer sorteo. El número pronosticado era el número del premio mayor de la lotería.

Huelga decir que adquirí todos los décimos que logré encontrar de los otros dos números que aparecían en la nota. Y así, mi pequeña fortuna se multiplicó por cinco. Entonces recibí la segunda carta de Thule...

Sobrevino un silencio. Leonor dio un nuevo sorbo a su bebida mientras contemplaba abstraída los troncos que ardían en la chimenea.

—¿Me va a decir lo que ponía esa carta? —preguntó Vega, comenzando a impacientarse.

En lugar de contestar, la mujer dejó la copa sobre la mesa, se incorporó, caminó hasta la librería y cogió un libro encuadernado en rústica.

—¿Ha leído a Wells, comisario? —preguntó, hojeando distraídamente las páginas del libro—. ¿Conoce su novela *La máquina del tiempo*? —Vega negó con la cabeza. La mujer suspiró y devolvió el libro a su lugar. Tomó asiento de nuevo—. Wells escribe ciencia ficción, un género que se está haciendo muy popular en Estados Unidos. En una de sus obras habla de un hombre que podía viajar a través del tiempo. —Hizo un pausa—. ¿Cree que es posible viajar en el tiempo, comisario...?

Vega permaneció inexpresivo.

—¿Qué decía esa carta, señora Hidalgo?

—Es usted un hombre impaciente... —La mujer sonrió con cansancio—. Aquella carta era algo así como una oferta de trabajo. Las personas que la habían escrito, podemos llamarlas «thulanos», se ofrecían a suministrarme información exacta sobre el comportamiento futuro de la Bolsa, así como pronósticos precisos acerca de todos los resultados deportivos. Como comprenderá, esto era algo que podía hacerme

inmensamente rica. A cambio, yo tenía que limitarme a mandarles a ellos cierto tipo de información.

—¿Quiénes eran esos... thulanos?

—Llegamos al punto central de mi relato, comisario. —Leonor clavó su mirada en los ojos de Vega—. Los thulanos son gente del futuro. Personas que vivirán dentro de muchos muchos muchos siglos.

Vega parpadeó.

—¿Quiere decir que hay gente del futuro viajando al pasado?

—No, comisario —rió la mujer—. Nadie puede viajar en el tiempo. Lo que pretendo decirle es que cierta gente del futuro está mandando cartas al pasado.

Vega resopló y sacudió la cabeza.

—¿De qué demonios me está hablando...?

Leonor apoyó los codos sobre las rodillas y el mentón en las manos.

—Ellos, los thulanos, no me han dado muchas explicaciones sobre sí mismos —dijo pausadamente—. Así que parte de lo que le voy a decir ahora son puras especulaciones. —Respiró hondo—. Thule es un centro de investigaciones históricas, una especie de instituto del Tiempo fundado por científicos de un futuro remoto. Por lo que deduzco, Thule no se encuentra en la línea de tiempo normal, sino en una especie de tiempo paralelo al nuestro. Algo así como un río que discurriese junto a otro.

»El propósito de Thule, comisario, es la investigación histórica. Con ese fin, los thulanos han desarrollado un sistema para mandar mensajes a través del tiempo: los sellos de Thule. ¿Cómo funciona...? Muy sencillo: se mete en un sobre el material que se desea enviar, papeles, fotos, lo que sea, siempre que no se trate de algo vivo, y se escribe en el dorso el nombre del destinatario y la fecha en que debe recibir el mensaje. Luego se pegan los tres sellos de Thule y se echa la carta a un buzón. Eso es todo.

Vega cerró los ojos con desánimo.

—¿Me está tomando el pelo...? —preguntó—. Cartas que viajan por el tiempo... Por favor, es absurdo...

—¿Por qué, comisario?

—Porque no tiene sentido. Si esos mensajes del futuro llegasen a través de ondas electromagnéticas o, qué sé yo, de cualquier otro medio científico... Pero un correo del tiempo resulta... sencillamente ridículo. —Sacudió la cabeza—. Según usted, ¿quiénes serían los carteros...?

—No hay carteros. Los sellos de Thule funcionan por sí solos. —Leonor se cruzó de brazos—. Es curioso, comisario, si le hubiese dicho que estoy en contacto con el futuro a través de un artefacto, una especie de superemisora de radio, el asunto le parecería más aceptable. Pero, tratándose de cartas, le resulta increíble. Sin embargo, lo que debería preguntarse es si la comunicación a través del tiempo es posible, o no. Ésa es la cuestión, y no el modo en que la comunicación se realice. —Suspiró—.

¿Recuerda cómo son esos sellos? Contienen la imagen de un anciano alado que lee un libro—. El anciano alado es el símbolo del tiempo, que vuela, y el libro la representación de la vida. El tiempo pasando las hojas de la vida, ¿comprende? Y luego está la frase en latín, «*Mobile quod movetur*», que significa «móvil que es movido», es decir, la definición que Guillermo de Occam hace del tiempo en su... ¿cómo era...? *Summa Totius Logicae*, sí. Y, finalmente, Thule, la tierra donde el tiempo transcurre de forma distinta. Todo muy simbólico —sonrió con ironía—. En cualquier caso, comisario, lo cierto es que yo poseo información sobre el futuro, como ha podido comprobar. ¿Por qué no acepta mi palabra, por lo menos a modo de hipótesis de trabajo?

Vega se encogió levemente de hombros.

—De acuerdo —dijo—. La gente de Thule le adelantaba los resultados de la Bolsa y los deportes, y usted, a cambio, les proporcionaba información. ¿De qué clase?

—Información histórica. Datos, descripciones, libros y fotos, muchas fotos. A los thulanos parecían interesarles sobremanera los conflictos bélicos, así que, mientras me hacía multimillonaria, me dedicaba a viajar por el mundo, de guerra en guerra... Algo muy incómodo, créame.

—Y mandaba toda esa información al futuro mediante los sellos de Thule...

—No, comisario. Los thulanos se ponían en contacto conmigo usando los sellos. Pero yo me comunicaba con ellos de otra forma. Me ordenaron que construyese unas cápsulas herméticas, destinadas a mantener intacto su contenido durante miles de años. Cuando quería mandar algo al futuro, introducía en una cápsula la información solicitada y la enterraba en un lugar prefijado. Siglos después, los thulanos no tenían más que excavar y rescatar la cápsula.

—¿Y no sería más sencillo usar esos sellos mágicos?

—Sí... Pero creo que no se ha dado cuenta del riesgo que entrañan los sellos de Thule, comisario. Piense que quien los posea tendrá la posibilidad de cambiar el pasado. De hecho, eso ya ha ocurrido.

—Claro... En su caso, convirtieron a una pobre huérfana en una multimillonaria, ¿no es así...?

—Por supuesto. E igual ha ocurrido con todos los agentes, quizá sería mejor llamarnos corresponsales, que los thulanos tienen en las diversas épocas. Pero esos cambios no son significativos, por lo menos a largo plazo. Quienes estamos al servicio de Thule tenemos un estricto código de comportamiento. Somos millonarios, pero vivimos de las rentas, sin intervenir de ninguna manera en el entramado financiero mundial. Digamos que somos discretos, no nos hacemos notar mucho.

—Pero, en realidad, cuando decía que era posible cambiar el pasado, me estaba refiriendo a otra cosa. Hablaba de cambios drásticos en la Historia. —Desvió la mirada y añadió—: Por ejemplo, el resultado de nuestra guerra civil... —Suspiró—. Verá, comisario, como le he dicho, los agentes de Thule enviamos información al

futuro mediante cápsulas herméticas. Se trata de un método razonablemente seguro, pero no infalible. Algunas cápsulas, con el transcurso del tiempo, se deterioraban, perdían la estanqueidad y su contenido quedaba destruido. Por eso, cuando se trataba de información de gran interés para los thulanos, éstos hacían llegar a alguno de sus agentes los tres sellos necesarios para hacer envíos directos a través del tiempo. No era una práctica normal, por supuesto. Baste decir, que en el transcurso de los últimos dieciséis años, sólo una vez han pasado esos sellos por mis manos. Los thulanos no quieren que circulen libremente por el tiempo. Y, sin embargo, hubo un fallo de seguridad...

—El agente de Thule destinado a cubrir los acontecimientos de la guerra de España se llamaba Melchor Barrera. Recientemente, sus cápsulas comenzaron a fallar, perdiéndose así valiosa información histórica. Por eso, ante un envío importante, los thulanos le mandaron a Barrera tres de sus sellos. Pero, el día 1 de enero, Barrera fue asaltado y asesinado por unos malhechores. Entre los objetos que le robaron estaban los tres sellos de Thule, que ahora se encuentran dispersos por Madrid.

—Un momento. —Vega frunció el ceño—. Si esos... thulanos dominan el tiempo, ¿por qué no le enviaron un mensaje a Barrera contándole que su vida peligraba?

—Lo hicieron. Pero Barrera no tomó en cuenta la advertencia. —Leonor se cruzó de brazos—. Lo cierto es que Barrera quería hacerse con los sellos de Thule para su uso particular. Probablemente sabotó sus propias cápsulas con el fin de conseguir que los thulanos se los enviaran.

—Pero, si los thulanos saben todo lo que va a pasar, ¿por qué no decidieron, simplemente, no mandarle los sellos a Barrera?

—Porque para saber que Barrera quería quedarse con los sellos, tenían primero, que enviárselos. Cambiar *a posteriori* de idea supondría la existencia de un «efecto» anterior a su «causa». Es decir, una paradoja. Y a los thulanos les aterran las paradojas, créame.

Vega suspiró.

—La verdad, señora Hidalgo, no estoy seguro de entenderlo...

—No importa, comisario. Lo fundamental es que comprenda que Thule mandó los sellos a nuestra época, y que ése es un hecho inamovible. Como inamovible es el asesinato de Barrera, ya que no sabemos quién lo hizo, ni cómo, ni dónde. Pero lo que sí podemos hacer es encontrar los sellos e impedir que lleguen a manos de mi marido.

—Ah, claro, Yáñez-Borghese... ¿Qué pinta él en todo esto?

Leonor cogió su copa y la contempló unos segundos con expresión soñadora.

—Mario fue mi gran debilidad, comisario. Era joven, guapo, brillante, encantador y extremadamente sexy... Demasiado bueno para ser verdad. Nos casamos hace cuatro años, y debo reconocer que lo he pasado muy bien a su lado. —Bajó la mirada

—. Pero cometí el error de contárselo todo. Le hablé de Thule, de los sellos, del asunto de Barrera. Y él...

Hizo una pausa.

—¿Y él, qué...? —preguntó Vega.

—Mario tenía sus propias ideas al respecto. —Apuró el jerez de un trago y dejó la copa vacía sobre la mesa—. Comisario, le he dicho que los sellos de Thule pueden cambiar la Historia, y que eso ya había ocurrido. Pues bien, todo esto... —Hizo un amplio ademán—, la realidad en que nos movemos, no es la realidad original. Porque lo cierto es que la guerra civil la perdieron los franquistas. El mismísimo Franco murió en diciembre del 37, víctima de un atentado. A raíz de esto, se produjo una lucha por el poder entre los generales sublevados, lo que generó profundas divisiones en el seno del ejército nacionalista. Esta desunión minó su eficacia militar y las tropas republicanas obtuvieron una gran victoria en la batalla del Ebro. Desde ese momento, la guerra se decantó del lado de la bandera tricolor.

»Sin embargo, en esa realidad original, mi marido logró encontrar los tres sellos. Y mandó una carta a Francisco Franco, ¿lo entiende, comisario?, una carta a través del tiempo mediante la cual le suministraba información acerca de todo el desarrollo de la guerra, incluyendo el atentado que iba a sufrir. —Leonor sonrió tristemente—. Por lo que parece, el general Franco hizo caso. No murió, no hubo divisiones en el ejército sublevado y la batalla del Ebro fue una victoria del bando franquista, quedando así la Historia cambiada.

Vega se echó a reír.

—¿Se da cuenta de lo absurdo que resulta todo lo que me está contando?

—Por supuesto. Y más absurdo le parecerá saber que, en esa otra realidad original, Mario, mi marido, me mató a mí... y le mató a usted, comisario.

Vega enarcó las cejas y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón.

—Muy bien... —dijo—. ¿Y ahora qué pretende su marido? Ya cambió la Historia, Franco está ganando la guerra... ¿Para qué coño quiere los sellos de Thule?

—Sinceramente, no lo sé. Recuerde que Mario no sólo es español, sino también italiano; quizá piensa ayudar de algún modo a Mussolini. O evitar la muerte de José Antonio. O conseguir que Franco gane aún más rápidamente la guerra. No tengo ni idea. Quizá pretenda, sencillamente, enriquecerse. Pero eso da igual. Escuche, comisario, los thulanos me han advertido de que esos sellos no deben volver a usarse en este contexto histórico. Podría producirse un especie de nudo en el tiempo, la realidad oscilaría y la línea temporal se volvería imprecisa. Por eso es de vital importancia que encuentre esos sellos. —Vaciló—. No soy una mujer acostumbrada a pedir favores, Telmo, pero ahora necesito tu ayuda... —Leonor se incorporó, aproximándose al policía. Se arrodilló frente a él, muy cerca, apoyando las manos en sus piernas—. Estoy harta de llamarte comisario. Telmo es un nombre hermoso. Como el «fuego de san Telmo»... Hay mucho fuego en tu negro corazón de policía, Telmo...

Las manos de la mujer se deslizaron por las piernas de Vega y acariciaron su abdomen. Luego, muy despacio, comenzaron a desabrochar el cinturón. Vega, sobresaltado, sujetó a Leonor por las muñecas.

—¿Qué demonios está haciendo...?

La mujer se desasíó suavemente de Vega. Mirándole con fijeza, preguntó:

—¿Cuánto hace que no estás con una mujer? —Comenzó a desabrocharle los botones del pantalón—. Dime, ¿cuánto hace...?

Vega sintió que un golpe de calor inundaba su estómago, acelerándole el corazón. Sí, ¿cuánto tiempo llevaba sin hacerle el amor a una mujer...? Desde que murió Manuela. Tres años. Una eternidad sin caricias ni besos, sin suavidad ni dulzura. Eones de soledad y tristeza.

Leonor comenzó a inclinarse sobre el regazo de Vega. Éste sintió cómo su cuerpo se estremecía, pero sujetó la cabeza de la mujer.

—No... —musitó.

—¿Por qué no...? —susurró ella.

—Porque quieres utilizarme, manejarme... —dijo Vega, el aliento agitado.

—Sí, es cierto —repuso Leonor—. Quiero que me ayudes a encontrar los sellos de Thule, y esto es parte de tu recompensa. Pero hay otra razón, Telmo. Tú no tienes futuro, te han quitado la esperanza y, por tanto, también el miedo. Eres un hombre terminal, un pasajero al final de la línea. Estás más allá de la vida y de la muerte —susurró—, y eso te hace muy atractivo...

Leonor apartó las manos de Vega. Sus labios buscaron el centro del hombre y un beso cálido y húmedo borró toda resistencia, toda precaución, toda suspicacia.

Vega, arrastrado por un torrente de sentimientos puramente animales, intentó despojar de su vestido a la mujer. Sus manos, torpes por la ansiedad y la falta de costumbre, desgarraron la blusa y apartaron la ropa interior. Cuando Vega notó en las yemas de sus dedos la piel íntima y tibia de Leonor experimentó una intensa impresión, sintiéndose turbado y excitado a la vez. Después de tantos años, creía definitivamente olvidado aquel tacto, pero ahí estaba, de nuevo, tan excitante y ardiente como lo había sido en el pasado.

Hicieron el amor, medio vestidos, sobre la alfombra persa que acolchaba el suelo del salón. Fue un acto lleno de premura y ansiedad, de jadeos y excitación. Cuando acabaron, Leonor cogió de la mano a Vega y le condujo en silencio a su dormitorio. Allí le desnudó lentamente, con delicadeza, permitiendo que él la despojara a su vez de la ropa rasgada y arrugada. Y luego, sobre sábanas de raso tan suaves como la caricia de un niño, se amaron una vez más, y luego otra, y otra...

Finalmente, Leonor se durmió, acurrucada contra el cuerpo del policía. Pero Vega no logró conciliar el sueño. Permaneció toda la noche contemplando el techo del dormitorio, sumido en sus pensamientos.

Al amanecer, cuando los primeros rayos del sol comenzaron a filtrarse por el ventanal, delineando luminosas bandas doradas en el aire, Leonor abrió los ojos y

miró el rostro abstraído de Vega.

—¿No has dormido? —preguntó.

—No.

—¿Qué te preocupa?

—No lo sé... —Vega giró la cabeza, contemplando los ojos todavía somnolientos de la mujer. Extendió una mano y acarició su piel sedosa y tenue. Los dedos iniciaron un lento periplo, deslizándose sobre el pecho para descender luego hacia la cadera. Finalmente, Vega dijo—: Tú conoces el futuro... ¿Qué va a pasar?

Leonor se incorporó, apoyándose en el cabezal de la cama. Comenzó a desenredarse los cabellos.

—Las tropas de Franco entrarán en Madrid el próximo día 28 —dijo, con voz carente de emoción—. La guerra terminará el primero de abril. Muchos, huyendo de los fascistas, se dirigirán a Levante, donde intentarán embarcar en los buques contratados por la República para el transporte de refugiados a Francia. Pero esos barcos nunca llegarán. Habrá detenciones masivas y miles de fusilamientos. La represión será extremadamente cruel. Y Franco... Franco permanecerá treinta y seis años más en el poder. Eso es lo que va a pasar.

Vega se levantó de la cama y recogió la ropa que se encontraba desperdigada por el suelo. Comenzó a vestirse.

—En tal caso, sólo dispongo de dieciséis días para encontrar a tu marido y los sellos —dijo—. Será mejor que me dé prisa...

—Entonces, ¿crees mi historia?

—No sé lo que creo o no creo... Pero ¿eso qué más da? Con lo único que cuento es con tu palabra. Y con la certeza de que, del modo que sea, conoces el futuro. En realidad, es más de lo que podía esperar. Por cierto, ¿tienes alguna idea de dónde puede esconderse tu marido?

—Me temo que no. Supongo que estará con sus amigos falangistas...

Vega terminó de vestirse en silencio. Guardó la corbata en el bolsillo de la chaqueta y abrió la puerta del dormitorio. Antes de salir, se volvió hacia Leonor. La mujer continuaba reclinada en la cama, las piernas cubiertas por la sábana y el torso desnudo, con la indolencia de una ninfa aburrida.

—Encontraré los sellos de Thule —dijo el policía.

—Seguro que lo harás —murmuró Leonor—. Pero, mientras los buscas, ¿por qué no vienes a visitarme de vez en cuando...?

—Hombre, *poliyas* —dijo Isidoro Mendoza, cogiendo la escopeta de caza que descansaba sobre el mostrador de madera.

—Dales algunas latas de conserva y que se vayan —musitó, distraído, Herminio Mendoza, que estaba sentado frente a un buró desvencijado, ocupado en poner al día las cuentas de su negocio.

Vega y Navarro intercambiaron una mirada. Según les había informado Uribe, los hermanos Mendoza eran los únicos peristas que traficaban con sellos en Madrid. El

garaje donde habían instalado su almacén se encontraba atiborrado de objetos, desde tablas románicas hasta máquinas de coser. Tres sicarios mal encarados, situados más allá del mostrador y armados con amenazadoras escopetas de dos cañones, custodiaban el local.

Vega mostró la foto de los sellos de Thule.

—Sólo queremos haceros unas preguntas —dijo, con voz calmada—. Estos sellos fueron robados a primeros de año. Según me han informado, vosotros traficáis con material filatélico... ¿Los habéis visto?

Pero Isidoro Mendoza no prestaba atención a la foto. Con la mirada fija en Vega se aproximó a él lentamente, siempre empuñando la escopeta.

—Oye, yo te conozco... —dijo, pensativo—. Tú eres Vega, ¿no...? —Rió alegremente y se volvió hacia su hermano—. Mira a quien tenemos aquí, Herminio. Es el comisario Vega. Ofrecen cinco mil duros por su cabeza, ¿qué te parece...?

—Déjate de tonterías —gruñó Herminio, absorto en sus cuentas—. Dales algo y que se marchen...

—¡Basta ya! —exclamó Vega secamente—. ¿Habéis visto estos sellos, sí o no?

Isidoro frunció el ceño y se acercó amenazador al policía. Levantó la escopeta y apoyó la boca de los cañones contra su pecho.

—¡Eh, eh, eh...! Tú, aquí, no das órdenes, cabrón. —Amartilló los percutores—. Me joden los polis, ¿sabes...? Anda, dame una razón para no volarte la cabeza y cobrar la recompensa que los fachas dan por ti, *poliya*...

Vega observó de reojo a Navarro. El inspector estaba en tensión, a punto de saltar. Le hizo un leve gesto con la mano, indicándole que no hiciese nada. Volvió la mirada hacia Isidoro.

—Te voy a dar, no una, sino dos razones —dijo Vega, en tono impersonal—. La primera, que no tienes cojones para disparar. Y la segunda, que eres demasiado estúpido y lento para hacerlo...

Y, de un manotazo, apartó los cañones de la escopeta. Un doble disparo resonó en el interior del almacén, pero las ráfagas de perdigones se perdieron por encima de la cabeza del policía. Instantáneamente, Vega sacó su pistola Astra de la funda y efectuó un disparo a bocajarro en la rodilla de Isidoro Mendoza. Éste, aullando de dolor, se derrumbó sobre el suelo como un árbol talado. Vega clavó el cañón de su arma en la cabeza del perista.

Entre tanto, Navarro había sacado su pistola y apuntaba directamente al estómago del estupefacto Herminio. Los tres matones que custodiaban el negocio apenas habían tenido tiempo de reaccionar. Comenzaban a empuñar sus escopetas cuando la voz de Vega resonó autoritaria.

—¡Si alguien se mueve, le vuelo la cabeza a este hijo de puta!

—Y yo le vuelo las tripas al hermano de ese hijo de puta —añadió Navarro—. Entonces os quedaríais sin jefes. ¿Y quién os iba a pagar...?

—¡Está loco! —gritó, nervioso, Herminio Mendoza—. ¡Ha herido a mí hermano!

—Para ser exactos, le he dejado cojo —dijo Vega—. Pero todavía está vivo. Y si quieres que las cosas sigan así, más vale que hables de una vez. —Sin dejar de apuntar a Isidoro, recogió la foto del suelo—. ¿Qué sabes de estos sellos?

Herminio tragó saliva y miró alternativamente al policía y a su hermano que, tirado en el suelo, intentaba contener con las manos la sangre que manaba de su pierna.

—De acuerdo, de acuerdo... —dijo, finalmente, indicando a los guardas con un gesto que no hicieran nada. Tragó saliva—. A principios de enero le compramos unos sellos como éstos a los «Capeches»...

—¿Quiénes son los «Capeches»?

—Una familia de quinkis... No sé de dónde los sacaron. Les dimos tres reales por ellos y se fueron. Más tarde le vendimos los sellos a un tal Bardasano, que tiene una filatelia en la calle Mayor... Eso es todo, se lo juro... Suelte a mi hermano, por favor...

Vega, sin perder de vista a los tres hombres armados, le indicó con un gesto a Navarro que retrocediese hacia la salida. Agarró el cuello de la camisa del infortunado Isidoro Mendoza y, sin apartar la pistola de su cabeza, lo arrastró por el suelo hasta llegar a la puerta. En cuanto salieron del almacén, Vega soltó al perista herido y, seguido por Navarro, salió corriendo hacia la calle. Al doblar la esquina, escucharon tres disparos de escopeta, efectuados, afortunadamente, con escasa puntería.

Unos minutos más tarde, Vega y Navarro se dejaron caer jadeantes sobre un banco de una pequeña plaza.

—Estás loco, jefe —dijo Navarro, algo pálido—. Han podido matarnos ahí dentro...

—Pero no lo han hecho —repuso Vega—. Y ahora sabemos dónde hay que buscar los sellos...

Navarro sacudió la cabeza.

—¿Cómo sabes que lo que quiere el Coleccionista son esos sellos? ¿Y de dónde has sacado la foto?

Vega sonrió débilmente.

—Eso no importa, Ángel. —Consultó el reloj—. Ahora me voy a acercar a la calle Mayor. Tú vuelve a la DGS y ayuda a Uribe. Tenemos que encontrar a Mario Yáñez-Borghese.

—Pero ¿quién demonios es Yáñez-Borghese, jefe?

—El Coleccionista —dijo Vega, alejándose—. Y no me llames «jefe», coño...

Vega encontró la filatelia Bardasano en el número 16 de la calle Mayor. El local tenía el cierre echado, y un pequeño cartel en el que aparecía escrita la frase: «CERRADO POR DEFUNCIÓN». La portera le informó de que don Roberto, el dueño de la filatelia, había fallecido el pasado 14 de febrero, en extrañas

circunstancias. Añadió que el difunto tenía una hija, llamada Isabel, que vivía en el piso situado sobre la tienda.

Isabel Bardasano resultó ser una mujer triste, prematuramente envejecida. Vestía de negro y tenía los ojos permanentemente húmedos, como si el llanto fuese un rasgo más de sus facciones. La mujer, con tono quejicoso, le contó a Vega el alcance de sus desgracias: la muerte de su marido en el frente del Ebro, el asesinato de su padre y la enfermedad de su hijo...

Vega la interrumpió. ¿Había dicho el «asesinato» de su padre...? La mujer tragó saliva varias veces, como si se estuviese atragantando, y prorrumpió en un incontenible acceso de llanto. Al cabo de unos minutos, cuando logró calmarse un poco, inició el relato entrecortado del martirio y muerte de Roberto Bardasano.

Según dijo, el pasado 14 de febrero, por la tarde, se vio obligada a salir de casa. Había recibido una nota de un familiar suyo, una prima en segundo grado con la que mantenía cierto trato, citándola en su domicilio de Ciudad Lineal. Como aquello quedaba en el otro extremo de Madrid, Isabel dejó a su hijo Carlos con el abuelo y salió de casa a eso de las cuatro. Tardó más de dos horas en llegar a Ciudad Lineal, y cuando por fin se presentó en el piso de su prima, se encontró con la sorpresa de que ésta negaba rotundamente haberle mandado nota alguna. Desconcertada, Isabel regresó a su casa. Llegó, más o menos, a las ocho y media. La filatelia ya estaba cerrada, de modo que subió directamente al piso. Pero allí no había ni rastro de su familia. Supuso que debían de encontrarse en la tienda, así que bajó de nuevo y entró en la filatelia.

Allí, en medio de un desbarajuste de sellos revueltos y clasificadores volcados, encontró el cadáver de su padre, Roberto Bardasano, atado a una silla y absolutamente cubierto de sangre.

El niño había desaparecido.

Isabel creyó enloquecer. Los vecinos llamaron a la policía y, al cabo de una hora, se presentó un inspector acompañado por dos guardias de asalto. El policía examinó el cuerpo de Bardasano y afirmó que había muerto a causa de una brutal paliza. No fue una muerte rápida, no, sino una interminable tortura.

Llegado ese punto, Isabel interrumpió su relato. Con los ojos anegados de lágrimas, contempló fijamente a Vega.

—¿Quién puede ser tan desalmado como para matar a golpes a un pobre anciano...? —preguntó con voz temblorosa.

Vega asintió, poniendo cara de circunstancias, y preguntó si habían robado algo. La mujer dijo que no estaba segura, pero que creía que no, ya que el asesino no se había llevado ni una sola de las colecciones de monedas, lo más valioso que había en la filatelia. Vega le mostró a Isabel la foto de los sellos de Thule, pero ésta afirmó que jamás los había visto.

El policía, algo desalentado, volvió a guardar la foto.

—¿Y el niño? —preguntó—. ¿Apareció por fin?

Isabel asintió. La portera le encontró al día siguiente en la carbonera. Al parecer, en la filatelia existía una pequeña trampilla que daba directamente al depósito de carbón que había en el sótano. El niño debía de haberse deslizado por ella mientras su abuelo era asaltado.

Vega se puso repentinamente en estado de alerta. Era posible que aquel niño lo hubiese visto todo.

—Tengo que hablar con su hijo, señora Bardasano —dijo el policía.

—No puede ser, señor comisario —repuso tristemente la mujer—. Carlitos está enfermo...

—Es muy importante, señora. Le juro que no molestaré al niño. Sólo quiero hacerle un par de preguntas.

—Pero usted no lo entiende... No está mal del cuerpo, sino de aquí. —Señaló con un dedo su cabeza—. Desde que ocurrió lo de su abuelo, ni habla, ni entiende, ni apenas se mueve... Está como ido, el pobrecito...

Pero Vega Insistió en verlo, de modo que la mujer, un poco a regañadientes, le condujo a un pequeño dormitorio, apenas iluminado, donde se hallaba un muchachito de unos diez años que, sentado en la cama con los brazos rodeando sus piernas encogidas, mantenía la vista perdida y el rostro inexpresivo. Estaba completamente inmóvil.

Vega tomó asiento sobre la cama, a su lado. Permaneció un par de minutos en silencio y luego se inclinó hacía el niño.

—Hola, Carlos —dijo—. Me llamo Telmo Vega y soy policía. Estoy investigando la muerte de tu abuelo y... ¿sabes?, si quisieras hablar conmigo podrías ayudarme mucho... —El niño no movió ni una pestaña. Vega insistió—: Carlos, por favor, tienes que decirme lo que viste...

—Es inútil, comisario —dijo Isabel Bardasano—. El pobre ni siquiera le oye.

Vega asintió con desánimo. Se incorporó.

—¿Lo ha llevado a un médico?

—Sí. El doctor dijo que el niño había sufrido una fuerte impresión, y que necesitaba tratamiento psiquiátrico. —Rió con amargura—. ¿Y de dónde voy a sacar yo un psiquiatra, en este Madrid destruido por la guerra? —Las lágrimas volvieron a sus ojos—. ¿Qué voy a hacer ahora, comisario...? Me he quedado sola en el mundo, viuda y con un hijo enfermo... ¿Qué va a ser de mí...?

Vega le aseguró a la mujer que haría todo lo posible por ayudarla, aunque no pudo evitar preguntarse en qué podía consistir esa ayuda, ya que su propio futuro no podía ser más incierto. Se disponía a salir del dormitorio, cuando una idea le cruzó la mente.

—¿Su hijo colecciona sellos? —preguntó.

—Sí... —contestó Isabel, extrañada—. Su abuelo le aficionó... ¿Porqué...?

—¿Le importaría dejarme ver su colección?

La mujer contempló a Vega con perplejidad. Se encogió levemente de hombros y, del interior de un cajón, sacó un álbum con tapas de cartón verde. Se lo entregó al policía.

Vega comenzó a pasar las hojas. Sus ojos recorrieron con detenimiento las filas de sellos, contemplando rostros de escritores y políticos, paisajes, edificios, enseñas y blasones, animales y plantas, reproducciones de cuadros... Pero no encontró ningún anciano alado con un libro en las manos. Allí no había ningún sello de Thule.

Decepcionado, le devolvió el álbum a la mujer y, tras asegurarle que volvería a visitarles pronto, abandonó el piso y salió a la calle. Encendió un cigarrillo y echó a andar en dirección a la Puerta del Sol.

A sus oídos llegaba el estruendo de los obuses que estallaban en el cercano frente oeste.

Los días transcurrieron lentamente, marcando la cuenta final de una guerra a la que sólo le restaba el protocolo último de la rendición. El Consejo de Defensa mantenía contactos con los militares facciosos a través de la *Quinta Columna*. Mientras, Casado y Miaja preparaban las condiciones de capitulación que pronto iban a presentar ante Franco. La ciudad, después de una semana de luchas internas, se mantenía expectante, con el oído pegado a la radio y la mirada puesta en la Moncloa, el lugar donde se concentraban las fuerzas franquistas a la espera de su entrada triunfal en Madrid.

Entre tanto, Vega había convertido el transcurso de sus días en una rutina dividida en tres actos. Por la mañana ayudaba a Navarro y Uribe, recorriendo Madrid en busca de algún chivatazo que pudiera ponerles sobre la pista de Yáñez-Borghese. Por la tarde, abandonaba la Dirección General de Seguridad y se dirigía a la casa de Isabel Bardasano, llevando siempre consigo algún obsequio, generalmente comida o ropa. Ante esas inesperadas muestras de generosidad, la pobre mujer se deshacía en agradecimientos, asegurando que la salud y la felicidad de Vega ocupaban el primer puesto en la lista de súplicas que siempre incluía en sus oraciones.

Pero no era el bienestar de Isabel Bardasano lo que realmente perseguía Vega, sino la oportunidad de llegar a comunicarse con su hijo, el único testigo del asesinato del hombre en cuyo poder habían estado los sellos de Thule. De modo que, cada tarde, Vega tomaba asiento frente a la cama de Carlitos y comenzaba a hablarle.

Al principio le contaba aventuras policíacas, relatos de robos y pesquisas, de malhechores y detectives, pero cuando esta fuente de historias se secó, Vega comenzó a divagar sobre su propia vida, narrando su infancia en un pueblo de Segovia, su juventud en Madrid, su ingreso en la Guardia Civil, primero, y en la Dirección General de Seguridad después, su matrimonio con Manuela, una preciosa maestra quince años más joven que él... Pero, en realidad, era como hablar solo. Carlitos, siempre inmóvil, siempre inexpresivo, continuaba sumido en aquel estado autista, indiferente a todo lo que sucediese más allá de su cabeza.

Al caer la noche, Vega se levantaba de su asiento y, despidiéndose del niño con un «hasta mañana», salía a la calle. Entonces se iniciaba el tercer acto de su rutina, el más impreciso y, también, el más doloroso. Aquel acto tenía un nombre, Leonor Hidalgo, y un sentimiento, el deseo.

Porque, cada noche, Vega experimentaba la necesidad de volver a encontrarse con Leonor, explorar de nuevo la geografía de su piel, estrecharla entre sus brazos y paliar con sus caricias y besos siglos de soledad y vacío.

Pero, al mismo tiempo, Vega no quería acudir a aquellas citas nocturnas. De algún modo, sabía que ceder a ese impulso significaba fracasar un poco, someter su voluntad a la de Leonor, desprenderse de lo último que le quedaba, la dignidad de mantenerse fiel a sí mismo. Porque aquello no era amor, sino simple y puro deseo, atracción animal, sexo descarnado, carente de los adornos que usualmente engalanan esta clase de sentimientos. No obstante, lo cierto es que casi todas las noches Vega caía derrotado y se dirigía al palacete de la calle Serrano, atravesaba el jardín repleto de guardias armados, entraba en la mansión y se encontraba con Leonor. Luego, sin decirse nada, subían al dormitorio, se despojaban de la ropa y hacían el amor, en silencio, con la concentración e intensidad de quienes saben que el tiempo es limitado y que el fin se acerca. Apenas hablaban. En ocasiones, Leonor comentaba cuál iba a ser el curso de la Historia futura: Hitler provocando la Segunda Guerra Mundial, los campos de exterminio, la bomba atómica...

Ocasionalmente, la voluntad de Vega salía triunfante, y el policía se dirigía a su piso, encerrándose en la soledad de aquellas paredes cargadas de recuerdos inoportunos. Entonces era peor, porque Vega no lograba conciliar el sueño y pasaba toda la noche en vela, pensando. A veces sintiéndose culpable por traicionar la memoria de Manuela, en ocasiones intentando dilucidar si algo de lo que había hecho en su vida tenía algún sentido... o, sencillamente, dándole vueltas en la cabeza a la historia de los sellos de Thule que le contara Leonor.

Ah, sí, aquella historia fantástica de hombres del futuro y de un correo en el tiempo. ¿Cómo podía tomar en serio todo aquello? La guerra civil ganada por la República, Franco muerto y un misterioso Yáñez-Borghese haciéndose con los sellos y... buen Dios, matándole a él, a Vega, para cambiar luego el devenir de los acontecimientos, invirtiendo así el resultado de la contienda... Era ridículo, absurdo... Pero, también, la única explicación con que contaba.

De modo que Vega intentaba de vez en cuando aceptar como cierto lo que le había contado Leonor. Pero le resultaba difícil abarcar todas las implicaciones de aquella historia; sus pensamientos se confundían y, al cabo de un rato, la cabeza comenzaba a darle vueltas, sin llegar jamás a ninguna conclusión. Por ejemplo, ¿por qué la gente de Thule no había avisado a Leonor acerca de los propósitos de su marido? Es cierto que la primera vez no sabían lo que iba a pasar; pero la segunda, cuando Yáñez-Borghese alteró la Historia, estaban sobre aviso. Podían haberle mandado una carta a Leonor diciéndole «cuidado con tu marido, no le cuentes nada»,

o algo por el estilo. Pero no lo habían hecho, y Yáñez-Borghese volvió a convertirse en el Coleccionista, complicándole así la vida a la gente del futuro.

¿Por qué habían permitido eso...?

Aquello no tenía sentido.

Entre tanto, los días fueron pasando. El jueves, 23 de marzo, el avión que transportaba a los representantes del Consejo de Defensa de Madrid tomó tierra en el aeropuerto de Gamonal, en Burgos. Los emisarios republicanos presentaron a Franco las condiciones que el Consejo proponía para la rendición de la capital. Pero el Generalísimo apenas se molestó en echarles un vistazo. Él era el vencedor, nadie podía exigirle nada. Su respuesta no se hizo esperar: o capitulaban sin condiciones, o Madrid se cubriría de sangre.

El Consejo de Defensa no podía hacer otra cosa más que aceptar.

El sábado, 25, entre las tres y las seis de la tarde, Vega escuchó el estruendo provocado por los numerosos aviones que sobrevolaban Madrid. Era lo que quedaba de la aviación republicana, volando en dirección a las bases aéreas *nacionalistas* para rendirse, tal y como había exigido Franco.

El domingo, Madrid se despertó en total silencio. No se oía ninguna explosión, ningún disparo. Hacía tres años que un fenómeno así no se producía, de modo que la población contuvo el aliento en espera del desenlace final.

El lunes, 27 de marzo, Vega acudió, como todos los días, a su despacho de la Dirección General de Seguridad. El edificio estaba prácticamente vacío, ya que la mayor parte de los funcionarios habían optado por quedarse en sus hogares, aguardando con calma el devenir de los acontecimientos.

Vega tomó asiento frente a su escritorio. Encendió un cigarrillo, el último que le quedaba, y contempló las polvorientas pilas de papeles que se acumulaban sobre la mesa. Frunció los labios y formó un anillo de humo en el aire. Observó cómo aquel pálido círculo se elevaba lentamente mientras comenzaba a difuminarse.

Y, ahora, ¿qué pensaba hacer...? El plazo se había cumplido, la guerra, como anunció Leonor Hidalgo, iba a finalizar en las próximas horas. Ya no quedaba tiempo para nada y Vega se sentía, una vez más, fracasado.

Sólo restaba morir. Esperar a que los fascistas entrasen en la ciudad, sacar la pistola y disparar contra el primer grupo armado que intentase entrar en la DGS. Una heroica forma de suicidio... o, quizá, la última estupidez que iba a cometer en su vida.

Ése era el negro discurrir de los pensamientos del comisario Vega, cuando sucedió algo que había de alterar por completo el curso de su vida.

El sonido de unos pasos apresurados resonó en el exterior. Al cabo de unos segundos, la puerta del despacho se abrió, dando paso al inspector Uribeque, visiblemente agitado, se plantó frente a Vega.

—¡Lo tengo, comisario! —dijo, con una amplia sonrisa en los labios y el aliento acelerado—. ¡He dado con el paradero de Mario Yáñez-Borghese!

Uribe tomó asiento frente a Vega. Tras recuperar mínimamente el resuello, inició su relato:

—Había algo en todo este asunto que no podía entender, comisario. ¿Cómo llegó Yáñez-Borghese a Madrid? Es decir, ese tipo estaba en Italia y el único camino lógico para llegar a España era, o bien a través de Francia, lo cual no resultaba ni seguro ni rápido, o desembarcando en algún puerco del Mediterráneo. Pero había una orden de busca y captura contra Yáñez-Borghese, y todos los puertos del Mediterráneo se encontraban en poder de la República. De modo que, ni siquiera bajo una identidad falsa era seguro para un fascista italiano entrar por barco en España. Salvo... —Hizo una pausa—. Salvo que hubiese desembarcado en el puerto de Barcelona después de que la ciudad cayese en poder de las fuerzas franquistas, es decir, a partir del 27 de enero. Así que, hace un par de semanas, me puse en contacto con un compañero de la DGS de Barcelona...

—Un momento —le interrumpió Vega—. Las comunicaciones con Cataluña están cortadas...

Uribe sonrió.

—No totalmente. ¿Ha oído hablar de «Radio Quinta Columna»...? No, no me mire así, comisario. No soy un fascista. Ya se lo dije una vez: sólo soy un policía sin filiación política alguna. No molesto a los quintacolumnistas y ellos, de vez en cuando, me hacen algún que otro favor. Como, por ejemplo, permitirme usar sus medios de comunicación para obtener información del bando *nacional*. —Carraspeó—. En fin, le pedí a mi amigo que investigase la posible entrada de Yáñez-Borghese en España, y ahora acabo de recibir su contestación. —Respiró hondo—. Mario Yáñez-Borghese llegó a Barcelona el jueves 2 de febrero, a bordo del buque mercante *Maestrале*, de bandera italiana. Ese mismo día se entrevistó con algunos dirigentes de la Falange local y, después, procedió a instalarse en el hotel Ritz. —Uribe hizo una pausa—. Al día siguiente, cuando una de las camareras del hotel se disponía a limpiar la habitación, encontró, sobre la cama, el cadáver de Mario Yáñez-Borghese. Le habían matado de un disparo en el corazón.

Vega se puso bruscamente en pie.

—¿Qué...?! —Tragó saliva—. No puede ser, debe tratarse de una equivocación...

Uribe negó con la cabeza.

—Se comprobaron las huellas dactilares, comisario. Yáñez-Borghese fue asesinado en Barcelona durante la madrugada del 3 de febrero. Lo que significa que no puede ser el Coleccionista.

Vega, confuso, volvió a sentarse.

—¿Algo más, Uribe? —preguntó, tras una larga pausa.

—No, nada más... —Vaciló—. Los franquistas entrarán en Madrid esta noche, o mañana por la mañana, como muy tarde. ¿Qué piensa hacer, comisario...? La carretera a Levante todavía está abierta, aún puede huir.

Vega suspiró.

—¿Adónde...? No, ya no hay salvación posible para mí. —Se incorporó y le tendió la mano al inspector—. Gracias por todo, Uribe. Como siempre, has sido muy competente. Ahora vete a casa. Ya ha terminado todo.

Uribe estrechó la mano de Vega y comenzó a alejarse. Se detuvo en el umbral de la puerta.

—Buena suerte, comisario... —dijo, con una triste sonrisa. Luego se dio la vuelta y abandonó el despacho.

Vega, abstraído, tomó asiento de nuevo. Se sentía desconcertado, perdido. Durante todo aquel tiempo había seguido una pista falsa. Leonor Hidalgo estaba equivocada, su marido no era el asesino de los sellos.

¿Entonces, quién...?

Vega permaneció toda la mañana sentado frente a su escritorio, inmóvil, pensativo. Ni siquiera a la hora de comer abandonó el edificio de la Dirección General de Seguridad. Pero nada ocurrió, nadie vino a verle, ningún grupo armado intentó entrar por la fuerza en la sede central de la policía.

A las seis de la tarde, harto de aquella espera, Vega fue en busca de Navarro. No le encontró, la DGS estaba prácticamente vacía.

Incluso Navarro había huido, pensó Vega con amargura. Sin tan siquiera despedirse...

El comisario se puso el abrigo y salió a la calle. Observó cómo algunos reducidos grupos de hombres corrían furtivamente, pegados a los muros de las casas. El silencio era sobrecogedor.

Vega echó a andar sin rumbo fijo.

Quizá fue el azar, o el automatismo de una rutina adquirida, lo que le condujo al número 16 de la calle Mayor, el hogar de Isabel Bardasano.

La mujer estaba muy nerviosa. Sin atreverse a mirar a Vega, retorció una y otra vez la manga izquierda de su chaqueta de lana.

—No es cosa mía, se lo juro comisario —dijo, con voz temblorosa—. Usted se ha portado muy bien con nosotros, y yo le estoy muy agradecida... Pero los vecinos han insistido y... bueno, me han pedido que le diga que no vuelva por aquí... —Bajó la mirada, avergonzada—. Le juro por la Virgen que por mí podría seguir viniendo, pero los vecinos... Los vecinos dicen que si le encuentran aquí, nos detendrán a todos...

Vega sonrió con cansancio.

—No se preocupe. Sólo quiero despedirme de su hijo. Será un momento, ¿le importa que entre a verle...?

Isabel dudó unos instantes. Luego suspiró con resignación.

—Claro que no, comisario —dijo, mientras abría del todo la puerta, franqueando el paso al policía—. Sí sólo es un momento...

Carlitos estaba tumbado en la cama, inmóvil, con la vista fija en algún punto indeterminado del techo. Isabel Bardasano permitió que el policía entrase en el

dormitorio, pero ella no le siguió. Cerró la puerta, dejándole a solas con el niño, y se dirigió al salón, donde le aguardaba un montón de ropa que remendar.

Vega tomó asiento en el borde de la cama. Durante unos minutos contempló en silencio el rostro de Carlitos, tan serio, tan lejano. Luego inclinó la cabeza y ocultó la cara entre las manos. Hacía semanas que no dormía bien y ahora comenzaba a notar cómo un inmenso cansancio se apoderaba de él, convirtiendo en mantequilla sus músculos y llenándole la mente de brumas. Sacudió la cabeza y se frotó los ojos. Contempló de nuevo al niño. Respiró profundamente.

—Vengo a despedirme, Carlos —dijo, con voz algo ronca—. Sabes, a veces los criminales ganan y los policías pierden. Ahora ha ocurrido así. He fracasado, no he conseguido detener al asesino de tu abuelo, de modo que ya no tengo nada que hacer aquí. Pero no te sientas culpable por no contarme lo que viste. Sé que no puedes, que tú también eres una víctima. —Suspiró—. Supongo que ni siquiera me oyes, así que es una estupidez que esté aquí, hablándote. Me queda muy poco tiempo y debería aprovecharlo haciendo alguna otra cosa, pero, la verdad, no se me ocurre qué... —Enarcó las cejas—. Quizá tendría que seguir buscando hasta el último minuto esos malditos sellos de Thule...

Vega interrumpió su monólogo al observar cómo la frente del niño se fruncía por unos instantes.

—Los sellos —murmuró el policía—. Tú has visto esos sellos, ¿verdad...?

La pupila de Carlitos se movieron con rapidez de izquierda a derecha. Giró ligeramente la cabeza hacia un lado. Su respiración se tornó agitada. Vega sacó de un bolsillo la arrugada foto de los sellos de Thule. La sostuvo frente a los ojos del niño.

—Estos sellos estaban en la filatelia —dijo—. Es lo que buscaba el asesino de tu abuelo... y tú los has visto, ¿no es así?

De repente, Carlitos gimió como un animal herido. Se incorporó bruscamente, apartando la mirada de la foto que le mostraba Vega, y se hizo un ovillo junto a la almohada, tapándose los ojos con las manos. Vega guardó la foto y se aproximó al niño.

—Perdona, perdona —susurró—. Te he asustado, lo siento... —Acarició la cabeza del muchacho—. No te preocupes, no voy a hacerte más preguntas... Tranquilízate... Ya ha pasado todo, nadie te va a hacer daño...

Vega abarcó con sus brazos el cuerpo tembloroso de Carlitos. Éste, asustado, intentó apartarse, pero, de pronto, tras una breve resistencia, se agarró con fuerza al cuello del policía y comenzó a sollozar.

Vega se recostó contra el cabezal de la cama, sosteniendo con suavidad al niño, que temblaba y gemía como un gorrión asustado.

—Calma, calma —decía Vega—. No pasa nada, ya ha acabado todo...

Pero el niño parecía no encontrar consuelo. Entonces, sin saber por qué, Vega recordó la nana que su madre le cantaba por las noches, hacía ya tantos años, cuando el viento soplaba fuerte en el páramo segoviano, impidiéndole dormir. Hacía mucho

que había olvidado aquella nana y, en ese momento, no se detuvo a pensar que Carlitos era un niño demasiado mayor para las canciones de cuna. Sólo recordó la ternura y el sosiego que sentía cuando, de pequeño, oía cantar a su madre.

En voz muy baja comenzó a entonar las viejas palabras:

Pajarito que cantas
en la laguna,
no despiertes al niño
que está en la cuna.
Ea la nana, ea la nana,
duérmete mi lucero de la mañana...

Carlitos, con la cabeza apretada contra el pecho del policía, dejó de gemir, pero continuó temblando y llorando, ahora en silencio.

Vega comenzó a acunarlo con suavidad, mientras repetía quedamente, una y otra vez, la misma canción.

Ea la nana, ea la nana,
duérmete mi lucero de la mañana...

El sol del atardecer se coló por las rendijas de la persiana, descubriendo el universo de polvo que flotaba en la atmósfera del dormitorio. El tiempo parecía haberse cristalizado. Reinaba un denso silencio, sólo roto por la quebrada voz del policía, entonando una antigua canción de cuna.

Vega caminaba por una ciudad en ruinas, desierta. No sabía dónde se encontraba ni qué hacía allí. Era de noche y la penumbra difuminaba el contorno de los edificios derruidos. A lo lejos, en el horizonte, se distinguía el intenso resplandor provocado por cientos de proyectores de aviación. El policía, como una mariposa arrebatada por la luz de una bombilla, marchaba inflexible hacía aquel fulgor voltaico. Sin embargo, no quería hacerlo, tenía miedo, porque, de algún modo, sabía que detrás de aquella claridad se agazapaba el oscuro rostro de la muerte. Pero Vega no podía detenerse y sus pies, con una autonomía letal, le arrastraban paso a paso hacia aquel muro de luz.

Entonces, se oyó una voz:

—Señor... ¿Me escucha...?

Vega miró en derredor, pero no vio a nadie. La voz sonó de nuevo.

—Señor, despierte, por favor...

Era la voz de un niño. De pronto, Vega notó cómo una mano le empujaba levemente el hombro. La ciudad en ruinas osciló y comenzó a desvanecerse. El policía se precipitó a un pozo oscuro.

Sobresaltado, abrió los ojos. Durante unos segundos experimentó una intensa desorientación. Luego se dio cuenta de que continuaba en casa de los Bardasano. Debía de haberse quedado dormido...

—¿Ya está despierto, señor...?

Vega giró la cabeza, todavía algo atontado por el sueño, y vio a Carlitos, de pie, junto a él, con su pijama raído y remendado, mirándole fijamente.

—¡Carlos...! —exclamó el policía, súbitamente espabilado.

El niño, sin decir nada, se dirigió a un rincón del dormitorio. Vega, todavía sentado en la cama, le vio ponerse de rodillas y tantear el suelo hasta encontrar lo que buscaba, una baldosa suelta que procedió a levantar. Debajo había un sobrecito de papel satinado. Carlitos lo cogió y puso de nuevo la baldosa en su sitio. Tras incorporarse, regresó al lado del policía y le tendió el sobre.

Vega lo tomó entre sus dedos. Permaneció unos segundos inmóvil, vacilante, como si temiera descubrir lo que ocultaba aquel papel doblado y engomado. Finalmente, abrió el pequeño sobre y observó lo que había en su interior.

Mobile quod movetur.

Un anciano alado leyendo un libro.

El sello azul de Thule.

—Lo escondí —dijo, débilmente el niño—. Por si volvía la gente mala.

—¿Qué gente mala...? —preguntó Vega, contemplando alternativamente al niño y al sello.

—Los que hicieron daño al abuelo...

Vega esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Descuida, no volverán —dijo. Tras una pausa, preguntó—: ¿Quieres hablar de lo que pasó?

—Bueno... —El niño se sentó en la cama, al lado del policía. Permaneció pensativo unos segundos y luego comenzó su relato—: Aquel día, mamá había salido de casa por la tarde. Yo me quedé con el abuelo, en la tienda. Estaba jugando en el cuarto que hay detrás del mostrador, cuando entraron el gigante y la mujer y empezaron a hacerle preguntas al abuelo, y luego cerraron la tienda, y le gritaron al abuelo, y le pegaron mucho...

—Un momento, un momento —le interrumpió Vega, el corazón súbitamente acelerado—. Has dicho que entraron un gigante y una mujer... ¿Cómo eran?

—El gigante era negro y calvo, muy fuerte —dijo, seriamente, Carlitos—. Y la mujer era muy guapa. Vestía como las señoras que salen en las películas...

Vega inclinó la cabeza y suspiró.

Una mujer y un gigante. Leonor Hidalgo y Abraham Lincoln Smith, su guardaespaldas negro. Vega tuvo que admitir que era realmente gracioso el modo en que se habían burlado de él. Aquella mujer le había manejado a su antojo durante todo el tiempo, como a una marioneta, como al imbécil que en aquel momento se sentía. Rompió a reír.

—¿Le pasa algo, señor...? —preguntó el niño.

Vega, incapaz de contener las carcajadas, negó con la cabeza. Al cabo de un rato, cuando concluyó aquel ataque de hilaridad, dijo:

—No crezcas, Carlos. Los adultos somos completamente estúpidos. Creemos que nos dedicamos a cosas muy serias, cuando no hemos hecho otra cosa que cambiar unos juguetes por otros. —Se enjugó los ojos con la manga de la chaqueta—. Perdona, me reía de mí mismo... ¿Qué es lo que buscaban el gigante y la mujer? Los tres sellos de Thule, ¿no...?

—Sí... Pero el abuelo ya había vendido dos. Les dio una lista de clientes y les dijo quiénes creía que podían haberlos comprado.

—¿Y el tercer sello?

Los ojos de Carlitos se ensombrecieron.

—El abuelo no sabía dónde estaba.

—Pero ahora lo tienes tú...

—Es que... —El niño parecía de nuevo al borde del llanto—. Es que yo... yo se lo había cogido. El abuelo tenía tres sellos casi iguales, y eran muy bonitos, y yo le cogí uno, y...

—Tranquilo, tranquilo... —Vega le pasó un brazo por los hombros—. Eso ya no importa. Vamos a ver si adivino lo que pasó: tu abuelo les dijo que había perdido el tercer sello, y ellos no le creyeron. Entonces le ataron a una silla y comenzaron a pegarle. Luego, tu pobre abuelo murió, y el gigante y la mujer comenzaron a registrar la tienda. ¿Qué hiciste tú?

—Tenía muchísimo miedo. No sabía qué hacer, ni dónde meterme, entonces me acordé de la trampilla que da a la carbonera.

—Y te escondiste allí.

—Sí. Y me quedé muy quieto y muy callado, para que no me encontraran.

—Tan quieto y tan callado que luego, cuando se fueron, no podías moverte ni hablar. ¿Recuerdas alguna cosa de lo que pasó después?

—No... Bueno, sí. Recuerdo que saqué ese sello de mí álbum y lo escondí bajo la baldosa. Y también recuerdo a alguien que me contaba historias. Creo que era usted...

Vega asintió y contempló de nuevo el sello de Thule. Parecía mentira que algo tan insignificante hubiera sido la causa de tanto dolor. El policía sacó de un bolsillo su placa de la Dirección General de Seguridad. La sopesó unos instantes, pensativo, y luego se la ofreció al niño.

—Vamos a hacer un trato, Carlos: yo te doy mi placa y, a cambio, tú me das el sello.

Carlitos negó con la cabeza.

—Quédese con el sello, no tiene que darme nada, señor... Además, usted la necesitará para su trabajo.

Vega sonrió débilmente y depositó su placa en las manos del niño.

—Me temo que ya no soy policía, así que no me va a hacer ninguna falta. Quédatela tú y, si alguien te pregunta por ella, di que la encontraste en la calle. —Guardó el sello en la cartera y se puso en pie—. Ahora tengo que irme, Carlos.

Le ofreció la mano. El niño, con cierta timidez, se la estrechó.

—¿Volverá, señor...? —preguntó.

—Creo que no —contestó el policía.

Carlitos se puso de puntillas y tiró de la chaqueta de Vega. Éste se inclinó hacia delante, hasta notar el beso que los labios del niño depositaban sobre su áspera mejilla.

Durante el transcurso de aquel día, un emisario del Consejo de Defensa se había presentado frente a los parapetos del Hospital Clínico, pidiendo hablar con el coronel Losas, jefe de la decimosexta División del Ejército *Nacional*. El propósito de aquella entrevista era fijar el momento y el lugar en que las tropas republicanas debían presentarse para rendir sus armas.

Al caer la tarde, las Divisiones 16,18 y 20, a las órdenes del general Espinosa de los Monteros, comenzaron una serie de maniobras envolventes destinadas a desplegar las tropas a lo largo de todo el frente oeste de Madrid. Sin encontrar resistencia, ocuparon el Puente de los Franceses, la Ciudad Universitaria, el Paseo de Rosales, amplias zonas del Parque del Oeste, la Cárcel Modelo y el Parque Metropolitano. Una vez dominados los principales accesos a la capital detuvieron su avance, a la espera de la orden definitiva de entrar en la ciudad.

Al llegar la noche, más de dos mil soldados republicanos se rindieron, dejando desasistidos prácticamente todos los puestos de defensa.

Las carreteras hacia Levante se transformaron en un hervidero de gente que, como al principio de la guerra, huía del avance de las tropas fascistas. Los propios generales Casado y Miaja, jefes del Consejo de Defensa, abandonaron la capital en avión, rumbo al aeropuerto de Valencia.

Mientras caminaba, Vega pensó que Madrid se parecía a aquella ciudad en ruinas que había soñado, y que él, como ocurría en su sueño, se dirigía impotente hacia una muerte cierta. No es que aquello le preocupara particularmente, hacía mucho que había aceptado lo inexorable de su final, pero siempre supuso que las cosas serían de otra manera, quizá más violentas, pero también más heroicas. Sin embargo, aquella ciudad oscura, silenciosa y vacía, plagada de sombras furtivas, parecía más el escenario de una pesadilla que un romántico campo de batalla donde el acto de morir pudiera ser un hecho revestido de dignidad.

Vega se detuvo. No sabía qué hacer ni adónde ir. Quizá fuera mejor acelerar las cosas, encaminarse al oeste y disparar su pistola, a pecho descubierto, contra las tropas de Franco. Sí, eso sería un final rápido y escueto, casi quirúrgico. Pero también carente de todo sentido.

Vega rió, sin humor. ¿Todavía andaba buscándole sentido a las cosas...?

Sacó la cartera, extrajo el sello de Thule y lo contempló fijamente. Al cabo de un rato, la figura del anciano alado pareció cobrar relieve. Vega parpadeó y devolvió el sello al interior de la cartera. Buscó el paquete de tabaco, pero recordó que se le había acabado. El condenado a muerte ni siquiera tenía derecho a un último cigarrillo.

Permaneció unos minutos pensativo, apoyado contra uno de los álamos que poblaban el Paseo de la Castellana. Quizás aún le quedase algo que hacer... Por ejemplo, demostrar que había sido un buen policía.

El jardín que rodeaba al palacete de la calle Serrano se encontraba vacío. Por ningún lado había rastro de los hombres armados que habitualmente montaban guardia allí. Vega cruzó la verja, siguió el sendero de grava y llegó a la puerta de la mansión. Como tantas otras veces, le recibió el mayordomo que, sin decir nada, le condujo al salón. Allí, Vega aguardó en soledad, contemplando abstraído el débil fuego que ardía en el hogar. Al cabo de unos minutos, Leonor Hidalgo entró en la estancia. Llevaba un traje negro, muy ceñido, y el pelo suelto sobre la cara. Estaba más hermosa que nunca.

—Hola, Telmo —dijo—. Has tardado en volver...

—¿Y tú pequeño ejército? —El tono de Vega era seco—. No lo he visto al entrar.

—¿Los guardias...? Casi todos ellos eran quintacolumnistas. Esta noche están de fiesta, preparándose para la entrada triunfal de mañana.

—¿Y no te preocupa estar aquí, sola?

—Ya sabes que no soy una mujer miedosa. —Leonor frunció el ceño—. Tienes mal aspecto, Telmo. ¿Sucede algo...?

Vega giró la cabeza y se contempló en uno de los grandes espejos del salón. Vio la imagen de un hombre muy delgado, de ojos hundidos, pelo ralo, y barba de tres días. ¿Mal aspecto...? Tenía una pinta horrible. Miró de nuevo a Leonor.

—¿Sabes lo que pasa? —dijo, con sarcasmo—. Que el tiempo se me acaba, como habías predicho...

Leonor suspiró con tristeza.

—Lo siento, Telmo. Tú ya sabías que esto iba a acabar así. —Sonrió—. Pero todavía te quedan unas horas... ¿Quieres que subamos al dormitorio?

Vega sacudió la cabeza.

—Creo que esta noche iba a estar un tanto distraído. Pero sí aceptaría un cigarrillo.

Leonor cogió la cigarrera de plata que descansaba sobre la mesa y se la ofreció a Vega. Éste tomó un cigarro emboquillado y lo encendió con un fósforo. Aspiró una profunda bocanada de humo y luego lo exhaló lentamente.

—¿Nos sentamos? —sugirió Leonor.

—Estoy bien así —contestó el policía.

Leonor cruzó los brazos y se apoyó contra la pared.

—Muy bien. Nos quedaremos los dos de pie. —Una pausa—. Ignoro lo que te pasa, Telmo, pero si piensas seguir así, me temo que la situación se acabará volviendo tan incómoda como aburrida.

Vega continuó fumando en silencio; necesitaba aquel cigarrillo más que ninguna otra cosa en el mundo. Al cabo de casi un minuto, levantó la mirada y contempló fijamente a Leonor.

—Debes sentirte muy satisfecha —dijo—. Has sido más lista que yo, muchísimo más lista.

—¿De qué estás hablando?

—Del modo en que me has manejado. Eres muy convincente contando mentiras. Me tragué que el asesino de los sellos era Yáñez-Borghese. Pero ¿sabes?, el problema es que, finalmente, he encontrado a tu marido.

Leonor enarcó una ceja.

—¿Sí...? ¿Y dónde está?

Vega dio una última calada y arrojó la colilla al fuego que ardía en la chimenea.

—Supongo que bajo unos cuantos metros de tierra. Pero eso ya lo sabes, a fin de cuentas tú le mataste, ¿no es cierto? Hace dos meses, en el hotel Ritz de Barcelona.

Leonor permaneció unos segundos inexpresiva. Luego, inesperadamente, se echó a reír.

—Yo tenía razón, Telmo; eres un buen sabueso —dijo, mientras se acomodaba en un sillón—. Te voy a confesar algo: Mario era para mí una especie de droga. Supongo que los hombres como él, jóvenes, guapos y elegantes, son un cebo irresistible para las mujeres que, como yo, se acercan peligrosamente a la mediana edad. El caso es que sentía auténtica necesidad de lo que Mario me daba. Incluso podría decir que le quería. Así que puedes imaginarte, Telmo, lo que supuso para mí su muerte. —Suspiró—. Pero los thulanos me avisaron del peligro que representaba Mario, de modo que me vi obligada a ordenar que lo eliminaran. ¿No hay un refrán que dice algo así como que el deber está antes que la devoción...?

—¡Los thulanos...! —exclamó Vega, exasperado—. ¿Todavía pretendes que me trague esa historia ridícula?

—Pero es la verdad, querido. —Sonrió Leonor—. Thule existe, y el correo del tiempo también.

El policía se encogió de hombros.

—Como quieras... El caso es que Mario Yáñez-Borghese no era el Coleccionista. Así que, ¿quién podía ser el asesino de los sellos...?

—¿Me equivoco si aventuro que me lo vas a decir...? —repuso Leonor, divertida. Vega respiró profundamente.

—Tú eres el Coleccionista, Leonor. Hiciste que ese gorila tuyo matara a un comerciante de sellos llamado Roberto Bardasano, y luego a cinco de sus clientes: Indalecio Camarinas, Pedro Vergara, María Luisa Morales, Pascual López y Luis Carlos de Andrade.

Leonor comenzó a aplaudir alegremente.

—¡Bravo, bravo...! —exclamó, risueña—. El sagaz policía me ha descubierto. Y ahora, ¿qué vas a hacer, Telmo? ¿Entregarme a las autoridades...? —Enarcó una ceja—. El único problema reside en saber a qué autoridades me vas a entregar, ¿no te parece...?

Vega desvió la mirada.

—No voy a denunciarte —dijo—. Ya lo sabes...

—Entonces, ¿a qué has venido? ¿A demostrarme lo listo que eres...? No hacía falta, querido, ya sé que eres un buen policía, por eso te elegí. —Sonrió con ironía—. Pero no vengas ahora haciéndote el mártir. Nunca negué que te estaba utilizando—. Tú lo sabías y, a cambio, recibiste lo que deseabas. —Cruzó a la vez los brazos y las piernas—. Mí objetivo era localizar los sellos de Thule y todo lo demás resultaba accesorio. Maté a mi marido, es cierto. Pero míralo desde tu propio punto de vista: Mario muerto sólo es un fascista menos. En cuanto a lo de Roberto Bardasano y sus cinco infortunados clientes... Bueno, no me gustó tener que matarlos, pero era necesario. Así conseguí dos de los sellos de Thule.

—Pero te falta el tercero...

—Exacto. Ésa era tu misión: encontrar el sello azul de Thule. Y, lamento decirlo en estas circunstancias, pero lo cierto es que en eso has fracasado, querido.

Vega asintió débilmente. Con movimientos pausados, sacó la cartera del bolsillo interior de su chaqueta, la abrió, extrajo el sello azul y se lo mostró a Leonor. Los ojos de la mujer se dilataron de asombro. Sin apartar la mirada del sello, se incorporó y avanzó unos pasos.

—¿Dónde lo has encontrado...? —murmuró.

—Eso no importa.

—Tienes razón, no importa. —Respiró profundamente—. ¿Me lo vas a dar...?

Vega sonrió con sarcasmo.

—Creo que no... ¿Sabes?, me parece que es la primera vez que domino la situación, y me gusta.

—¿Quieres oírme suplicar...? —dijo Leonor—. No tengo inconveniente. Pero se me ocurre algo mejor: si me entregas el sello, me ocuparé personalmente de sacarte de Madrid. Europa no va a ser un lugar muy seguro durante los próximos años, así que puedo trasladarte al país de Sudamérica que prefieras. Y también puedo ingresar un millón de dólares en una cuenta bancaria a tu nombre. Piénsalo, Telmo. Salvarías la vida y te convertirías en un hombre rico...

—¿Y todo por un sello falso...? —Vega se echó a reír—. Eres una mujer muy generosa. Pero sigues sin entender nada. No quiero irme de Madrid, no quiero salvar mi puñetera vida y no quiero, de ninguna manera, tu dinero.

—Entonces, ¿qué quieres...?

—Respuestas. —Vega encajó la mandíbula—. ¿Por qué has hecho todo esto? ¿Por qué son tan importantes para ti esos sellos?

Leonor cerró los ojos y se acarició la frente con gesto cansado.

—¿Tan difícil te resulta aceptar la existencia de Thule...? —Suspiró—. Supongo que sí... Pero es la única verdad, querido. Y lo cierto es que no tengo muchas ganas de contar de nuevo toda la historia. Créeme, siento que las cosas tengan que suceder así. —Miró por encima del hombro de Vega y dijo en inglés—: *Abby, remove the stamp from him.*

Vega se dio la vuelta y contempló sorprendido cómo el gigantesco Abraham Lincoln Smith, encañonándole con una pistola, se aproximaba a él tranquilamente.

«¿Cómo es posible que un hombre tan grande haga tan poco ruido?», pensó Vega, mientras el guardaespaldas negro le quitaba el sello de entre los dedos y se lo entregaba a la mujer.

—Reconozco que me has impresionado —dijo Leonor, contemplando embelesada el sello de Thule—. Eres un gran profesional, Telmo. Debes sentirte orgulloso.

Vega todavía tenía su pistola en la funda del cinturón. Si aquel maldito negro dejara de mirarle un instante... Pero Abraham Lincoln Smith también era un buen profesional y bajo ningún concepto iba a quitarle la vista de encima.

—Y, ahora, ¿qué harás con los sellos? —preguntó Vega, intentando ganar algo de tiempo.

—Devolvérselos a sus legítimos propietarios —contestó Leonor—. Recuerda que esa gente del futuro son mis patronos.

Por primera vez, Vega tuvo la seguridad de que Leonor Hidalgo creía realmente en aquella historia demencial. Posiblemente estuviese loca de atar, pero era sincera: creía estar en contacto con personas de un futuro remoto que le mandaban cartas a través del tiempo...

—Hay algo que no entiendo —dijo Vega—. ¿Por qué recurriste a mí? ¿Por qué metiste a la policía en todo este asunto...?

—Fue un riesgo calculado. Conseguí localizar por mis propios medios dos de los sellos de Thule, pero me resultó imposible dar con el tercero. Entonces pensé que, ya que esos infortunados asesinatos habían puesto en marcha al aparato policial, ¿por qué no usarlo en mi propio beneficio?

—Y elegiste a un comisario de policía lo suficientemente estúpido como para dejarse manejar por ti.

—Elegí al mejor policía que pude encontrar. —Mostró el sello—. Y ésta es la prueba de que no me equivoqué.

—Pero ¿cómo estabas tan segura? —preguntó Vega, sin dejar de mirar de reojo al negro Abby—. Podía haber encontrado el sello y no decirte nada.

—Es cierto, consideré esa posibilidad. Por eso te he mantenido vigilado en todo momento. —Leonor se aproximó a la puerta del salón que daba al interior de la casa y la abrió. Dirigiéndose a alguien todavía invisible, dijo—: Ya puedes pasar, querido.

Instantes después, un hombre entró en la estancia.

—Hola, jefe... —dijo el recién llegado.

—¡Ángel...! —musitó Vega, contemplando estupefacto al inspector Navarro—. ¿Qué demonios haces aquí...?

Navarro se encogió de hombros, como disculpándose. Leonor le rodeó con un brazo la cintura. Mirando a Vega, dijo:

—¿No crees que se parece mucho a Ronald Colman? —Se apartó de Navarro—. Claro que no podía confiar a ciegas en ti, Telmo. Por eso decidí contar con otra

persona de tu entorno. Alguien que me mantuviera informada de tus pesquisas.

Pero Vega apenas escuchaba las palabras de la mujer. Se limitaba a contemplar fijamente a Navarro, con incredulidad y tristeza, Ya ni siquiera pensaba en el modo de escapar de aquella encerrona. ¿Escapar...? ¿Para qué...? ¿Adónde...? Era como si la traición de Navarro le hubiese vaciado por completo, despojándole de sus últimas fuerzas.

—Creía que éramos amigos, Ángel... —susurró Vega—. Dime, ¿cuál ha sido tu precio...? ¿Dinero, sexo...?

—Un poco de todo. —Navarro desvió la mirada—. Pero no se trata sólo de eso. Los sellos de Thule son más importantes que tú y que yo, jefe...

—¡No me llames jefe! —exclamó con rabia Vega. Se volvió hacia Leonor— ¿Y ahora...? Ya tienes lo que querías; ¿qué vas a hacer conmigo?

La mujer contempló de nuevo el sello que tenía en la mano. Permaneció unos instantes pensativa y luego volvió sus negros ojos hacia Vega.

—Una vez dije que eras un pasajero al final de la línea. —Leonor sonreía tristemente—. No hay futuro para ti. Si no es ahora, será mañana; pero tu muerte resulta inevitable. ¿Lo sabes, verdad...? —Vega permaneció en silencio. Leonor suspiró—. Créeme, Telmo, ha sido un placer conocerte. —Se volvió hacia su impassible guardaespaldas negro y formuló una orden—: *Kill him, Abby*.

Un gesto quebró la usualmente imperturbable expresión de Abraham Lincoln Smith. Sus labios se fruncieron en una sonrisa, descubriendo una fila de dientes grandes y blancos. Amartilló el percutor de su pistola y apuntó directamente a la cabeza de Vega.

El policía cerró los ojos y contuvo el aliento. De modo que así iba a ser... Asesinado por un exboxeador negro norteamericano. Sin duda, una muerte exótica.

El estruendo de un disparo resonó secamente en el interior del salón.

Vega notó cómo su corazón se detenía entre dos latidos. Pero no sintió el menor dolor. Abrió los ojos y contempló, incrédulo, la escena que se desarrollaba ante él.

Abraham Lincoln Smith yacía en el suelo, con el cráneo reventado por el impacto de una bala. Navarro, de pie, sostenía una humeante pistola en la mano. Leonor, con los ojos dilatados de sorpresa, contemplaba alternativamente a su caído guardaespaldas y al hombre que le había disparado.

Navarro encañonó a la mujer.

—Muy bien, preciosa —dijo—. Ahora no hagas tonterías y dame ese sello.

Leonor, respirando agitadamente, permaneció unos segundos estanca, inmóvil salvo por el nervioso tráfago de sus pupilas. Inesperadamente, echó a correr hacia la chimenea.

Navarro levantó su arma e hizo puntería. Efectuó un único disparo.

Leonor Hidalgo, con la columna vertebral quebrada por un balazo, se derrumbó muerta sobre el suelo. En el último instante, quizás impulsada por un postrer reflejo

nervioso, su mano derecha se proyectó hacia delante, arrojando el sello al fuego del hogar.

El sello giró y trastabilló en el aire, como el aleteo errático de un insecto. Por un instante, pareció que fuera a precipitarse sobre las llamas, pero, en el último momento, una leve corriente de aire lo depositó suavemente frente a la chimenea.

Navarro recogió el sello del suelo. Tras examinarlo rápidamente, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. A continuación, se aproximó al cadáver de Leonor Hidalgo y tomó entre sus dedos una cadenita de oro que la mujer llevaba en torno al cuello. La arrancó de un tirón y contempló la llave que pendía de un extremo. Satisfecho, introdujo su pistola en la funda sobaquera. Sólo entonces pareció percatarse de la presencia del estupefacto Vega.

—¿De verdad creías que te iba a traicionar, jefe...? —dijo Navarro, con una sonrisa burlona. Vega guardó silencio. Sus ojos no se apartaban del cuerpo sin vida de Leonor Hidalgo—. Ella se lo merecía —prosiguió Navarro—. Iba a matarte, y después, cuando ya no le fuese útil, también acabaría conmigo. Igual que hizo con su marido.

—Era... —Vega se sentía confuso—. No sé, extraña...

—Y muy guapa —repuso Navarro—. Pero también una asesina. Se parecía a esos insectos, las mantis, que devoran al macho después de aparearse.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Vega—. ¿Por qué le seguiste el juego a esa mujer...?

—¡Por los sellos de Thule! —exclamó Navarro—. Ahora debemos darnos prisa, jefe. Los criados han recibido órdenes de no abandonar sus aposentos, oigan lo que oigan, de modo que no van a molestarnos... Pero tenemos poco tiempo. Vamos.

Navarro, seguido por un aturdido Vega, salió del salón y se encaminó a la escalera que conducía a la zona de los dormitorios.

Mientras subían por ella, le contó al comisario cómo Leonor Hidalgo se había puesto en contacto con él, al poco de comenzar los asesinatos del Coleccionista, y cómo le demostró que poseía información acerca del futuro, entregándole, igual que hiciera con Vega, predicciones acerca de acontecimientos venideros. Le contó, igualmente, cómo él, Navarro, había fingido sentir celos profesionales y rencor hacia su jefe, con el fin de ganarse la confianza de la Hidalgo, y cómo ésta le encargó que espíase el trabajo de Vega.

—Y eso es todo —concluyó Navarro—. Nuestra común amiga me prometió mucho dinero a cambio de mi colaboración. También supo mostrarse muy persuasiva en la intimidad; me temo que hemos compartido algo más que unas tazas de café, jefe... —Sacudió la cabeza—. De todas formas, Leonor estaba demasiado segura de sí misma. Creía poder manejar a todo el mundo y, a mi modo de ver, ese exceso de confianza fue lo que la perdió.

Habían llegado a la altura del dormitorio de Leonor. Navarro abrió la puerta y entró en la estancia. Se encaminó directamente hacía el cuadro renacentista que

adornaba una de las paredes y lo apartó a un lado. Detrás se ocultaba una pequeña caja de caudales empotrada en la pared. Navarro introdujo en la cerradura la llave que le había quitado a Leonor y la hizo girar. A continuación, discó los números de la combinación. Al cabo de unos segundos, la caja quedó abierta, mostrando en su interior unos cuantos fajos de billetes extranjeros, algunos documentos y una pequeña cajita de plata.

—Aquí están... —murmuró Navarro.

Cogió el estuche plateado y lo abrió. De su interior extrajo dos sellos, uno rojo y otro verde, y los puso en la palma de su mano izquierda. Sacó del bolsillo el sello azul y lo colocó cuidadosamente junto a los otros dos. Se los mostró a Vega.

—Son bonitos, ¿verdad...?

—¿Para qué los quieres...? —preguntó el comisario—. ¿Qué vas a hacer con ellos?

—¡Ganar la guerra! —exclamó, jubiloso, Navarro, mientras guardaba los sellos en el bolsillo de la chaqueta—. O, mejor aún, evitarla... ¿No lo entiendes, jefe? Ahora podemos enviar información al pasado. Podemos mandar una carta a comienzos de 1936 y advertir al Gobierno de la República sobre el levantamiento militar de julio. Incluiremos predicciones precisas sobre determinados sucesos, como los resultados de las elecciones de febrero, el asesinato de Calvo Sotelo... lo que queramos. Eso les convencerá de que el contenido de la carta es cierto. Entonces detendrán a Franco, a Mola, a Sanjurjo, a Goded... Los fascistas se quedarán sin cabecillas y el levantamiento del 18 de julio nunca se producirá.

Vega miró con incredulidad a Navarro.

—Eso no tiene sentido, Ángel —dijo—. Es imposible...

—Pero sí ya ha ocurrido antes —repuso Navarro—. ¿No te lo explicó Leonor? La República ganó la guerra, pero Mario Yáñez-Borghese utilizó los sellos de Thule para informar a Franco de lo que iba a ocurrir. Eso cambió la Historia. Sin embargo, ahora tenemos la oportunidad de poner las cosas en su sitio.

—¡Por Dios, Ángel, ¿qué estás diciendo...?! —exclamó, exasperado, Vega—. Todo eso de los hombres del futuro y el correo del tiempo es absurdo. No puedes estar hablando en serio...

Navarro contempló fijamente a Vega.

—Leonor Hidalgo sabía lo que iba a pasar, conocía el porvenir —dijo seriamente—. ¿Cómo crees que lo hacía?

—No lo sé —contestó Vega, tras una pausa—. Pero eso no significa que ese cuento de Thule sea cierto...

—Tienes razón, jefe. No obstante, esa mujer conocía el futuro, y cualquier justificación que le busquemos a ese hecho será tan fantástica como la historia de los thulanos. Entonces, ¿por qué no aceptar la existencia de Thule y el correo del tiempo? A fin de cuentas, eso lo explicaría todo...

Vega sacudió la cabeza, desconcertado.

—Cartas que viajan en el tiempo... —resopló.

—Sí, ya sé que es duro de tragar —convino Navarro—. Y puede que, después de todo, sea mentira. Pero en estos momentos es lo único con que contamos. Y aunque se trate de una posibilidad muy remota, tenemos que aferrarnos a ella. —Sonrió débilmente—. Aunque sólo haya una probabilidad entre un millón de que Thule exista, vale la pena intentarlo, ¿no crees, jefe...?

Vega respiró hondo y se sentó en el borde de la cama. Paseó la mirada por aquel lujoso dormitorio, testigo de sus encuentros con Leonor Hidalgo. Eso le recordó el cadáver de la mujer, yaciendo en el suelo del salón. Apoyó los codos sobre las rodillas y ocultó la cara entre las manos. Se sentía cansado y confuso. Habían ocurrido muchas cosas en muy poco tiempo; demasiadas como para poder encajar cada pieza en su sitio y obtener así una imagen coherente.

Contuvo el aliento.

Sellos prodigiosos capaces de enviar cartas a cualquier persona en cualquier época...

Lo mirase como lo mirase, aquello se le antojaba increíble. Pero Navarro había dicho algo muy cierto: por remota que fuera la posibilidad de que los sellos de Thule pudieran hacer lo que Leonor Hidalgo afirmaba que hacían, valía la pena intentarlo.

Cuando se ha perdido toda esperanza, siempre queda el recurso del absurdo, de la locura...

Y así, de pronto, Vega comprendió que finalmente había encontrado un objetivo para sus últimas horas de vida.

—Es muy tarde —dijo Navarro—. Más vale que nos vayamos...

Vega se incorporó. Tragó saliva.

—Un momento, Ángel... Leonor me advirtió que sería peligroso utilizar los sellos para cambiar de nuevo el curso de la Historia. Navarro se encogió de hombros.

—Sinceramente, me importa un carajo lo que pueda haber dicho esa mujer...

—Ángel... —murmuró Vega.

—¿Qué?

—Dame esos sellos.

Navarro enarcó las cejas.

—¿Porqué...?

—Porque no vamos a cambiar el resultado de ninguna guerra. Y yo los necesito.

Las facciones de Navarro se endurecieron.

—¿Te has vuelto loco...? —Sacudió la cabeza—. Vámonos, tenemos mucho que hacer.

—Estoy hablando en serio, Ángel. —La voz de Vega se había vuelto fría como la hoja de un cuchillo—. No voy a permitir que te lleves los sellos...

Navarro frunció los ojos y contempló fijamente a Vega, como intentando adivinar sus pensamientos. Al cabo de unos segundos, negó lentamente con la cabeza.

—No sé lo que te pasa, ni qué demonios te propones —dijo—. Pero no pienso discutir contigo. En este mismo instante me voy a ir de aquí, y los sellos saldrán conmigo. Sí quieres acompañarme, perfecto. Sí no quieres hacerlo, nos decimos adiós y que te vaya muy bien.

Dicho esto, giró sobre sí mismo y se encaminó hacia la puerta.

Vega encajó la mandíbula, sacó su pistola de la funda, apuntó a la espalda de Navarro y amartilló el percutor.

—Tengo un arma, Ángel. Si intentas llevarte los sellos, disparare.

Navarro se detuvo, sin volverse.

—¿Lo harías, Telmo...? —Era la primera vez que le llamaba por su nombre—. ¿Dispararías contra alguien que te acaba de salvar la vida...?

Vega intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—Dame los sellos, Ángel... —insistió.

—No —contestó Navarro, siempre vuelto de espaldas—. Me parece que si los quieres, tendrás que matarme...

El dedo de Vega se tensó sobre el gatillo. El tiempo pareció fluir más despacio, como un líquido ardiente y denso. La pistola tembló en su mano.

No. No podía hacerlo...

Entonces, súbitamente, Navarro giró en redondo, al tiempo que sacaba su arma de la funda. Un fogonazo surgió del negro cañón y el estampido de un disparo congeló la atmósfera del dormitorio. Vega notó cómo algo le golpeaba brutalmente en el pecho, proyectándole hacia atrás. Mientras caía, su mano se crispó sobre la pistola que empuñaba, accionando, casi involuntariamente, el gatillo.

Un nuevo disparo resonó en la habitación.

Vega se desplomó sobre el suelo, mientras la pistola escapaba de entre sus dedos y rebotaba contra la alfombra. Perdió el conocimiento.

Al cabo de un tiempo indeterminado, las tinieblas que envolvían su cerebro comenzaron a disiparse. El policía gimió e intentó ponerse en pie, pero un relámpago de dolor le hizo desistir. Permaneció unos segundos tumbado, sin moverse, respirando dificultosamente. Se daba cuenta de que la bala le había alcanzado en el pecho, pero ignoraba la gravedad de la herida.

Tap-tap-tap-tap...

Percibió un sonido extraño, una especie de golpeteo intermitente. Intentó incorporarse de nuevo. Apretando los dientes para contener el dolor, logró apoyar la espalda contra la pared. Entonces vio cuál era la fuente de aquel sonido: Ángel Navarro, tirado boca arriba en el suelo, se agitaba violentamente, como si intensas corrientes eléctricas recorrieran su cuerpo. Los tacones de sus zapatos golpeaban el suelo, marcando el ritmo de un siniestro claque.

Tap-tap-tap-tap...

Vega, apoyándose en una silla, consiguió ponerse en pie. Experimentó una intensa sensación de mareo y se recostó contra la pared. Tragó saliva varias veces y aguardó

a que el vértigo pasara. Entonces caminó tambaleante hacia Navarro y se dejó caer de rodillas a su lado.

—Ángel... —musitó, horrorizado al comprobar el estado en que se encontraba su amigo.

Gran parte de la mitad izquierda de su cráneo se había convertido en un boquete oscuro del que se desprendían cuajarones de sangre, astillas de hueso y grumos de una sustancia blanquecina que no podían ser otra cosa más que fragmentos de cerebro. Los ojos de Navarro se movían rápidamente de un lado a otro, y también hacia arriba, mostrando la palidez venosa del globo ocular.

Vega sujetó la cabeza de Navarro con la mano izquierda y estrechó su cuerpo con el brazo derecho, como intentando contener las convulsiones que lo agitaban.

—No iba a hacerlo, Ángel... —murmuró—. No quería dispararte...

De pronto, el cuerpo de Navarro se arqueó, sacudido por un intenso espasmo, para luego sumirse en una absoluta inmovilidad.

Vega permaneció unos segundos con el cadáver de su amigo entre los brazos. Luego lo depositó suavemente en el suelo y le cerró los párpados. Respiró hondo, lo que le provocó un fuerte ataque de tos. El pecho le ardía.

Vega examinó por primera vez su herida. La bala le había alcanzado cerca del esternón. Probablemente, se desvió al chocar contra una costilla y fue a alojarse en algún lugar por encima del pulmón.

Sangraba mucho.

El policía se incorporó y rasgó una de las sábanas, fabricando una improvisada compresa con la que taponó la herida. A continuación, se aproximó al cadáver de Navarro y buscó en el bolsillo de su chaqueta, Cogió los sellos de Thule y los guardó en la cartera. Dirigió una última mirada a su amigo.

—Lo siento... —musitó.

Luego salió del dormitorio, bajó las escaleras con paso inseguro y cruzó el salón, pasando por entre los cuerpos exánimes de Abraham Lincoln Smith y Leonor Hidalgo.

Al llegar al recibidor, Vega tuvo la impresión de que todo empezaba a dar vueltas a su alrededor. Se aferró a una de las columnas de mármol y aguardó a que el mareo pasase, luego abrió la puerta y salió al jardín. Se detuvo un instante en el porche, permitiendo que el frescor de la noche le acariciara el rostro.

El pecho le dolía endiabladamente y se sentía muy débil. «Pero no puedo morirme ahora -pensó—. Todavía tengo algo que hacer...».

Encajó la mandíbula y echó a andar.

Había aproximadamente un kilómetro y medio de distancia entre el número 122 de la calle Serrano y la plaza de Olavide. Vega lo recorrió en un estado próximo al desfallecimiento. A veces, su mente se extraviaba e imaginaba que estaba en otro lugar, acompañado por fantasmas de rostros cambiantes. Por un momento pensó que Navarro se encontraba a su lado. Luego creyó que Manuela caminaba unos pasos por

detrás de él, pero cuando se volvió a mirar descubrió que no era Manuela, sino Leonor Hidalgo, quien le seguía. Sin embargo, al cerrar los ojos y volver a abrirlos, comprobó que nadie había en la calle.

En ocasiones, Vega se sentía absolutamente lúcido. Entonces parecía como si todo lo que le rodeaba encajara a la perfección en una especie de orden universal. Los primeros brotes de la primavera, las ruinas, los adoquines, las farolas de cristales rotos, su propio cuerpo vacilante y maltrecho, todo, absolutamente todo, era correcto y armónico. No obstante, Vega sabía que, en el fondo, esa sensación de lucidez no era más que otra forma de delirio, así que procuraba mantener la mente en blanco y concentrarse en cada uno de los pasos que daba. Sólo eso era importante: seguir caminando.

Cuando se encontraba a un par de manzanas de su casa, Vega escuchó el sonido de unas voces exaltadas, ignoraba si se trataba de una alucinación o no, pero por precaución corrió a esconderse entre las sombras de un portal. Al poco, vio cómo un grupo de diez o doce personas doblaba la esquina y se encaminaba en su dirección. Todos eran hombres y todos iban armados; algunos llevaban camisetas azules e insignias de la Falange. Ahora que las tropas de Franco se hallaban a las puertas de la ciudad, los quintacolumnistas abandonaban sus madrigueras y salían de cacería.

Vega se pegó al portal y buscó instintivamente su arma, pero la pistola estaba vacía. Recordó que había dejado abandonada la pistola en el palacete de Serrano. Se apretó más contra la puerta, buscando refugio en las sombras.

Mientras los falangistas pasaban frente a él, Vega, completamente inmóvil y con el aliento contenido, experimentó la extraña sensación de haber vivido ya ese momento. Un hombre en un portal, de noche, ocultándose de un grupo de pistoleros... Estaba seguro de haber presenciado algo así, aunque no lograba recordar cuándo.

Finalmente, los quintacolumnistas se perdieron calle arriba y Vega pudo reemprender la marcha. Unos minutos más tarde llegó a su casa. Cruzó el portal y subió las escaleras. Tardó unos segundos en encontrar las llaves. Abrió la puerta con pulso tembloroso y entró en su piso.

Lo primero que hizo fue abrir el grifo del lavabo y mojarse la cara y la cabeza. El frescor del agua le espabiló. Se secó con una toalla y fue en busca de papel y pluma. Abrió el balcón de par en par y se acomodó frente a la mesa camilla. Comenzó a escribir. Durante más de una hora estuvo rellenando cuartilla tras cuartilla, poniendo cuidado en contener el temblor de su mano para evitar que la letra se tornara ilegible.

A las tres y media de la madrugada, Vega se desmayó. Estaba acabando de escribir una línea cuando sintió que la vista se le desenfocaba y la cabeza le daba vueltas. Unos instantes después, se derrumbaba inconsciente sobre la mesa.

Recuperó el conocimiento dos horas más tarde. Notaba un intenso sabor metálico en la boca y sentía los músculos entumecidos. Había perdido mucha sangre y estaba muy débil, la herida del pecho era como un hierro candente clavado en su carne.

Volvió a echarse agua por la cabeza. Se sentó de nuevo e intentó reanudar la escritura, pero le resultaba casi imposible sujetar la pluma. Consiguió añadir una frase más y luego desistió. Con eso debía bastar. Dobló las cuartillas y las introdujo en un sobre. Lo cerró y luego, tras sacarlos de la cartera, pegó los sellos de Thule en el dorso de la carta. Cogió la pluma de nuevo y escribió cuidadosamente un nombre y una fecha.

Contempló el sobre.

Los tres ancianos alados, rojo, verde y azul.

«Mobile quod movetur».

Thule.

«Telmo Vega, 7 de enero de 1936».

Se echó a reír. Estaba muriéndose, en medio de una guerra, y sólo pensaba en mandar una carta al pasado. Tenía gracia.

Guardó el sobre en el bolsillo y cogió una botella de ginebra. Dio un trago, directamente del gollete. El alcohol ardió en su estómago y le hizo toser, pero también le reanimó.

Tras dirigir una última mirada a las fotos que colgaban en la pared, salió del piso. Casi tropezó al bajar por las escaleras, pero en último momento logró agarrarse al pasamanos. Abrió el portal y salió a la calle. Se detuvo un instante. Recordó que al otro lado de la plaza había un buzón, así que empezó a rodear el mercado oscuro y vacío. Hacia el este, el cielo comenzaba a clarear, anunciando la proximidad del amanecer.

Vega llegó al lugar donde, en otro momento, se había alzado un buzón de correos. Ahora, sólo quedaban de él un montón de hierros retorcidos. Vega frunció el ceño y maldijo por lo bajo.

¿Dónde podía encontrar otro buzón...? No lo recordaba, pero suponía que en alguna de las calles cercanas debía de haber alguno. Comenzó a andar. Al cabo de unos minutos, notó cómo un líquido espeso le empapaba el pecho. Era sangre, la herida se había vuelto a abrir. Jadeó al notar una punzada en el corazón, pero se mordió los labios y siguió caminando.

Llegó a la calle Fuencarral y se detuvo. Intentó divisar algún buzón, pero tenía la vista nublada. Se frotó los ojos y miró de nuevo.

Y allí, delante de él, distinguió lo que andaba buscando: un buzón de correos en buen estado. Sólo tenía que caminar unos metros y echar la carta. Eso era todo.

Comenzó a cruzar la calle.

Entonces, una voz resonó a su espalda.

—¡Alto! ¡Deténgase!

Vega miró por encima del hombro y distinguió al grupo de falangistas con quienes se había cruzado unas horas antes. Aceleró el paso.

—¡Deténgase o disparamos! —gritó la voz.

Vega echó a correr. La cabeza le daba vueltas y sentía las piernas agarrotadas. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para lograr mantenerse en pie.

Escuchó un disparo y el silbido de una bala pasando a su lado.

Continuó corriendo hasta llegar a la altura del buzón. Sacó la carta del bolsillo y la llevó hacia la ranura...

Un disparo le alcanzó en el hombro. El sobre se le escapó de entre los dedos. Vega se dejó caer de rodillas y recogió la carta. Oía voces y ruido de pasos, pero apenas lograba enfocar la mirada. Jadeando, comenzó a introducir el sobre por la boca del buzón.

Un nuevo disparo resonó en la calle. En menos de una décima de segundo, una bala blindada del siete recorrió los escasos cuarenta metros que le separaban del policía, reventándole el corazón.

Vega murió instantáneamente.

Pero, quizá por casualidad, o quizá porque así estaba escrito en el destino, su cuerpo sin vida empujó la carta al caer.

Y el sobre se precipitó en el seno de la saca de correos, para desvanecerse en el aire poco antes de alcanzar el fondo.

Y algo cambió.

Tercera Parte

El Policía Enamorado

Era el cadáver más pulcro y elegante que Telmo Vega hubiera visto jamás.

El policía encendió con un fósforo el cigarrillo que acababa de liar. Aspiró una bocanada de humo y maldijo para sus adentros el desagradable sabor de los Ideales. Señaló con un gesto el cadáver del anciano.

—¿Quién es? —preguntó.

—Luis Carlos de Andrade, conde de Lemos —contestó el inspector Uribe—. Y otro montón de títulos más. Vivía solo. Lo encontró su asistenta, esta mañana a primera hora.

—¿Se sabe ya cuál es el móvil del crimen?

—Coleccionaba sellos... —dijo Uribe, a modo de contestación.

Vega frunció el ceño.

—Así que tu amigo ha actuado de nuevo... —Se pasó una mano por la boca—. Todo este asunto del Coleccionista es muy extraño.

—Bueno, que alguien mate para robar sellos de correos resulta, por lo menos, original.

—Sí, rompe la monotonía... —Vega sonrió y dio una nueva calada a su cigarrillo—. Lamento no poder ayudarte, Uribe, pero...

—Lo sé, comisario, se marcha. Y hace bien; cuando las tropas franquistas entren en Madrid, su vida no valdrá un céntimo. Yo, en su lugar, también me iría.

Vega asintió, pensativo.

—Creí que Ángel estaba contigo... —comentó—. ¿Le has visto?

—Esta mañana, en la Central. Buscaba algo, no sé qué. Me dijo que le esperaría allí.

—Ya... —Hizo un gesto vago, señalando la habitación—. ¿Van a tomar la huellas?

—Lo dudo. Dicen que Ruíz se ha pasado al bando *nacional*. Ya no queda nadie en el laboratorio.

—Te lo están poniendo difícil, ¿eh? —repuso Vega—. Al menos, vendrá el juez a levantar el cadáver...

—Eso espero.

—¿Tienes ya alguna pista? —Uribe negó con la cabeza. Vega suspiró—. Me gustaría ayudarte, en serio. Pero tengo que irme...

Se estrecharon la mano.

—Ha sido un honor trabajar a su lado, comisario —afirmó, seriamente, Uribe.

—Lo mismo digo, inspector. Espero que consigas cazar al Coleccionista.

—Y yo confío en que logre llegar felizmente a su destino. Buena suerte.

Vega separó su mano de la de Uribe y salió de la estancia. Al llegar a la puerta del piso vio que el guardia de asalto que supuestamente debía vigilar la entrada estaba recostado contra la pared, dormido.

Pasó a su lado en silencio, procurando no despertarle.

Al llegar a la Dirección General de Seguridad, Vega encontró sobre la mesa de su despacho una nota de Ángel Navarro explicando que había tenido que salir con el coche a buscar unos bidones de gasolina y que se encontraría con él, a mediodía, en su casa.

Vega arrugó la nota y la tiró a la papelera. Miró en derredor, con cierta tristeza. En realidad, ya no tenía nada más que hacer allí, salvo recoger sus objetos personales. Metió en un maletín de cuero el marco con la foto de Manuela y un sobre con los documentos necesarios para su huida de Madrid. Eso era todo.

Entonces sonó el teléfono. Vega descolgó el auricular: era Luisa, una de las operadoras de la centralita.

—Tengo una llamada para usted, comisario.

—¿Quién es...?

Unos instantes de silencio cuajado de estática.

—La señora Hidalgo —dijo la telefonista.

Vega se sobresaltó. Tragó saliva.

—Dile que no estoy.

—Pero, comisario... —La voz de la mujer vaciló—. Parece urgente. Dice que se trata de un caso de asesinato...

—Haz lo que te ordeno, Luisa —repuso Vega, quizá con demasiada brusquedad—. Dile a esa mujer que ya me he ido.

Colgó el auricular en la horquilla y se apoyó en la mesa, intentando serenarse.

Leonor Hidalgo... Finalmente, había entrado en escena.

Pero él no pensaba quedarse allí para ver el resto de la función. Cerró el maletín, cogió su abrigo y, sin dirigir una última mirada al lugar en que había trabajado durante tantos años, salió del despacho.

Quizá fue una corazonada, o un exceso de precaución, pero Vega abandonó el edificio de la Dirección General de Seguridad por la puerta trasera. Él nunca lo supo, pero eso le evitó un desagradable encuentro con el hombre que, sentado en el asiento trasero de un Renault blanco, le había estado siguiendo durante toda la mañana, un gigantesco negro de músculos de acero al que todo el mundo llamaba Abby, y cuya intención era secuestrar a comisario Vega para conducirlo a cierto palacete de la calle Serrano.

Afortunadamente para el policía, eso nunca llegó a ocurrir.

Vega abrió la puerta y entró en su piso. Dejó el maletín de cuero sobre la mesa camilla del salón. Mientras se quitaba el abrigo, su mirada se cruzó con la reproducción de la Última Cena de Da Vinci que colgaba en la pared situada frente al balcón. Era una copia al óleo, lamentablemente ejecutada por un pariente de Manuela

al que, en su juventud, le dio por coquetear con el mundo del arte. Vega siempre había sostenido que aquello, más que un cuadro religioso, parecía una blasfemia.

—¿Eres tú, Telmo...? —dijo una voz de mujer desde el cuarto de baño.

—No. Soy el general Franco —bromeó Vega, aflautando la voz—. Acabo de tomar Madrid y venía a saludarla, señora.

Una risa, el sonido de unos pasos aproximándose. La puerta se abrió y entró en el salón una mujer joven, de cabello moreno y ojos muy grandes. Sólo llevaba puestos unos pantalones de pana y un sujetador de algodón. Tenía el pelo mojado y se lo secaba con una toalla. Sonrió.

—¿Qué haces aquí tan pronto...? —preguntó.

—Ángel no estaba en el despacho —contestó Vega—. Me dejó una nota diciendo que pasaría a buscarnos al mediodía. —Se cruzó de brazos—. Pero bueno, ¿es esa forma de recibir a tu marido?

Manuela dejó la toalla sobre la mesa y rodeó a Vega con sus brazos. Se puso de puntillas y le besó en los labios.

—Hola... —susurró.

—Hola... —respondió Vega, acariciando la espalda de su mujer—. ¿Sabes que estás muy guapa así...?

Manuela sonrió con picardía y se apartó de su marido. Cogió la toalla y continuó secándose el pelo.

—Estoy espantosa —dijorisueña—. Y si me encuentras con esta pinta es porque has llegado demasiado pronto. —Hizo un gesto impreciso—. El equipaje ya está hecho; una maleta para cada uno y nada más, pierde cuidado. Pero no he podido resistir la tentación de darme un baño. Quién sabe cuándo podré volver a hacerlo... ¿Cuánto tardaremos en llegar a Alicante?

El semblante de Vega se oscureció.

—No iremos a Alicante —dijo.

—¿Que no vamos a Alicante...? —Manuela, sorprendida, dejó de secarse el cabello—. ¿Por qué...?

Vega se aproximó a ella y con un gesto la invitó a tomar asiento frente a la mesa.

—Perdona —dijo, mientras se acomodaba, a su vez, en una silla—. No te lo había dicho hasta ahora, pero jamás tuve intención de que fuéramos a Levante. Los barcos que ha contratado el Gobierno para transportar refugiados a Francia jamás llegarán a puerto. Alicante es una trampa, no podremos salir de España por allí.

—Entonces, ¿qué haremos...?

Vega abrió el maletín y sacó el sobre con los documentos. Se lo mostró a Manuela.

—Aquí hay salvoconductos de uno y otro bando. Y pasaportes. Para ti, para mí y para Ángel. Gracias a ellos conseguiremos cruzar las líneas y llegar a Portugal. Tengo amigos en la policía de Lisboa, nos dirigiremos allí y después tomaremos un barco para Argentina.

Manuela parpadeó, confusa.

—Pero eso significa atravesar zonas en poder de los fascistas —dijo—. Y con papeles falsos...

—No. Son papeles auténticos. Lo único que se ha cambiado son las fotografías y los nombres. Me han costado una fortuna en el mercado negro...

—Pero es muy peligroso —protestó Manuela—. Si nos detienen, te matarán...

Vega le acarició la mano.

—Todo saldrá bien, Manuela. —Sonrió—. Además, no tenemos otra alternativa, porque no habrá ningún barco esperándonos en Alicante.

—¿Cómo lo sabes? —Manuela se cruzó de brazos—. No te entiendo, Telmo. A veces te oigo hablar y parece... parece como si conocieras lo que va a pasar... ¿Cómo sabes que esos barcos no llegarán a Alicante...?

Vega contempló a su mujer en silencio. Estaba preciosa, allí sentada, bañada por la claridad de la mañana, con el pelo revuelto y el rostro serio. A veces, Vega se preguntaba cómo una mujer tan hermosa, quince años más joven que él, había podido enamorarse de un vulgar policía endurecido y correoso. Sí, aquello era un misterio, pero Vega no le daba muchas vueltas. Lo importante es que Manuela estaba ahí, a su lado.

Y, precisamente por eso, le debía una explicación. Aunque a ella le pudiera parecer una locura, había llegado el momento de desvelar el secreto que Vega había estado ocultando desde hacía tres años.

—Espera un momento —dijo el policía, incorporándose—. Ahora vuelvo.

Vega salió del salón y se dirigió al dormitorio. Volvió apenas un minuto después. Traía un sobre en la mano. Se sentó de nuevo frente a Manuela.

—Lo que voy a contar ahora te resultará increíble —dijo—. Por eso nunca te he hablado de ello, porque yo mismo no puedo encontrarle una explicación racional...

Enmudeció. Le costaba trabajo dar con una forma razonable de enfocar el asunto. Manuela se inclinó hacia él y le cogió de la mano.

—Me estás asustando, Telmo...

—No, tranquila... No hay motivo para asustarse. Al contrario, en cualquier caso se trata de algo bueno... —Respiró hondo. Lo mejor era empezar por el principio—. Verás, hace tiempo, exactamente el 7 de enero de 1936 encontré sobre la mesa de mi despacho de la DGS una carta dirigida a mí. —Mostró el sobre—. Esta carta. La leí y descubrí que contenía una serie de... de predicciones...

—¿Predicciones...?

—Sí. La carta hablaba acerca de ciertos sucesos que debían acontecer durante los siguientes años: el resultado de las elecciones de febrero, el asesinato de Calvo Sotelo, el levantamiento militar de julio, el desarrollo de la guerra, cosas así... Bueno, pensé que se trataba de una broma y, de hecho, estuve a punto de tirar la carta a la basura. —Suspiró—. Pero había algo extraño en aquello, algo que me hizo

conservarla. Y así, a medida que pasó el tiempo, descubrí cómo todas y cada una de las predicciones se iban cumpliendo.

Manuela parpadeó.

—¿La carta decía lo que iba a pasar...? —preguntó—. Punto por punto.

—¿Y todas esas predicciones trataban sobre temas políticos...?

—No. Había algo a lo que la carta daba mucha importancia. De hecho, era la auténtica razón por la que se me había enviado... —Vega hizo una pausa—. ¿Te acuerdas del día en que cayó el Cuartel de la Montaña? —Claro...

—Fue el 20 de julio de 1936. Tú estabas muy preocupada por tus padres y querías ir a su casa. ¿Recuerdas lo que sucedió?

—Tú me lo impediste... No fuiste a trabajar y te quedaste todo el día a mí lado. Creo que me enfadé contigo, porque me amenazaste con emplear la fuerza para impedirme salir...

—Eso es. ¿Y te acuerdas de lo que sucedió aquella tarde en la calle Barceló, junto a la casa de tus padres?

Manuela permaneció unos segundos pensativa. Luego, con voz neutra, dijo:

—Hubo un tiroteo... Un muchacho disparó contra un grupo de milicianos y éstos le mataron.

—Exacto. —Vega contuvo el aliento—. En la carta se me advertía de que si ese día visitabas a tus padres, serías alcanzada por una bala y... y morirías.

Manuela contempló a Vega con el rostro inexpresivo. ¿Qué más predice la carta...? ¿Que los barcos no llegarán a Alicante...?

—Así es. Y que los fascistas entrarán en Madrid el 28 de este mes. Y que habrá una gran represión, en la que morirán miles de personas. Y que Hitler invadirá media Europa, provocando así otra guerra mundial. Y que el único lugar seguro para nosotros es Sudamérica.

Manuela suspiró y señaló el sobre que Vega tenía entre las manos.

—¿Me lo dejas ver...? —Vega le entregó la carta. Manuela observó con curiosidad lo que aparecía en el dorso: el nombre de su marido escrito en letras mayúsculas e irregulares, una fecha y los tres sellos de Thule, obliterados con un matasellos de caracteres incomprensibles—. ¿Y estos sellos...? —preguntó, señalando con el dedo.

—Se los mostré a Damián Echevarría, ¿te acuerdas de él? Es aficionado a la filatelia... Me aseguró que eran falsos; dijo que se trataba de sellos de fantasía, sin valor postal...

Manuela asintió. Extrajo las cuartillas dobladas que había en el interior del sobre y las desplegó sobre la mesa. Casi al instante, sus ojos se volvieron hacia Vega llenos de sorpresa.

—¡Pero si es tu letra, Telmo!

—Ya lo sé. Eso es lo que me hizo guardar la carta. Es mi letra, pero te juro que yo no lo he escrito...

Manuela volvió a mirarlas cuartillas. Distinguió en el papel unas manchas rojizas, muy oscuras. Acarició una con la yema del dedo.

—Esto parece...

—Sangre. Sangre seca.

Manuela dirigió una mirada furtiva a su marido y comenzó a leer. Las cuartillas estaban arrugadas y quebradizas. La letra, clara al principio, se iba volviendo cada vez más temblorosa, hasta resultar casi ilegible. Unos minutos más tarde, Manuela levantó la vista del escrito y contempló con fijeza a Vega.

—¿Esto lo recibiste hace tres años...?

—Sí.

Manuela asintió dubitativamente.

—Al final hay una frase que no logro entender. —Indicó con el dedo el lugar—. ¿Qué pone...?

Vega no necesitaba releer aquel texto. Lo conocía de memoria.

—Dice: «No hables con Leonor Hidalgo».

—¿Quién es Leonor Hidalgo...?

—No lo sé... —Vega inclinó la cabeza—. Pero hoy, en el despacho, he recibido una llamada telefónica suya...

¿Y...?

—Nada. —Suspiró—. Hace tiempo que aprendí a respetar las advertencias de esa carta. Así que no he hablado con Leonor Hidalgo, sea quien sea... —Se encogió de hombros—. Bueno, ya te lo he contado todo. ¿Qué piensas...?

Manuela enarcó las cejas y se mordió el labio inferior.

—No lo sé, Telmo... Es todo muy raro...

Vega se levantó de la silla y se aproximó al balcón. Apoyó una mano en la pared.

—Sabía que te parecería una locura. A mí mismo me resulta absurdo. Ésa es mi letra, de modo que soy yo quien debe haber escrito la carta... Pero no lo he hecho, te lo juro, Manuela, no lo he hecho. Y esas predicciones... ¿De dónde han salido? Todas se han ido cumpliendo... ¿Cómo es posible algo así...? —Se apartó del balcón y miró fijamente a su mujer—. No tiene sentido, ya lo sé. Pero si esa carta ha servido para impedir que murieras hace tres años... bueno, me basta con pensar en eso para sentirme infinitamente agradecido a la persona que decidió advertirme de lo que iba a pasar. —Tragó saliva—. Porque si no te tuviera a mi lado creo que no valdría la pena seguir viviendo.

Manuela sonrió con dulzura y corrió a abrazarse a Vega. —Te quiero mucho, mi amor— dijo en voz bajita—. Y te creo. Creo en cualquier cosa que me digas, porque sé que nunca vas a engañarme. Si dices que tú no has escrito esa carta, no lo has hecho. Y punto. Esas predicciones son un regalo que alguien nos ha enviado. Aceptémoslo y no le demos más vueltas...

Manuela se puso de puntillas y besó intensamente a Vega. Los bocinazos de un claxon resonaron en el exterior. Manuela se desprendió suavemente del abrazo de su

mando y miró a través de los cristales del balcón. Abajo, en la calle, el inspector Navarro se encontraba de pie, aguardando junto a un Citroën negro.

—Es Ángel —dijo Manuela—. Voy a acabar de arreglarme. ¿Por qué no vas bajando el equipaje?

Vega asintió, siguiendo con la mirada a Manuela mientras salía del salón. Suspiró, aliviado por habérselo contado todo a su mujer, y feliz al comprobar cómo ella había aceptado de buen grado algo muy difícil de creer. Pero Manuela era así, siempre confiada, siempre a su lado.

Guardó la carta y los documentos y fue en busca de las maletas, Bajó al portal cargando con el pesado equipaje.

—Hola, jefe —le saludó Navarro—. Ya tengo la gasolina. Suficiente como para llegar a Lisboa sin tener que repostar.

—Eso está muy bien —dijo Vega—. Pero, ahora, ¿por qué no me echas una mano con esto?

Navarro abrió el maletero del coche y ayudó a Vega a acomodar el equipaje.

—¿Y Manuela? —preguntó.

—Ahora baja —contestó Vega, intentando encajar las maletas en aquel reducido espacio—. Está arreglándose.

Una vez instalados todos los bultos, cerraron el maletero y se apoyaron contra el coche. Vega sacó un Ideales y se disponía a liarlo cuando Navarro le tendió un paquete de Lucky Strike.

—¿Rubio americano...? —Vega frunció el ceño—. ¿De dónde lo has sacado?

—Ay, jefe, tú lo sabes muy bien. No me obligues a confesar públicamente mis pecados...

Vega sonrió y cogió uno de los cigarrillos que le ofrecía Navarro. Encendió un fósforo y, protegiendo la llama con las manos, prendió primero el pitillo de su amigo y luego el suyo. Aspiró una profunda calada. Qué distinto era aquel tabaco de la paja seca que distribuían los encargados del racionamiento...

Fumaron en silencio unos minutos.

—¿Qué camino seguiremos para llegar a Portugal? —preguntó Navarro.

—Primero hacia el sur, hasta Ciudad Real —contestó Vega—. Luego nos dirigiremos al oeste. Cruzaremos las líneas por Extremadura y seguiremos hasta Badajoz. Entraremos en Portugal por Elvas y luego, todo recto hasta Lisboa.

—¿Crees que lo conseguiremos?

Una pausa.

—Sí.

Navarro suspiró.

—Y luego, a cruzar el océano... ¿Qué haremos en Argentina?

—No tengo ni la menor idea. Pero te aseguro que, cuando acabe la guerra y entren los franquistas, Buenos Aires va a ser una ciudad mucho más acogedora que Madrid. —Sonrió—. No te preocupes. Todo saldrá bien.

De nuevo se produjo un silencio. Apuraron sus cigarrillos y tiraron las colillas al suelo. Unos segundos después, Manuela apareció en el portal. Estaba muy guapa con aquel traje de pana y el cabello recién lavado ondeando al sol. Sonrió y corrió hacia ello. Navarro se aproximó a Vega y murmuró:

—Tienes mucha suerte, cabrón...

—¿Por qué?

—Porque Manuela es una mujer maravillosa y está enamorada de ti como una colegiala. Yo a eso lo llamo tener suerte, jefe.

Vega asintió, satisfecho.

—Sí, soy un hombre afortunado —dijo. Luego añadió—: Por cierto, Ángel, ¿cuándo demonios vas a dejar de llamarme «jefe»...?

El inspector Uribe no pudo volver a la Dirección General de Seguridad hasta bien entrada la tarde. Carecía de colaboradores y se veía, por tanto, obligado a ocuparse personalmente de todos los detalles de la investigación, lo que le llevaba mucho tiempo. A veces, le tentaba la idea de abandonarlo todo, sentarse en un sillón y esperar tranquilamente el final de la guerra; pero aquel asunto del asesino de filatélicos le intrigaba y, en cualquier caso, era una forma como otra cualquiera de pasar el tiempo.

Sin embargo, el caso del Coleccionista parecía obstinarse en no progresar. Cinco asesinatos y ni una sola pista. Cinco cadáveres y ningún motivo aparente. Una locura.

Uribe permaneció más de una hora en el despacho, ocupado en ordenar sus papeles. Era un hombre meticulado y estaba convencido de que una investigación criminal sólo podía llegar a buen fin si se realizaba con orden y planificación.

A las siete en punto concluyó su tarea y despejó el tablero del escritorio, guardando cada objeto en su lugar adecuado. Cogió el abrigo del perchero y se lo puso. Entonces sonó el teléfono.

Uribe descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Tengo una llamada para usted, inspector —dijo Luisa, la operadora, al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—Una tal Leonor Hidalgo.

Uribe frunció el ceño. ¿Leonor Hidalgo...? No la conocía. Y tampoco tenía ganas de quedarse más tiempo en el despacho. Consultó el reloj: ya era muy tarde.

—¿Ha dicho qué quiere? —preguntó, vagamente malhumorado.

—Dice que tiene información sobre el asesinato de un tal Andrade...

Uribe enarcó las cejas. Eso cambiaba las cosas. Volvió a sentarse frente al escritorio y dijo:

—De acuerdo, Luisa, pásame esa llamada.

Y las piezas del juego comenzaron a desplegarse otra vez sobre el tablero.



CÉSAR MALLORQUÍ. (Barcelona, 10 de junio de 1953) es un periodista, guionista de radio, creativo de publicidad y escritor español.

Se trasladó con su familia de Barcelona a Madrid cuando apenas había cumplido un año de edad. Su padre, José Mallorquí, era novelista, el creador del personaje de El Coyote, por lo que César se crió en un ambiente literario y se aficionó a la literatura ya de niño. Muy pronto publicó su primer relato en una revista. Posteriormente estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y trabajó en *La Codorniz* y en la cadena SER. De 1981 a 1991 se dedicó a la publicidad como creativo de varias agencias, pero sustituyó esta profesión por su verdadera vocación, la literatura, para dedicarse plenamente a ella. Desde entonces no ha dejado de publicar sus obras, con las que además ha obtenido diversos galardones. Está casado y tiene dos hijos.

Novela ganadora de los Premios UPC y Gigamesh.

EL COLECCIONISTA DE SELLOS

César Mallorquí

